



**José de la Luz y  
Caballero: Estudio  
Crítico.**

Manuel Sanguily

## Prologo.

Este trabajo es el mismo que se publicó la primera vez en el número de la Revista Cubana correspondiente al 30 de Junio de 1885. He creído deber retocarlo y ampliarlo, modificando de camino algunas apreciaciones, evitando en lo posible la «^on fusión de que adolecían algunos párrafos, é intentando una exposición, siquiera resulte desmedrada, de las ideas filosóficas de José de la Luz Caballero, según entiendo que eran ellas, á juzgar por artículos suyos que he tenido que buscar en colecciones de periódicos viejos los cuales solo se conservan ya en la Biblioteca de la Sociedad Económica de la Habana; pero como su fragmentaria Impugnación a Gousir^ es n^ás asequible^ he cuidado de citar ese trabajo con preferencia á aquellos otros impresos que son menos fáciles de consultar.

No he pretendido al trazar este bosquejo ni siquiera escribir una biografía de José de la Luz Caballero. Movióme á intentarlo, únicamente, el deseo de estudiarle para conocerlo cuanto más íntimamente me fuera posible, y lo publiqué en su primera forma, por el mismo motivo porque lo reimprimo ahora refundido ya que no mejorado: para que los que no le conocieron puedan formarse una idea más ó menos borrosa, al través de la impresión particular mía que les ofrezco, y á fin de que los que debieron y pudieron juzgarle en condiciones mejores que las mías, suplan lo que me falte y enderecen lo que hubiere yo torcido, que así seguramente se verá más claro y acaso se le pondrá más alto.

M. S.

Marzo de 1890.

José de la Luz y Caballero fué un hombre insigne, á quien sus contemporáneos respetaron y amaron sinceramente, y cuya memoria se venera en la isla de Cuba. Durante su existencia apenas hizo ruido; pero á la faz de su pueblo vivió siempre en la pureza inalterable de un corazón esencial y característicamente bueno.

En su alma angélica ô que así se la ha calificado ô no tuvo cabida ningún impulso, ningún sentimiento que no fueran generosos y elevados, y amó tan apasionadamente á su patria como tuvo á un tiempo caridad para sus semejantes. Deseando exponer con una frase su personalidad en lo que más íntimamente la constituía y por lo que, sin duda, tuvo más in- flujo en el espíritu de su pueblo, uno de sus contemporáneos repitió la sentencia sublime á virtud de la cual fué absuelta la pecadora de Magdala: dilexit midtum!

En el sentir de sus coetáneos era "el más sabio, el más virtuoso, el más bueno entre los cubanos" (1). Creyóse, el diade su muerte, que le juzgaba con acierto un hombre del pueblo al llamarle en su lamentación por la inmensa pérdida: "el maestro que enseñaba todas las ciencias". Maestro incomparable y sabio de instrucción enciclopédica le consideran, mediante la tradición, las generaciones nuevas, y "el educador" "el maestro de la juventud cubana" ^^q dice de él constantemente como el epíteto más adecuado y honorífico, como la más justa y evidente antonomasia. Otros piensan también que era un patriota sagaz y tendencioso, que fué el único cubano que, por su ardoroso y noble corazón y su inteligencia superior y perspicua, abrigara un designio trascendental con que ocupar toda su existencia, una misión social, útil, necesaria y grande, de consecuencias legítimas é indefectibles, de resultados futuros pero provechosos, y que á ella se consagrara con serena energía y perseverancia invencible. Esta, probablemente, es la razón más poderosa porque ha sido estimado, respecto de su época, como la personificación del espíritu cubano y que por lo mismo los enemigos de su tierra hayan maldecido y ultrajado su nombre y su memoria que, en cambio, reverencian y bendicen sus paisanos.

¿Cabe dudar que fuera, positivamente, aquel maestro sencillo lo que quiere ver en él la devoción patriótica de los suyos? Yo no lo sé por modo indudable. Es tan complicado el espíritu del hombre y tan vario é insondable el corazón humano, que no me arredraría hasta afirmar sin vacilación que lo fué, aun cuando pienso que debió haberlo sido. ¿Porqué, sin embargo, persiste revolando sobre su tumba, como ave siniestra, el rencor inextinguible de gente que cuando Aíás hubiera él perdonado?

Muchos años de su vida corrieron en la capital de Cuba bajo la mirada de los reyezuelos coloniales, sin que hubiera podido tachársele por ellos de que alguna vez siquiera quebrantara la ley escrita. Al contrario, apenas espiró en humilde estancia, resonó por los ámbitos de su parroquia el bronce triste y funéreo de la iglesia, mientras por todo el país atribulado se extendió cual mensajera de dolor la palabra de justicia que desde la altura del palacio virreal proclamaba solemnemente «los méritos literarios,» y las virf lides públicas y privadas (1) que distinguieron» al hombre cuya muerte enlutaba tantos corazones. La noble actitud del Capitán General mereció el reconocimiento y los aplausos de los cubanos. Empero «irritó al elemento español de la Isla.»

(1) Para el José de la Luz Caballero no fué más que «el gran perturbador y enemigo» del dominio español en las Antillas (2). Hoy todavía no falta quienes mantengan en la Península la misma tesis (3). Hoy, como entonces y siempre, se refieren á sus méritos con desdén, y se burlan de sus discípulos por que en su entusiasmo lo han comparado á Confucio y á Sócrates (4). Por reacción forzosa y legítima, la isla de Cuba responde con su veneración apasionada. Si ha sido martirizado y escupido, siquiera en postumo calvario de afrentas, merece la gloria, el apoteosis; y que su imagen escarnecida y beatífica se alce sobre los hombros de sus fariseos como un signo de unificación espiritual para los cubanos, como un apóstol y como un santo.

Y si á sus merecimientos personales no hubiese añadido el ansia de libertad, los sueños ríe ventura para su patria, que seguramente se albergaron en su espíritu, ¿quién puede mostrar otro hombre que sea, que haya sido mejor que él? por que lo cierto es que raras veces se aunan y armonizan tantas excelencias como constituyeron su individualidad: el saber variado y extenso, la noble mansedumbre, la generosidad ilimitada, la inflexible rectitud de carácter, el corazón r kcfquq."nc"cnvg|c"fg"oktcu."gn"coqt"kpcciqvcdng."nc"h²."nc"hnkcpvtqr|c."gn"rcvtkqyku o q0"0"0"É"Cu||ug"ng" vé en su país, al través del recuerdo, y así se le perpetúa y se le ama en él, de padres á hijos. Vivos están todavía algunos discípulos suyos; son hombres maduros todos ellos, han corrido por tierras y pueblos extraños, han estado en contacto con otras razas, han estudiado y comparado, tienen experiencia propia, espíritu amplio, y seguro es que, aun cuando hayan alcanzado esa terrible tranquilidad de ánimo en que se contempla con melancólico desasimiento el humano afán, y las grandezas, y los dolores, y se envuelven el cielo y la tierra con una sola mirada de escepticismo benévolo é indolente, alguno habrá que lo recuerda como algo supremo, algo semejante á un Dios humano, como un ser superior en muchos conceptos á I os demás, imperfectos y pecadores, que fuera encontrando en su camino.

A mí también ô no obstante haber estado junto á él fauando aun era yo demasiado niño, ô se mé aparece, entre tiernos recuerdos de la infancia y llenando toda aquella época de mi vida, con los resplandores de una magestad risueña y paternal. Endeble de cuerpo, sencillo y pulquérrimo en el vestir, en el andar pausado, absorto á menudo en hondas reflexiones, mirando siempre con dulces y hermosos ojos negros, el rostro surcado de arrugas, la frente alta y luminosa circuida como por un halo celeste, de indecible melancolía, rodeado continuamente de amigos respetuosos, de jóvenes y niños contentos, surge, en el fondo oscuro de la colonia, como una dulce aparición, como un buen genio tutelar.

Fué, con efecto, José de la Luz Caballero un hombre superior; para sus paisanos un modelo de hombres ô al menos por muchos conceptos; para alguno de ellos, el modelo masa cabado de patriotismo «que en lo humano pudiera presentarse,» Esta creencia generosa y legítima inspiró el único libro serio y completo que hasta ahora hayan pubUcado los cubanos sobre la excelente vida de su esclarecido compatriota. (1)

### I. ô LA biografía.

Cerca de tres años hacía yá de la publicación de la Vida de D. José de la Luz y Caballero^ por José Ignacio Rodríguez, cuando la leí en New York, en un ejemplar que tuvo la amabilidad de dedicarme el propio autor, antiguo y querido profesor mió. Pero, antes de conocer el libro por mi mismo, habia sufrido la ijifluencia del círculo de cubanos entre quienes vivía, los que, á su vez, obedecían á multitud de circunstancias que naturalmente habían de reflejarse en sus opiniones todas, relativas á las cosas y los hombres de su país. Así es que recorrí el libro, si con vivo interés, también con un juicio ya formado, y al cerrarlo y ordenar los elementos de mi opinión, creia proceder libre y espontáneamente cuando, en realidad, solo repetía lo que otros antes que yo más habían sentido que pensado.

Un año más tarde, próximamente, hablando del trabajo referido con un discípulo directo del gran educador cubano, le pregunté con candor y probablemente con necedad: ô ¿por qué no escribe usted, para vindicar su memoria tan maltratada? Su repuesta; ô «por que no tengo nada que decir y, por lo demás, la biografía me parece buena\* ô hubo de desagradarme sobre manera; pero

devoró en silencio mi sorpresa y mi indignación: no podía comprender tanta indiferencia, tratándose de lo que yo consideraba entonces como la adulteración pecaminosa de una gran figura, del que habiendo dejado de contarse entre los hombres, seguía siendo, sin embargo, un guía, un símbolo; ô duca^ signiore e maestro.

Han pasado ahora trece años y he vuelto á leer, varias veces con mucha atención y siempre con tanto interés como antaño, un libro que, al parecer, pocos conocen, pero del que casi todos se permiten hablar mal. Es un hecho que maldiciendo tantos de ese esfuerzo literario, y á la vez patriótico, ninguno, sin embargo, se ha decidido á escribir la biografía que estimen por más exacta, ni hacer otro esfuerzo más valioso y mejor, refutando, siquiera sea de paso é indirectamente, los errores que hubiere impreso José Ignacio Rodríguez.

Por decentado después de reposado examen de la obra, aquel discípulo que tanta irritación me causó, sin saberlo y sin quererlo, se me , apareció desde luego como uno de los pocos hombres libres de espíritu que por entonces tropezaron conmigo en el extranjero, á mi paso entre los pios; aunque es de advertirse que aquellos tiempos fueron denjasiado i^gitadospsta que se dejase oíría razón serena por encima de las olas en tumulto.

He meditado sobre la biografía que escribió Rodríguez, y, en mejores condiciones de ánimo, desvanecidas las preveniciones do otro tiempo, puedo asegurar que, á mi juicio, pocas obras se han inspirado en más amor y mayor respeto hacia un hombre; aunque es justo el reparo de que tal como el eximio cubano aparece en ella, es muy dudoso que fuese el ejemplo más propio de seguir ó imitar en la ocasión escepcional en que se le ofrecía á un pueblo arrebatado en un torbellino, en que la acción tenía que ser todo, lo mejor y lo único además.

El mismo escritor dijo: «cuando los bárbaros están á las puertas de la ciudad, preparándose para entrar por ellas, ya no es hora de deliberaciones ó consejos» (1). Los bárbaros, para Rodríguez, eran los revolucionarios en armas, y en verdad esos precisamente necesitaban más que de un Evangelio, de un fusil y de una cartuchera; un capitán antes que un maestro; un Epaminondas ó un Viriato antes que un Sócrates ó un Cristo.

El libro de José Ignacio Rodríguez, por la antítesis de su contenido respecto á la época en que se dio á la estampa; quizás también por la prevención general de que adulteraba la personalidad cuya vida intentaba referir y, probablemente, por ambas circunstancias reunidas, es el caso que se ha leído poco, ó cuando menos que ha sido ineficaz para sustituir la imagen que ha trazado, á la concepción que el pueblo de Cuba llegó á forjarse, á la idea que concibió y ha conservado amorosamente: ô un hombre ornado con todas las perfecciones posibles dentro de la ingénita limitación humana? y qué fué, además, el primero en prever un tiempo glorioso, así como el único capaz de haberse consagrado durante el resto de su vida á desearlo y prepararlo. Bien puede ser la una semblanza tan fiel como la otra; porque José de la Luz Caballero fué un hombre puro y fué, también, un precursor. No soñó nunca, seguramente, en perturbar las conciencias preparándolas para la acción inmediata y asoladora: ansió, por el contrario, iluminarlas en la verdad y serenarlas en la virtud, pero, al cabo, las perturbó, sin embargo: regó por todas partes gérmenes sublimes y fecundos de moralidad y de grandeza viril que habrían de desenvolverse en las almas y traer lógicamente un desacuerdo profundo entre la realidad y los principios y, luego, una aspiración á la armonía, tanto más grande cuanto más cierto y acentuado fuese el

contraste, y tanto más dolorosa cuanto más difícil fuese restablecer el natural y legítimo equilibrio.

La obra de J. I. Rodríguez tiene entre otros méritos el de haberse escrito con materiales reunidos, merced á no pequeña diligencia, desde una emigración y en circunstancias en que era trabajoso y expuesto mantener correspondencia con la isla de Cuba, donde estaban los documentos que se necesitaban. Hay en ella capítulos enteros, como el XVII, notabilísimos y dignos de fijar seriamente la atención. En todas las páginas del volumen se siente palpitar el corazón del autor, que es el de un cubano que ama la justicia y las glorias legítimas de su pueblo natal, y que arde todavía en afecto tierno hacia el hombre grande que retrata, como si estuviese bajo el ascendiente real de su persona; y del conjunto del trabajo se recibe una impresión gratísima del educador, del maestro, el cual aparece como un fenómeno extraño y apenas explicable, pues lo será siempre positivamente la existencia de un hombre tan bueno, tan desinteresado, tan lleno de religiosidad, en medio de la sociedad de su tiempo, incrédula, irreligiosa y materializada; y la aparición de un pensador tan penetrante y tan sólido, donde casi no existía ninguna tradición (Je esfuerzo mental.

No quiere esto decir que el libro carezca de errores: los tiene, y alguno de más ó menos importancia según el punto de vista que se escoja; pero en lo principal, en las líneas generales, el cuadro es exacto y bastante completo.

Hace ya algún tiempo que ha visto la luz una nueva edición; pero se distingue de la primera solamente por algunas notas.

Bien sea por desidia, bien por indiferencia, acaso por que preocupaciones gravísimas han ido cayendo sobre el corazón de los cubanos, como menuda, pero continua lluvia de invierno, el caso es que lo único realmente notable, por la seriedad del esfuerzo, la ordenación literaria y la soltura del estilo donoso y abundante, que se ha producido hasta el presente sobre José de la Luz Caballero es el interesante libro de José I. Rodríguez. Si «el maestro de la juventud cubana» no fué tal como él lo presenta, la culpa de que no aparezca en su verdadero modo de ser, en su personalidad real y efectiva, sería sin duda de los que no han dicho una sola palabra después; sancionando con su silencio lo que estimaron una impostura, de que si nó fautores, fueron los cómplices por su negligencia, por su abandono y, quizás, por su cobardía.

José I. Rodríguez conoció á José de la Luz Caballero, fué algún tiempo profesor de física en su colegio, y la posteridad, por consiguiente, aceptará las afirmaciones impresas de su libro cuando no quede ni la sospecha de que produjo desagrado y aún indignación que, no porque fueran más ó menos generales, dejaron de mantenerse absolutamente inéditos.

## II. ô su JUVENTUD.

La vida entera de José de la Luz Caballero (1) es un ejemplo más de cómo cada hombre es un compuesto, algo complejo y resultante de causas varias y diversas, un producto de la raza, del complicado movimiento del pasado, y de las circunstancias pecuhares que lo envuelven y afectan desde que surge á la existencia. Nadie, por consecuencia, puede desligarse de su ser propio, ni de sus antecedentes, ni del medio y el momento en que viene al mundo. El clima, la historia, las ideas dominantes, la configuración y estructura del suelo, mil causas ó relaciones, morales y físicas, ô evidenciando la armonía íntima de la realidad, ô se combinan por ignoradas maneras

y producen esa manifestación singular de la vida que llamamos <el hombre, por lo que cada individuo sobre un fondo suyo atesora y combina otros infinitos elementos, presentes y pasados, para devolverlos ó reflejarlos en la expresión sustantiva de su particular persona. Así, el diamante y el pedazo de hulla, que calientan ó brillan, no son más que una transformación, que una combinación maravillosa de tierra, de vegetal y de sol. Así, también, el alemán que medita hoy ô al lado de su jarra de cerveza y fumando su pipa ô sobre los grandes problemas del universo, ô en el fondo de un aposento moderno, ô no hace más en sustancia que reproducir, ô un tanto modificadas, naturalmente, ô las mismas ideas que otro medio muy diferente habia fijado con energía en el cerebro de aquellos aryas que se despedían de la vieja Bactriana, entonando los primeros himnos védicos.

José de la Luz y Caballero vino á la existencia con un cerebro modelado por largos siglos de religión y metafísica. Fué el intermediario de su elaboración esa raza sensible y exaltada del Mediodía, capaz de grande heroísmo y de ardiente devoción, la raza de los formidables fanatismos y de los más tiernos creyentes. El medio cósmico en que se desenvolviera fué este clima tropical, este sol devorador, este cielo encendido de Cuba, á cuyo influjo la fantasía se tiñe de los matices del iris, se enardece el corazón, predisponiendo el espíritu para los devaneos, el misticismo, y el cuerpo pronto decae, desgastando sus resortes, ó invalidando el entendimiento para los esfuerzos continuados de honda y sostenida meditación.

Su natural, como si dijera, su esencia, se determinaba por el predominio casi absorbente de la sensibilidad: el sentimiento, delicado, torrencial, desbordante á veces, siempre inexhausto (1). Sus beneficios brotarán del corazón; sus achaques provendrán de sus nervios. Habrá en él un dualismo, la inteligencia soberana y el sentimiento excesivo, que acaso no podrá armonizar jamás. Estas circunstancias generales, junto con su primera educación, pueden explicar aproximadamente su carácter y toda su vida.

Robusto y fuerte de constitución, al punto de sobresaUr en algunos ejercicios corporales, gozó de salud y vigor hasta los cuarenta años, poco más ó menos. Desde entonces, y por causa de sucesos importantes, y de su sedentaria consagración al estudio, sus potencias físicas fueron decayendo, no sin que forzosamente se resintiera su inteligencia, y tomaran rumbos diferentes sus meditaciones y sus ideas. Los sufrimientos, la naturaleza de su enfermedad, un golpe rudo que descargó la muerte en su hogar, desde entonces sin alegría, le acabaron muy pronto, á extremo que cuando sólo tenía cincuenta años, parecía haber alcanzado los últimos límites de la ancianidad. Siempre afectado, achacoso, naturales fueron el abatimiento corporal, la apatía, la imposibilidad de todo grande esfuerzo. De ahí que no hubiera podido nunca escribir una obra de extensas proporciones. El período más floreciente de su vida física, fué también, como era lógico, el de su mayor lozanía de inteligencia y en el cual, por eso mismo, pudo producir sus frutos mejores y más sanos.

El momento de su aparición debió también imprimir una huella en su carácter. La isla de Cuba, entonces, era sólo una factoría en el trayecto de la Metrópoli al Continente americano. En ambos hemisferios de la nación pesaba sobre los pueblos el cetro de D. Fernando VII. De vez en cuando y mientras era de hierro para la Península, abría aquí, cual mágica vara, fuentes de riqueza y prosperidad. Si bien iban surgiendo pueblos en lo interior y por las costas, la vida de la isla, débil y descuidada, se concentraba en la capital, que medio siglo de contiendas



con el extranjero y de depredadores de piratas, habían-convertido en una enorme fortaleza. Las únicas importantes ocupaciones que se ofrecían en general á sus mora- dores, eran el comercio y el foro, la milicia y el sacerdocio. España entonces, para la inmensa mayoría de los cubanos, era la Madre Patria.

Por causa, unas veces del atrevido bucanero y, otras, del inglés ó del francés, habíase visto al hijo de Cuba identificado con el de España en los mismos peligros y los mismos intereses.

Sin perder su carácter local, el cubano estaba siempre resuelto á la defensa de la bandera metropolitana que más de una vez sirvió de sudario de guerra á los que, aquí ó en otras partes, por ella combatieron con denuedo. Por espacio de un cuarto de siglo, mientras España se desmembraba á pedazos, Cuba mereció realmente el dictado de «Siempre fiel.» Sus hijos, como los de Aragón, por ejemplo, eran simplemente provincianos de España, españoles de ultramar. Esto duró, con más ó menos pro piedad, hasta el año de 1837, que inicia una nueva era en la historia de la mayor de las Antillas. Respiróse, pues, durante todo ese tiempo, en una atmósfera de mutua confianza, de igualdad política, al menos en la práctica, de paz moral.

¡base desarrollando el alma de José de la Luz Caballero bajo esas .benignas influencias. Formóse al calor de un Estado más ó menos protector, pero no resuelta ó hipócritamente enemigo todavía, y á la sombra benefactora de la Iglesia. D. José Agustín Caballero, tío materno y primer maestro de José de la Luz era sarcedote; D. Antonio de la Luz, su padre, uno de los jefes de la milicia. La santa mujer que fué su madre (1), matrona severa, aun- que dulce, era también muy sumisa á la Iglesia Católica. Crióle con amor entrañable y de ella recibió, como primeras impresiones, de esas precisamente que se graban para siempre en el espíritu, ejemplo vivo y constante de virtud y santidad.

Comenzó sus estudios en el Convento de San Francisco, donde fué su maestro de filosofía otro sacerdote. Fray Luis Gonzaga Valdés. En la Universidad, entonces Real y Pontificia, si- guió un curso de <texto aristotélico>, y estudió leyes en el Seminario de San Carlos. Así llegó á los veinte años, en que se graduó de Bachiller en leyes, siéndolo ya de filosofía, y no sin haber estudiado los sagrados cánones y la teología, bajo la dirección del Padre Caballero. Inclinado al claustro desde temprano, educado en un medio perfectamente religioso, pensó hacerse fraile de la Onícnden este propósito, desarrolló humilde y sencilla, llegando á someterse á mortiflacionos re su ilustrado biógrafo (1) en su primera juventud vientos del Norte» para dominar su organismo, segun se cuenta Sócrates, con comparado en otras tampoco con demasiada jeto andaba descalzo m h má.

í bien, tras varias fluctuaciones, ahorcó los hábitos, ya su carácter estaba definitivamente fijado. Naturaleza afectiva, de imaginación des- colorida por el ascetismo y la falta de paisaje en aquella juventud encerrada en el convento ó en el seminario y entregada á áspera vida y rigurosas meditaciones de iglesia, la exaltación de su raza y el sol de su patria habían de inflamar su sangre, más no para la poesía, ni para el arte, ni menos para la acción enérgica y decidida á que no le impulsaba su natural manso y pacífico, sino para el amor evangélico á sus semejantes y para las obras de bien y caridad. Aquel medio, esa educación eclesiástica, los hábitos de religión, la erudición clásica, el comercio constante con Aristóteles, Melchor Gano y los Padres de la Iglesia, el latin como vehículo universal, la disciplina del claustro, el aire beatífico que nutria sus pulmones en la casa paterna y en la escuela, la devoción y la austeridad de su madre, aquel tiempo prosaico, sin el movimiento y la flexibilidad más amable de hoy, y que parecía por lo mismo convidar á las naturalezas apacibles al retiro y á la meditación tranquila, ô todo eso junto



imprimió en su corazón y en su inteligencia un sello inalterable, ô fué el molde en que tomó forma permanente su personalidad singular.

Sobrevendrán cosas nuevas v ruidosas, recibirá otras impresiones diferentes, aparecerá más de una vez modificado; pero todo ello será pasajero, y accidental; contracciones más ó me- nos livianas que al caer de nuevo dejarán ver siempre firme y siempre el mismo, el granito inmutable de la base. El raudal de sus sentimientos le hará fácil, elocuente y aun fogoso orador; pero conociendo á fondo su lengua, aprendida en los mejores maestros, en ese Cervantes, sobre todo, que para él era una panacea, jamás será un escritor, un artista de la palabra el que por natural inclinación solo estaba llamado á ser artista de caracteres v ambicionaba el noble privilegio de ser creador de hombres para su patria. El silogismo esterilizador será, aunque sin demasiada crudeza y templado por su facundia, la forma común de su expresión clara, diluida y sin gusto. optará por la árida exégesis, por el penoso comentario. Su manera escolar y su fantasía atrofiada le impedirán ser un verdadero escritor, á pesar de su gran talento, de su saber sólilo y de su real profundidad.

Examínense sus producciones y quedará confirmado lo que acabo de expresar. El discurso en elogio del gran orador Escobedo (1) es el reflejo de su condición, amorosa, ardiente, expansiva, sentimental. Está cundido de interjecciones: los signos ortográficos más usados, usados con profusión extraordinaria, son el de admiración y el de interrogación. Sus discursos, y ese discurso, son expresión fiel y cabal de gran sensibilidad, de sensibilidad excitada; respiran el candor de su alma, la ternura menos contenida, en párrafos hermosos, redondos, solemnes, como párrafos de Jovellanos. Pero resulta inferior su forma cuando escribe, por carecer del donaire y la gracia, de la soltura y ese no se qué inefable que de las producciones del que emplea la pluma como instrumento, lo mismo que del que emplea el sonido musical, ó el buril, ó el pincel ô hace las obras de arte.

Parece que en sus mejores tiempos de producción, hacia este mismo efecto en los que pudieron conocerle. Un viajero español que vino por entonces á la isla decia lo siguiente:

«El Sr. D. José de la Luz Caballero es el literato de más prestigio en la Habana; pero creo «yo que le conviene más el nombre de sabio «que el de literato. Sus escritos suelen ser profundos; pero demasiado escolásticos. Al través de sus vastos conocimientos, especialmente filosóficos, se trasluce un mal gusto de que quita parte de valor ai conjunto.

«Algunos artículos de filosofía insertos en el Diario de la Habana revelan un profundo saber; pero la controversia es de aula, y la personalidad del impugnado, un medio de defensa poco lógico (1). Nos parece que el señor de la Luz es demasiado buen maestro para ser grande escritora (2).

He expuesto, como quien dice, los cimientos de aquella personalidad, y no creo fuera de propósito preguntar: ¿esas células cerebrales que por tanto tiempo y sobre una apropiada conformación étnica almacenaron aquellas primeras impresiones, serán capaces de recibir y conservar otras nuevas que modifiquen radicalmente el estado subjetivo que ha llegado á producirse? Esto que me parece imposible, debe tenerse presente para poder explicar un fenómeno curioso de reversión al pasado en el espíritu de José de la Luz Caballero, y que

justifica por qué, andando el tiempo, por el año de 50, próximamente, un distinguido extranjero que conversó con él en la Habana, tradujo la impresión que le había causado, diciendo en breve y atinado resumen: es un benedictino<sup>^</sup>» (1).

Se encontró al nacer formado ya el sistema de lo que llama Taine <las representaciones,» (2) en el individuo. En él ese «sistema» era la concepción general del mundo que se denomina «catolicismo». Los primeros veinte años de su vida fueron empleados en afirmarlo y gravarlo profundamente en su espíritu, concurriendo todos los elementos internos y exteriores á ese único fin, en la más estrecha y perfecta armonía, es decir, con fuerza incontrastable : su propia casa, sus maestros, el aspecto mismo y el carácter de su ciudad natal, las fuentes de su cultura, la lengua de sus estudios. Toda la aplicación de su actividad mental, en otras condiciones, por causas de sus viajes y de nuevas lecturas, es decir, bajo las ulteriores influencias, habrán de tender por fuerza á destruirlo en todo ó en parte, probablemente sin lograr otro resultado que modificaciones más ó menos profundas ó más ó menos instables. En el fondo de su ser siempre vivirá el religioso espíritu incubado en el regazo de una piadosa mujer y modelado en el seno de una iglesia dogmática. Debió sentir, en consecuencia, agitación y sacudidas durante su estudiosa madurez. El fraile, el sacerdote, serán más mundanos, se convertirán en el educador seglar; pero por aquel cerebro habrán pasado varias concepciones del universo y de la vida, y por aquel corazón habrán pasado también las tempestades de la fé conmovida, la angustia patética de la verdad que se abandona á pedazos, la tristeza de la verdad que se impone brutalmente sobre las ruinas de viejas y consoladoras creencias. ¿Qué queda al cabo en ese campo asolado por la electricidad de las ideas? En él, de seguro, había un pensador, un filósofo; pero, acaso, no pudo dejar nunca de haber también un teólogo, un creyente. El predominio de uno de entrambos aspectos será provocado por un factor importantísimo, ó su salud, su fortaleza física.

Con las condiciones propias y las excepcionales facultades de su individualidad, es fácil comprender que será un patriota ardiente sin ser jamás un revolucionario; que nadie le igualará como maestro (1), ni tampoco le superará nadie como hombre. Pero será invariablemente el hombre de sus circunstancias, el producto combinado de ellas y de la educación que había recibido, la resultante del sesgo inicial de su espíritu, del medio en que fué formándose, del momento en que alcanzó su desarrollo completo: fruto extraño y magnífico de un periodo de tránsito, en que sobre un fondo antiguo vinieron sucesivamente á injertarse elementos más modernos. Provinciano ó colono de España, al principio conforme y tranquilo; después, como los demás, desposeído y rebajado de su primitiva condición, y aleccionado por los acontecimientos ulteriores, sin el antiguo sosiego y descuidada despreocupación, más sin las nuevas impaciencias; ó sin la fé ortodoxa y estricta de la primera juventud y, en la edad proveyta, con un sistema de filosofía mezclado de elementos extraños, porque siempre abrigó una creencia religiosa más ó menos recrudescida y exaltada al compás de su debilidad corporal, ó era, en resumen, un pensador de genial y sorprendente penetración, acercándose á ocasiones á los linderos más avanzados de la filosofía, al punto de parecer un moderno, un colega y coetáneo de Spencer ó de Wundt; pero comunmente amalgamado con el religioso primitivo; algo así como un hombre de la primera mitad del siglo XIX vaciado en un hombre de los últimos días de la Edad Media; uno de aquellos sabios del Renacimiento que parecían llevar rivales, pues que eran a la voluntad res y creventes, observadores cuyo constante esfuerzo so ononunalm A obloner la conciliación de los oxlronioH, la penetración de elementos opuosioH, laariuonía de la razón y de la fe, de la (íronncúa ,v dn la ciencia (1).

## III. UN INFORME Y UN TRAYECTO,

Innecesario, y muy cansado í 0 triólicas miras del estado y circunstancias de las escuelas americanas ó inglesas; visitó las minas de plata de Silesia; escudriñó en las ruinas de Herculano y de Pompeya; subió más allá de los últimos descansos donde se detenían los más animosos, en las montañas de Escocia y bajó hasta mil pies en el cráter del Vesubio. Mores huminum multorum vidit et urbes.

Antes de su vuelta á Cuba hizo imprimir su traducción con notas del Viaje por Egipto y Siria^ de Volney. De regreso en la Habana unió sus esfuerzos al de los que en la Sociedad Patriótica se empeñaban en ilustrar y fomentar el bien del país, creando escuelas y mejorando las que ya existían (1). Por ese mismo tiempo había aparecido, bajo los auspicios de aquella corporación, un periódico notable, la Revista Bimestre Cubana^ que poco después de su fundación dirigió José Antonio Saco. En ella, en el Diario de la Habana y en las Memorias de la Sociedad publicó José de la Luz Caballero artículos varios y algunos informes (2). Notóse en la capital un movimiento intelectual hasta allí desconocido, al que Luz contribuyó en proporción muy considerable. Dirigió particularmente su atención á cuanto se relacionaba con la enseñanza y aprovechando aquellas favorables circunstancias, proyectó fundar un colegio con el nombre de El Atenro (1),

Desde que llegó á su país, con el caudal de sus nuevos estudios y variadas observaciones, había sentido vivísimo deseo de aplicar las mejoras que conociera examinando prolijamente la instrucción pública en los Estados Unidos y en la Gran Bretaña, y de introducir en la enseñanza primaria las reformas que Várela inauguró en los altos estudios. En presencia de la profunda y universal desmoralización de la isla creyó encontrar un medio eficaz de combatir los males públicos, en la educación de la niñez y en la cultura del pueblo, y así, arrastrado por su natural vocación y su patriotismo inteligente y generoso, desde aquel momento se propuso, en unión de sus colegas de la Sociedad, formada por un 'grupo de varones desinteresados, sacudir el marasmo de las espíritus y levantar el abatido nivel moral.

Creía que la vida era algo serio y que el triunfo y la felicidad dependen del carácter, de la virtud y de la verdad: vio por dó quiera oscuridad y miserias: la abyección social engendrada por la esclavitud; la despreocupación brutal, respecto á los mejores intereses humanos, los intereses morales, desconocidos ó burlados en el hartazgo de riquezas ívicil ó inícuamente amontonadas, y ó como consecuencias letales ó los vicios revolcándose en su fondo siniestro de vergüenzas y miserias. «Hombres más bien que académicos» exclamaba en su angustia ó «la necesidad de ¡a época^y^ y con tan noble inspiración de la verdad, escribió el famoso informe sobre el Instituto Cubano^ que denota la influencia que ejerció sobre su espíritu el manejo continuo de las obras del que consideraba «un hombre de Plutarco» y llamaba nuestro inmortal Jovellanos.

El Instituto debía ser una especie de Escuela General de Artes y Oficios y una Escuela Normal. Su múltiple misión debía de consistir j en «abrir nuevas carreras á la juventud de nuestra patria condenada á consagrarse exclusivamente al foro, a la medicina, ó ala holganza; difundir los

conocimientos químicos para perfeccionar la elaboración de nuestros frutos y aprovechar nuestras ventajas naturales; facilitar la adquisición de luces para toda empresa que descansa en las nociones de las ciencias físicas y matemáticas; abriguen nuestro propio seno, sin necesidad de mendigar al extranjero, hombres capaces no solo de concebir sino de ejecutar grandes planes aun en sus últimos pormenores; mejorar algunas profesiones de las existentes proporcionándoles otros datos de que les menester para progresar; fertilizar el vasto campo de la educación, ofreciéndole más idóneos cultivadores; contribuir al adelantamiento de las artes liberales y mecánicas entre nosotros» (1). Es decir, formar maestros y hacer hombres, como la manera más prudente y viable de dar satisfacción á los reclamos imperiosos del tiempo. El proyecto de José de la Luz Caballero no llegó, por supuesto, á realizarse, que tal acontecía casi siempre en la isla; pero se le dió la dirección de un colegio, el de Carraguao, cuyo nombre era San Cristóbal, donde estableció y regentó cursos de filosofía, desde [H-Vi (2) y fundó una clase con el nombre í

Tanto allí como en algunas clases particulares, aplicó á la enseñanza de los niños el método explicativo; mientras comunmente se

Era su vocación tan decidida que desde el año 1831, apenas llegó de Europa, visitó las escuelas de la capital y asistió á sus exámenes públicos con interés que fuera pueril sino hubiera sido tan notablemente inspirado en propósitos de reformas provechosas y urgentemente reclamadas por las circunstancias. Por tal manera de inquirir la condición de la enseñanza pudo convencerse del lastimoso estado de la instrucción, de la falta de idoneidad en los profesores, de los estragos de la rutina y, sobre todo, del funesto abuso de la memoria (1). Se enseñaba entonces por todos lados como se enseña hoy en las ínfimas escuelas de barrio. Su propósito más vivo, como era de esperarse, fué combatir ese sistema, que consistía precisamente en no tener ninguno. En lo sucesivo procuró siempre hacer comprender que el magisterio no era un oficio, ni siquiera una profesión; sino un apostolado (2), un sacerdocio (3). Así se comprende la complacencia con que, más tarde, leyó en un libro americano (4) y la comunicó al público, la expresión su propio y particular altísimo concepto de la enseñanza, la creencia sincera de que «como el poeta, como el músico, como el pintor el maestro es también un artista y, acaso, el más divino de los artistas; porque, como él lo pensaba, «si Miguel Ángel crea el Moisés, si Shakespeare crea el Hamlet, el maestro crea un hombre» (i)- 0" "

No me decidí á creer que la obra que escribió por aquel tiempo, con el título de «Texto de Lectura graduada para ejercitar el método explicativo» (2) fuese en realidad útil y adecuada á su objeto. Es un tomito de 104 páginas, del que apenas por rareza se conserva algún ejemplar. Mézclanse en él, sin gran concierto, admoniciones y consejos, diálogos infantiles, versos generalmente malos, y fórmulas conocidas, con relaciones de historia bíblica que parecen páginas arrancadas á la obra del abad Fleury. Ese ensayo debe no obstante juzgarse más por su intención que por su valor real; acaso siendo su ilustre y sapientísimo autor el maestro que lo usara, los resultados debían ser muy halagüeños (1); pero en manos menos fuertes y expertas que las suyas no debía producir los mismos frutos. Escrito para poner en práctica el método explicativo, no me ha sido dable comprender la elección y distribución de las materias que encierra, ni mucho menos cómo mediante el podría con éxito aplicarse aquel; pues que á cada paso se tropieza con expresiones como las siguientes: «Dios manda salir el sol, y le manda ponerse.» «El es quien hace caer la lluvia y el rocío para mojar el suelo, y á su arbitrio se pone seco.» «Hora manda al árbol que se vista de hojas, y dentro de poco mandará á las hojas

que se marchiten, que caigan, y que el árbol se quede desnudo». ô «El hizo al pobre lo mismo que al rico.» ô «El os dio vida, y aumento, y casa donde vivir» ô «Todos los que se mueven sobre la tierra, son suyo si» .-^En él viven y se mueveny> (2). Todas estas frases en que hay una mezcla extraña de teísmo y panteísmo, y que harían embarazosa y acaso imposible la explicación, sorprenden en un pensador que tanto recomendó desde temprano el estudio de las ciencias naturales, (1) que tanta importancia dio luego al de la física y que llegó á ser un preconizador apasionado de la observación y de la experiencia (2).

Pero es más de admirar aún la recomendación siguiente, dirigida á los niños: «Así que podáis leer el Catecismo debéis hacerlo, y hacerlo muy amenudo^ (3). Tres renglones más abajo, añade: «Ni basta leer, si no traéis de comprender lo que leís, y de conservarlo en la memoria» (4). Hay que recordar que para él «el método explicativo se reduce á hacer discunv'r á los alumnos sobre cuanto leen, explicándoles pa/aJra por palabra según vá siendo necesario paraba i7iteligencia del discurso» (5).

Me asalta ahora un recuerdo oportuno. Yo era sustituto, en el Colegio del Salvador, allá por 1865, de la primera clase de Religión, en que se enseñaba la doctrina Cristiana por el Catecismo de Ripalda. Un día me avisaron para dar clase, porque el profesor estaba enfermo.

Correspondía, como materia, un repaso general: hice colocar sobre la mesa todos los libros que los niños teman en las manos y lance la primer pregunta al que tenía más cerca de mí: ¿quién es Dios? ô La respuesta fué instantánea: «La Santísima Trinidad, Padre, Hijo, y Espíritu Santo: tres personas distintas y un solo Dios verdadero». Por mi parte, volvía preguntarle al que había contestado si comprendía lo que acababa de decir, y, naturalmente, me replicó que nó, y así mismo manifestaron todos los alumnos. Me encontraba, pues, en un verdadero aprieto para ejercitar el método explicativo. Es verdad que el mismo Pico de la Mirándola, que se sentía capaz de contestar satisfactoriamente á tantas dificultades, se hubiera hallado tan perplejo como yó, en esa intrincada cuestión de historia eclesiástica. Tomé entonces el partido mejor, que fué dar á entender, guardando en lo posible la buena forma, que toda aquella fraseología era sencillamente un monstruoso disparate. Más fué lo peor del caso que me vi, por la lógica de las cosas, como forzado á decir lo que debía entenderse por esa palabra de «Dios». No merezco la calificación de inmodesto si declaro que mi explicación no fué del todo mala, pues que manifesté, sin ahondar demasiado, cosa que, por otra parto. le hubiera sido imposible, que Dios era una concepción humana, una idea, que pueblos, razas, hombres ô según sus condiciones, naturaleza, carácter 3^ otras mil circunstancias, ô se forjaban de muy diferente manera. Agregué algo más, también de mi cosecha, y resultó que, separado de tan grato entretenimiento no más que por un tabique de madera poco elevado, el Director del Colegio pudo enterarse del empleo que yo hacía del método explicativo, y desde aquel momento dejé de ser el sustituto de la clase de Religión.

Lo cierto es que cuando se inculca á la niñez una síntesis, una concepción total del universo, es muy difícil luego modificarla, sin peligros y sin desgarramientos; y rara vez, si alguna, se logra estirparla de raíz. El Catecismo es una filosofía, toda la filosofía cristiana, mezcla híbrida de multitud de sectas y sistemas, en que hay ideas, como esa idea capital de Dios, que resultan de su misma definición, ininteligibles; una síntesis verdaderamente absurda, que al formar la base de la educación divide más adelante en dos porciones la vida mental, perdiéndose un tiempo precioso



y grande esfuerzo, durante la segunda mitad en ir refutando y destruyendo la primera sin conseguirlo completamente, sino por excepción; por cuyo motivo.

y el mismo José de la Luz Caballero es un ejemplo convincente, se convierte el hombre en una dualidad lastimosa, y la existencia en algo como la tela de Penélope, al fin de la cual se apodera del ánimo las más de las veces el estéril excecpticismo, la triste indiferencia; ó cae en la siniestra congoja que puso Goethe en el alma, vaga y perennemente atormentada, de Fausto.

Pero, á los 33 años, edad en que redactó el texto de lectura, José de la Luz Caballero era, en el fondo y bajo el punto de vista de sus creencias sustanciales, el clérigo de veinte años; aquel mismo hijo de San Francisco que proyectaba renunciar al mundo y encerrarse por siempre en una celda.

#### IV. ô EL MORALISTA.

Un hombre tan sensible como José de la Luz Caballero, no podía ser indiferente al bello sexo; al contrario, alguna de las resoluciones más graves de su vida debieronse, según refieren amigos suyos, á influencias femeninas (1).

Por el año de 33 contrajo matrimonio con una hija del célebre Dr. D. Tomás Romay. Entonces Luz Caballero era uno de los elegantes de la Habana. Sus hábitos de escrupulosa y estremada limpieza fueron los únicos que conservó hasta su muerte, de su vida de joven presumido y de moda. El año de 34 le nació su única hija María Luisa, el encanto de su existencia, y cuya pérdida decidió un aspecto nuevo de su inteligencia.

En 1837 el régimen político de Cuba cambió radicalmente. Las Cortes Constituyentes de la Monarquía hicieron la innovación desastrosa que un escritor llamó «inmortal injuria» (i). La España de los Sancho y los Arguelles estableció en la isla, en forma realmente revolucionaria, un nuevo sistema, cuyo Código fueron la Real orden de 25 de Abril de aquel mismo año y la de 28 de Mayo de 1825. ô Cuba, desde entonces, «quedó sometida sin defensa al sable de los Capitanes Generales» (2).

Luz abandonó la enseñanza y se recibió de abogado en Puerto Príncipe (3). Pero el foro estaba demasiado corrompido, por lo que «su alma de armiño» no pudo resistir la pesada atmósfera y renunció precipitadamente al ejercicio (le abogado apenas lo inició» (4).

Consagrado de nuevo al magisterio, dio clases particulares en su casa y, gobernando el habanero D. Joaquin de Ezpeleta, sucesor de Tacón, obtuvo ô en 7 de Setiembre del año 1838 ô licencia para fundar una cátedra de Filosofía, que se instaló en el convento de San Francisco (1).

Gozaba ya de alto concepto en la Habana como maestro de filosofía. En 1834 había fundado, gracias á las gestiones de D. Francisco Arango y Parreño, cubano prominente que ^ la sazón desempeñaba el cargo de Comisari Regio de Instrucción Pública (2), una cátedra de Filosofía «con validez académica», en el colegio de San Cristóbal, de que era director. Bachiller y Morales aseguraba que la aparición de su Elenco señaló «una época en el movimiento filosófico del país» (3), y así mismo lo declaró otro profesor, D. Manuel González de Valle (4). Por estos motivos su clase del Convento^ que desempeño próximamente cinco años (5), fué bastante concurrida. El



profesor sentía y comunicaba el entusiasmo de tal manera que hubo lecciones que duraron hasta cuatro horas sin interrupción ni descanso. A menudo se valía él de libros, ya recientes, ya antiguos, para leer trozos de ellos y comentarlos en seguida. Encerraba comunmente la materia de sus explicaciones en forma condensada, en proposiciones escritas, de las cuales algunas tenían por fuerza que resultar vagas, ó confusas y hasta insignificantes, y cuya agrupación ó conjunto, más ó menos ordenado metódico, componía el Elenco del curso, el cuestionario fundamental conforme al cual habían de ser examinados sus discípulos. Por aquella misma época estudiábanse, ó leíanse á lo menos si bien en círculo reducido, obras filosóficas; más no precisamente de origen alemán en su mayor parte, como se ha creído. Contrariamente á lo escrito por el eminente literato, Dr. D. Marcelino Menéndez y Pelayo (1), no asomaba ninguna afición, fácilmente apreciable, á la filosofía de Alemania, á no ser por el intermediario de Victor Cousin, muy en boga por entonces. Directamente se consultaban obras en latín y libros franceses. Quizás fuera José de la Luz Caballero el único que cultivase con cariño y devoción la literatura filosófica de Europa y la no muy acreditada todavía de los Estados Unidos. Si hubo pensadores de tanta valía como él y aun como el Padre Ruiz tenerlos por tales en justicia. Aún se vivía generalmente de mendrugos de Aristóteles y de Santo Tomás, ó de la mesa de Descartes: un año después de instalado el curso de Luz, publicó D. José Zacarías González del Valle,<sup>^</sup> en la Imprenta Literaria, sus Breves explicaciones- con motivo de algunos lugares de Aristóteles con el objeto de suplir de alguna manera la carencia de texto (1) para la cátedra de la Universidad, de que se encargara interinamente, y la que todavía se llamaba de Texto Aristotélico (2). Las circunstancias por tanto favorecían la propagación de cualquier doctrina nueva sobre todo si aparecía ostentando gravedad científica, carácter conciliador, respecto de lo presente y brillante forma como fue el caso del Eclecticismo. No es pecar de ligereza el que se afirme que la cultura filosófica no pasaba más allá de las escuelas analítica por una parte, y por la otra de la escuela ecléctica y de la espiritualista. Tal era, además, la tradición más conservada, desde los tiempos de Várela, como se evidenció por la polémica relativa á la Moral en que debatieron, con auxiliares de menor importancia, de un lado el Sr. D. Manuel González del Valle, y del otro el Presbítero Ldo. D. Francisco Ruiz, quienes reclamaron la tercería de José de la Luz Caballero, su decisión, reconocida y acatada de antemano. En unos exámenes de la clase de Psicología y Moral del Colegio Cubano de Conocimientos útiles j la noche del 22 de Julio de 1850, sostuvo el profesor, D. Manuel González del Valle, la proposición siguiente: «Ponemos-la virtud en el sacrificio del placer al deber contra la opinión de Helvecio» (1). El Presbítero D. Francisco Ruiz que habia sido invitado á aquellos ejercicios, hubo de sorprenderse de oírle á Valle la afirmación de que Helvecio sostenía «que desde el punto y hora que el vicio hace feliz al hombre debia este amar el vicio» (2). Parece que en tales actos era costumbre el que hicieran observaciones, si lo tenían á bien, los individuos de la concurrencia, y el Presbítero hizo las que le ocurrieron, exponiendo sus dudas acerca de la autenticidad del aserto, referido á Helvecio, sustentado por Valle. Este le ofreció «poner en publico el pasaje citado, > para que quedase satisfecho de que Helvecio era su autor (3), y en tal propósito le enderezó ó Púiz una carta de dos párrafos, publicada en la sección de Comunicados del Diario de la Habana, del 30 de Julio, en que transcribía textualmente en francés las expresiones controvertidas; pero tomándolas de la obra Sistema de la Naturaleza<sup>^</sup> que el Dr. Valle le atribula á Helvecio.

Naturalmente el instruido sacerdote señaló la confusión de adjudicar á aquel filósofo una obra que ya para todo el mundo habia sido escrita por el Barón d' Holbach. En la misma comunicación (1), combatió el Pbro. Ruiz las ideas de su colega, para sostener, por su cuenta, que no eran incompatibles, ni menos contradictorios, el deber y la utilidad, si bien pre- viniendo

que no entendía él la utilidad como creía Valle que la habían entendido Hobbes y Helvecio; puesto que la tomaba «en el mismo sentido» en que Sócrates, Cicerón, Hume, Bentham, el moralista Droz y el jurisconsulto Conté. En suma, Ruiz sostenía, y creía haber demostrado, «que el principio de la utilidad no solamente debe aplicarse á las ciencias poéticas y económicas, y á cuanto tenga relación con los goces y necesidades del hombre, sino también á la moral propiamente dicha,» y que la justicia «constituye la suprema utilidad.» Replicó Valle (2), manifestando que aunque las palabras que originaron la polémica no fuesen de Helvecio, á este podían atribuirse sin reparo por ser de la misma época que Holbach, texier con este frecuentes comunicaciones y pertenecer á la misma escuela, por cuyas razones, poco legítimas, por cierto, añadía: la cuestión bibliográfica y erudita «es un no menor sobreeso de buen grado.» Ruiz exponía dudas respecto á la ley del deber y preguntaba «¿adónde se encuentra y cómo se manifiesta la ley del deber?» respondió Valle que «damos con su (revelación sublime al punto que asoma una intención en la conciencia; y que la hallamos también al mirar un hecho de nuestros semejantes, comenzado y cumplido con entera libertad; puesto que jamás nos abandona el oráculo augusto de la razón; y cada y cuando se ofrece, nos impone con autoridad divina la obediencia á lo justo, sin quitarle á la voluntad el poder de seguir ó no la voz eterna del deber que la intima»; y por lo que hace á la ley del deber, bien clara se aparece según él, en los sentimientos, ó en el regalo purísimo de una conciencia inmaculada. Desde luego este modo verboso de pensar se deriva del error de considerar al hombre adulto y civilizado, al hombre moderno, como el tipo del hombre, como el hombre único, y de fundar la ciencia en las observaciones individuales hechas sobre él exclusivamente. Por supuesto, razones de la naturaleza de las aducidas no habían de convencer á nadie, por lo que no es extraño que continuara la polémica: Ruiz publicó otro artículo (1) y Valle no se dio tampoco por vencido. En su contestación (2) aludió con grande reverencia á José de la Luz Caballero. El párrafo 8.º de su escrito dice así: «... antes que yo un estimable patricio dio en prendas de su amor acendrado á la Moral y para aviso á la juventud que vá al colegio de Garraguao por buena educación, aquel Elen que fue para los inteligentes la aurora de un nuevo adelantamiento filosófico en el país y un consuelo en la ausencia del ilustre sabio y ejemplar sacerdote que nos inició en los conocimientos de Bacon, Descartes y Newton. Oigamos entre las delicias de la gratitud que nos acompañan en estos momentos las bien meditadas proposiciones del moralista del colegio de Garraguao.» Las incluye á continuación, como sigue:

«141. Los partidarios del principio de utilidad han confundido el hecho con el derecho, substituyendo una sátira del vicio á un análisis de nuestros principios naturales.»

«142. La veracidad limitada que se observa en la infancia no puede ser el resultado de la experiencia. ¿Cómo podrá explicarse este fenómeno por el principio de la utilidad? >

«143. La moral del interés nos abre un abismo de males: he aquí sus consecuencias forzosas: 1.º el olvido de nuestros derechos: 2.º la pretensión de contentar al hombre solo con goces físicos: 3.º la degradación del carácter nacional.»

«144. ô Aunque se ha dicho con mucha ver- dad que los picaros son unos hábiles calcula- dores, de ahí no se infiere que los buenos no sean más que unos hábiles especuladores.»

Seguidamente hace mérito Valle de la pro- posición 148 del mismo Elenco, la que define la virtud... «la obediencia al deber-» ^ y añade: «Al que puso entre nosotros tan claras y transparentes las tendencias perniciosas del sistema utilitario, á él la palma y á mi la ocasión de que se reconozca que es suya.» Y terminaba con las siguientes cláusulas: «En fin, á la luz de esta discusión ¿qué está V. viendo ahora? ô El principio de utilidad á los pies de la ley del deber.» ô

Correspondiendo al respetuoso llamamiento, publicó Luz Caballero en la sección de Comunicados del Diario de la Marina, el 13 de Setiembre (1839), una carta fechada el 11 del propio mes, y dirigida al Sr. D. Manuel González del Valle. En el mismo Diario y sección, Yió la luz el 16 de Setiembre la respuesta pendiente del Padre Ruíz, con fecha del 13, es decir, el mismo día que apareció el comunicado de Luz Caballero. Sin conocerlo por tanto, decía á Valle el Pbro. Ruiz: «El ilustre patricio quien V. alude, honra y prez de nuestro suelo ^ y á quien tanto debe su patria por más de un título^ no me dispensaría la generosa y cordial amistad con que me honra si llegase á entender que yo por un momento titubeaba en manifestar con franqueza una idea que creye. se verdadera y provechosa al hombre, por miramientos y consideraciones humanas. Infinitas pruebas nos ha dado del generoso temple de su alma como de su profunda y variada instrucción en los ramos del verdadero saber, utilizados eminentemente por su acendrado amor á la patria. Por fortuna no discrepamos en nuestras opiniones ciuxl V. se a r entura á proclamar. Como no presumo tanto de mis fuerzas intelectuales, tengo un sincero deseo de descubrir la verdad, ó de libertarme de cualquier error en que pueda haber incurrido, más de una vez en nuestros amigables coloquios hemos entrado en discusión sobre la materia, no con el tono de quien desea vencer, sino con la É" ecpfqqtuc" ugpekmg| " fgn" swg" dwuec" nc" xgtf" rctc" knwuvvtct" uw" mente. Actr antes que este artículo vea la lu^ pública tenga Y. su desefigao con la manifestación del genuino sentido que deba dársele á las proposiciones de su antiguo elenco de filosofía.> Luz Caballero, sin embargo, creyó que no habia desacuerdo sustancial entre ambos contendientes: «Valle y Ruiz ô decía ô no difieren en cuanto á la norma para juzgar las acciones» «¿En qué consiste, pues, la divergencia?» agregaba. Entendia que el primer grado déla cuestión estribaba en la proposición de que todos habian de rendirse á la ley del deber, y que el segundo, en su explicación. ¿«Por qué?»-^su respuesta era la siguiente: «por que así lo pide el orden.» El orden para él significaba: «las leyes de la naturaleza y del hombre, en que se cifra la armonía del universo y de la humanidad,» que se encaminan «á asegurar el bien general, ó llámese utilidad de la ¿spécie hasta con detrimento del individuo;> por lo que quien infringe el orden «falta precisamente á su deber ^1^ pues que «ataca el bien ó ven- tajás de la comunidad.» A continuación explicaba Luz el sentido de las proposiciones de su elenco que habia transcrito Valle, insistiendo en que la naturaleza «se ha ocupado más de la especie que de los individuos,» que su plan es que todo ceda á la titilidad del mayor nvr mero y hasta con detrimento de la utilidad individual.» En su concepto ^no es otro ni puede ser otro el sistema de la sociedad.^ De ahí saca en consecuencia que «la teoría del deber pende forzosamente del conocimiento que tengamos de las leyes de nuestra naturaleza,» y que «solo así puede explicarse la diversa moralidad de los pueblos según su diferente grado de civilización, no menos que su uniformidad en ciertos principios fundamentales de las acciones, que descansan en hechos ó impresiones comunes á toda la humanidad^ aun en ei estado más bravio ó inculto.» Ya desde entonces puede

notarse el carácter sensualista de sus doctrinas, pues que resistía á fundar aquella uniformidad en ideas ó principios innatos, declarando que «5o?o nuestras facultades^ los pórmenes de nuestras facultades flácieron con nosotros» y que esto bastaba para conseguir todos los fines de la moral. > «Si los hombres ô proseguía ô nos hemos de uniformar precisamente respecto de ciertas máirnas fundamentales, asi físicas como moral en virtud de nuestra misma constitución qué viene suponer que tenemos ideas pre-ocistentes?i ¿No se nos ha dado la luz de la razón para formarlas sobre los materiales suministrados por los sentidos? » «Tan cierto es que los principios de moralidad penden de las ideas adquiridas que sin salir de nuestro propio suelo, educados bajo la misma religión y costumbres, hallamos hombres, ynó de los interesados sino de los más desprendidos y aun timoratos, que tienen por buenas ó indiferentes, aquellas mismas acciones que V. y yó tenemos por pecaminosas y detestables » ^Por esta razón cuando queremos que cambien las acciones de los hombres^ nos empeñamos en cambiar sus ideas;y> porque todo es armónico en este mundo» y así <(^los sentimientos producen ideas j las idea^ producen sentí7nientosSj que son los padres inmediatos de las acciones» (1). Esto no obstante, pensaba que el principio de la utilidad bien entendida no es el que siempre gobierna á los hombres, sino el que debe gobernarlos^ aserto que cree una prueba de la afirmación contenida en su proposición número 141 de que se liabia confundido el hecho con el derecho; v combatía «con ahinco» la doctrina del interés el individual desde luego, porque mas adelantite se refiere á «esa fatal escuela del egoísmo» á cuyos partidarios designó «repetidamente» con el epíteto de «materialistas de la política^» y declara que «la divisa de su corazón» es <la teoria del sacrificio y la abnegación en obsequio del procomunal . » ( 1 ) Reconoce también la existencia de hombres buenos «por su propia naturaleza» que «jamás calculan para obrar el bien, porque no pueden menos de hacerlo,» y la de otros que «aunque prevean los males que les acarrean ciertos actos, prefieren la utilidad agena a la propia, por ser aquella la mayor para la sociedad,» entendiendo que tal preferencia «no es más que otro nombre para decir justicia» y que, en consecuencia, «habiendo una gran diferencia entre lo ítil^ tomado en general, y lojvsto^ no media ninguna entre jo más útil y lo jiisto.^ « Útil ô continúa ô es un ferrocarril; pero 7nás útil es la justicia. La palabra útil se aplica á cuanto puede aproveTiarse asi en lo físico como en lo moral, y por I ^D mismo contraida ya á la moral no puede de- ir relación sino ala bondad ó malicia de las acciones.» Le parece que «si en vez de la palabra utilidad se hubiesen valido algunos moralistas de la expresión procomunal^ ó bien jeneral^ mucho altercado inútil se hubiera ahorrado en la materia que nos ocupa; > porque ree evidente que «la naturaleza misma nos fuerza á probar el deber en el crisol de la ventaja general;y> de ahí que pregunte: «¿Cómo puedo yo saber lo que es deber si ignoro lo que piden los casos y las cosas? ¿No es esta exigencia de las circunstancias en lo que se cifra el orden y concierto &Q\m\máo moral?» «¡Qué! ô exclama ô ¿por ventura la humana naturaleza no tiene leyes como toda la naturaleza? Luego la ley del deber lejos de oponerse al principio de la mayor utilidad encuentra en este su más firme apoyo;» de donde resulta que «la una es el preceptor y «el otro es la teoría. ^í^

Creía conciliar á los dos adversarios: «en resolución, ô dijo ô los artículos de Ruiz son el comentario legítimo de la doctrina de Valle;» y acaso porque o}3servára que los ánimos habíanse poco á poco enconado desee') que terminara la contienda: «creo que debe cesar toda discusión, una vez determinado el sentido de las palabras, y deslindadas las consecuencias del principio del interés, y del principio del bien general;» por más que insinuaba que no eran sus explicaciones favorables al punto de vista del Dr. Valle, del cual discrepaba por completo en asuntos fundamentales. Mas como las divergencias de doctrinas, ni las diferencias de ideas desapare-

un laudo, como las contiendas ocasionadas por los intereses ó por la conducta, ni tampoco se aplaca la discordia en la esfera del pensamiento con el veredicto que se funda en reflexiones más ó menos sólidas, aunque donde ni se penetra en la raíz misma del problema, ni se agota en lo posible una materia, examinándola cuidadosamente por todas sus fases, ô su- cedió lo que era natural, que no hubo conciliación y ô lo que es curioso ô que cada uno de los interesados creyó que el arbitro había fallado á su favor (i). El Padre Ruiz por su parte llegó hasta declarar quetenía la convicción «de que todo el contenido» del artículo de Luz se hallaba en tanta armonía» con las ideas expresadas en los suyos que no dudaba «cubrirse con la honra de adoptarlo y defenderlo como propio.»

La carta de Luz al Di\ Valle, á más de indicai? sus ideas morales, determina su manera de pensar, esto es, la naturaleza de su entendimiento. Aquel escrito fué redactado, seguráis ente, al correr de la pluma, y esta circunstancia es bastante para prevenir ó estorbar los J^xcios definitivos que, en cualquier sentido, lo to \iien por base ó fundamento. Ni era ól un metafísico, ni aceptaba la Metafísica. Gomo moralista seguía, pues, la escuela inductiva j cuereándose unas veces á las ideas de Stuart M^ill, otras veces á las de Bentham; pero sin que por aquel escrito suyo, único sobre la materia que hasta ahora le conocemos, sea posible ongeturar si alcanzaba en la concepción de su doctrina ética la penetración analítica que en la Suya muestra el segundo de aquellos filósofos, ó la potencia de síntesis que el primero; ya que es fácil notar por él que conserva siempre un resto antiguo, un dejo de su primera educación cristiana y escolástica, el ascetismo religioso que no se espanta ante el sacrificio y el hábito mental de vivificar las palabras. Por otra parte, Bentham tenía su tarifa, su aritmética moral para hacer el cálculo de lo útil; pero ¿qué és, cómo determina, y quién determina el principio que la moral que Luz denomina «la utilidad del Tiayor numero^-» y que llama otras veces, con mayor kpfgvgt o kpcck»p."pñn"dkgp"i gpgtcn".@ "ënc" wvknk f c f "dkgp"gpvpgpfkfc { `)"

## V. ô POLÉMICA SOBRE EL ECLECTICISMO.

No fueron únicamente Valle y Ruiz quienes contendieron sobre la moral del debe)\* y de la lítüidad. En el Noticioso y Lucero se publicaron desde Setiembre á Diciembre de 1839 varios artículos, más ó menos insulsos y bre- ves (1), entre ellos uno firmado por «un discípulo de Gousin» (2). Durante aquellos meses mostnj en Cuba, cierta tendencia á generalizarse, el eclecticismo de Victor Gousin, aun cuando en ella habia asomado con anterioridad, y por ese motivo contra él arreció José do la Luz y Caballero en la cátedra de San Francisco (3) los golpes que desde el año anterior descargaba en los periódicos contra adversarios de sus ideas filosóficas. Si bien el Pbro. Ruiz seguía sus mismas aguas (1), Luz Caballero combatió sólo contra sus adversarios en aquella famosa polémica (2); mejor dicho, contra un adversario único; pues aunque el año 40, y mientras Luz impugnaba las doctrinas cousinianas en el Convento, explicaba en la Universidad D. Manuel González del Valle, con- formándose en sus lecciones al escritor francés, los ramos que entonces y hoy todavía se designan con la palabra Filosofía (3), no me consta que rompiese este ninguna lanza en el nuevo palenque; á menos que fuera de su pluma alguno de los articulejos que he mencionado y que Luz no se dignó contestar, ni habia para qué. El único á quien honró combatiéndolo especial y directamente fué á un joven doctor de veinte años, el catedrático interino de Texto Aristotélico^ D. José Zacarías González del Valle, hermano de D. Manuel; aunque, en puridad, combatiendo á Valle, el contrario era el mismo Victor Gousin; porque su discípulo habanero publicó solamente dos artículos, nó muy extensos; el primero, en que designaba la doctrina discutida con el dictado de ^sistema de la cpo- cüj^ se



reduela á «traducir algunos párrafos de la Advertencia que Victor Gousin ha puesto á la cabeza de la tercera edición de sus Fragmentos filosóficos j hecha el año próximo pasado en Paris» (1); mientras el segundo era una defensa del eclecticismo, bastante corta y muy desmayada (2).

El mayor elogio de Luz Caballero, así como la demostración de su perspicuo patriotismo y de la profundidad de sus miras, se desprende del hecho mismo de haber luchado en la isla de Cuba contra las perniciosas tendencias de aquella doctrina cousiniana, así en el orden de las ideas como en el orden social y político (3). El eclecticismo carecía de un principio superior, y buscando la conciliación de ajenas ideas, reducíase á la postre á un híbrido sistema personal que Luz justamente calificó de /a?5o é im^ posible, y del cual pensaba que <desde que existe la filosofía à "pq" j wdq" pwpec" èekfgc" o cu" swk o 2tkec" ì" \*#É" C" guvg" o qv'kxq" hwpfc o gpvcn. "uq" ci t'gicdcp." en el ánimo de Luz otros df> gi\*an iraportí^ucia que le impulsaron á una enérgica y briosa oposición, en el periódico y en la cátedra; porque la doctrina nueva estorbaba los pr'ogresos del espíritu humano, acerrándole las puertas del porvenir»; porque bajo el nombre de conciliación pretendía propagar errores 4cque yahabia enterrado la ciencia; >> y empleaba «arma\$ de todas clases contra los que estaban en posesión de la verdad apellidándoles ateos y materialistas^psiveí espantar á la juventud del campo de la legítima investigación;» porque tales doctrinas \*se sustentaban por hombres del mayor prestigio y elocuencia, y á la cabeza de los primeros guvwfkqu=ì" {" j"l dtg" vqfq." rqtswg" ßug" curktcdc" ezv"l" qn" o "u" xgjg- mente ahinco á hacer tota co/u//eía rerjolución en las ideas, para sercir de hase á uno. recO" loción en la política\* (Z). IMíhíU\* \H\T} m en>^ - ñoreó de los espíritus en Francia (espiritualismo con Royer-Gollard, Maine de Birán y Víctor Gousin. Aquella escuela, mezcla de Descartes, Leibnitz y la llamada filosofía escocesa, tomó por base la psicología y fundó la psicología en la observación directa de la conciencia individual. Esto solo ya evidencia que, concentrando la atención en el mundo interior y exagerando y aun equivocando el valor del sentido íntimo, su autoridad y testimonio, había de descuidar la verdadera experiencia, es decir, sustituir la ciencia con la lucubración, las investigaciones positivas con la fantasía y la hipótesis. ô ^El jefe de aquella dirección de los espíritus, y luego de una nueva escuela, fué un hombre de grandes méritos, el ilustre Víctor Gousin, profesor muy elocuente, .escritor elegante y clásico, consejero de Estado, académico, par de Francia, y en 1840 Ministro de Instrucción pública en el gabinete presidido' por Mr. Thiers. 'En los primeros años de su enseñanza pública era un maestro entusiasta, algo como un apóstol de las ideas liberales.

Después no fué sino un político pendiente siempre del gobierno establecido, y ô como dice Julio Simón en un libro calificado de <ingeniosa y maligna biografía, ó más bien sátira biográfica» (1), ô «el magistrado» de la filosofía pero por sus aptitudes y su influencia pudo prestar y prestó servicios muy considerables y de diversa índole á su patria, agitando los espíritus, investigando en los archivos, esparciendo doctrinas antiguas y modernas, popularizando la historia de la fllosofía, despertando la curiosidad en esas materias y el gusto por el estudio de las obras originales de los grandes pensadores, algunas de las cuales tradujo y editó. Por tales y tantos títulos y principalmente por sus trabajos literarios y sus esfuerzos en pro déla enseñanza, le enaltecía con respeto sincero y grande admiración, Josó de la Luz Caballero; mas también por aquellas mismas circunstancias que realzaban el crédito y prestigio del ilustre profesor francés temia y se alarmaba ante los progresos que en Cuba iban haciendo sus doctrinas. Gousin, que venia del sensualismo y de los escoceses, de Laromiguiere y de Reid, recibió bien temprano la influencia de los alemanes, de Schélling, de Hégel, de Jacobi, á quienes conoció personalmente, y antes que de ellos de las obras de Kant, que estudió á medias y, como dice J.



Simón, <en el latin bárbaro de Born>. Sus estudios de los sistemas, sus trabajos de erudición, su poder maravilloso de asimilación y la tendencia sintética de su espíritu le facilitaron el camino y los elementos que necesitaba para formular una nueva filosofía, con que supeditar y sustituir, según lo pretendía á todos los deniás sistemas. Esa filosofía, sin embargo, resultó por vicio de método, sobre todo, una construcción vana, aunque no desprovista de ingeniosidad y de apariencias seductoras; pero sus materiales fueron tomados aquí y allá, entre los antiguos y entre los modernos, en la escuela escocesa, en las alemanas, en Maine de Biran, en Descartes, en Proclo, en Platón, en los orientales. Su mismo nombre ~ Electicismo ô hubieran podido reclamarlo por suyo Leibnitz, con anterioridad, los alejandrinos.

Tenia por norma una tesis mentirosa, que todos los sistemas son verdaderos en lo que afirman y falsos en lo que niegan; y por guia el sentido coman (1), lo que equivale á no tener ninguno, á echar á andar sin norte ni propósito, es decir, á merced de lo arbitrario y lo caprichoso. Su idea capital era la impersonalidad déla razón, principio con el cual creia haber realizado la concordancia de la ontología y la psicología, del ser y del pensamiento, y re- suuelto las mayores dificultades que se ofrecen á la especulación. Su método, aun protestando lo contrario, se reducía á algo semejante al sincretismo de la escuela de Alejandría, á tunc ^ecliticismo ihjstrodo que, juzgando con equidad y aun benevolencia todas las escue- las, toma de ellas lo que tienen de verdadero y se desentiende de lo que tienen de falso»

(1); pero sin determinar cómo y de qué mancipa se reconoce la verdad que las hace vivir y se descubre el error que ocasionó su descrédito. Fundado en el análisis del pensamiento; por lo mismo que había sido educado en la escuela de Reid; que derivaba del psicologismo de Descartes, y que se encontraba frente al criticismo kantiano y el escepticismo inglés, la teorip del origen de nuestras ideas y de su alcance y su valor debía ser y fué, para desesperación de su discípulo Jouffroy, su caballo de batalla^ llevándole como por la mano á combatir el sensualismo, y particularmente á Locke, que entonces era en Francia «una potencia» (2) y á quien tenía él por <el verdadero representante, el más original y á la vez el más templado de la escuela empírica» (3); y para lograr su aspiración de juntar á las percepciones los conceptos, al lado de la sensación que nos suministra la percepción de las cosas, la razón que nos suministra las ideas absolutas. Inspirándose en algunas ideas hegelianas sostuvo la teoría de los grandes hombres, el movimiento fatal en que el éxito es la última ratio^ la santifloación de los principios que, encarnándose en los pueblos escogidos, se realizan por la acción de los genios providenciales; teoría desastrosa que en definitiva viene á ser la glorificación del acaso, del crimen mismo^ la inanidad de la razón y del derecho, la supresión de la justicia, la infalibilidad inapelable de la fuerza. Julio Si^\* món que le celebra y respeta como moralista, añade, sin embargo: «No le repruebo más que una cosa, que es bien grave, y es lo que él propio llamaba la absolución del éxito, teoría que se relaciona < } on la de los hombres necesarios» (1).

Por eso, si fué bien acogida la nueva filosofía de Cousin en algunas partes ô en Pádua, por Poli; en Ñapóles, por Galluppi; en España, por D. Tomás García Luna, - ô también, por sus tendencias inmorales en el orden político, por su absurda pretensión de armonizar lo inconciliable, y por su falta de criterio y de verdadero método, debía encontrar y encontró muy poderosos adversarios en el extranjero, como Rosmini, como Schelling, como Hámilton, y én la misma Francia le salieron frente, aunque des. de puntos de vista muy distintos, la escuela católica y el célebre humanitario y ex-sansimoniano Fierre Leroux. Alarmado el patriotismo generoso de Luz y contrariadas sus ideas capi- tales, por el Eclecticismo, su corazón y su entendimiento por un lado, y por el otro su deber como maestro de la juventud (1), decidieron la vigorosa resistencia que opuso á que se aclimataran en su pais tan falsas como funestas doctrinas (2). La filosofía

ecléctica aplicada a la política es lo que se ha llamado el doctrinarismo . Lo que hizo Gousin en la esfera del pensamiento especulativo lo realizó el ilustre Guizot en la política " y en la historia (3). El uno fué el complemento del otro. En el fondo de las lecciones del historiador late la tesis del filósofo, de que «la historia es el gobierno visible de Dios; por lo que, en consecuencia, todo está donde debe^ y si todo resulta en su lugar propio, todo está bien puesto^ pues todo conduce al fin señalado por un poder benéfico.» Semejante optimismo determina una profunda contradicción entre la doctrina moral del escritor franc/iK y su filosofía de la historia; pero resultaba ser, en cambio una garantía, una satisfacción para los intereses actuales, para la organización actual de la sociedad de su tiempo (1). Entonces la isla de Cuba estaba regida por la autoridad arbitraria y omnipotente de los capitanes generales, y vivía y se sustentaba de la esclavitud y de la trata. Ser manejados los blancos con un sable, ser manejados los negros, con un látigo, vivir todos sin el derecho de la queja siquiera y alimentarse el país con los saltos y latrocinios de los piratas que vaciaban sobre nosotros continuamente barcadas <le infelices salvajes ó bárbaros de África, todo eso constituía, conforme á los eclécticos, el régimen mejor, el gobierno divino, la necesidad benéfica impuesta por la providencia. Si al día siguiente una revolución hubiera raído de la tierra cubana tamaños horrores y absurdos, la revolución estaba en su lugar, venía á su hora, era buena y providencial, conforme á doctrina tan acomodaticia como el doctrinarismo, ó eclecticismo histórico y político. Pero ¡ah! en Cuba, como en otras partes, un cambio feliz de tal naturaleza y tamaño importancia, era por entonces un delirio: la justicia, la razón, la conveniencia misma de la sociedad encontraban cerradas todas las avenidas. De aquí el legítimo y noble recelo de Luz. Ni su perspicacia ni su sentimiento le engañaron. Greía que «hubo un plan, una intención profunda, tme arriére pensée^ en la promulgación de esta nueva doctrina, ó nueva máquina para trabajar á la gente del siglo XIX y sobre todo, á la gente francesa.» (1) Decía, con ése motivo, que no era vano amor propio , lo que ponía en su mano la pluma; sino un sentimiento de nwy otro linaje. ¿Cuál? Debió ser su patriotismo, miras patrióticas más altas y más puras que las de quienes mantenían en Cuba tantas iniquidades, y que las de quienes las toleraban y consentían. Esta es también la interpretación que expone su biógrafo (2). Sin embargo, en cuanto escribió en lo sucesivo no volvió Luz Caballero á aludir á las tendencias políticas de la escuela de Gousin, á su filosofía de la historia. Combatió el eclecticismo únicamente en el terreno de la psicología, se contrajo entonces y después con más ó menos oportunas digresiones á la cuestión relativa al origen de las ideas. Añade su distinguido biógrafo (3) que se le hicieron acusaciones en el curso de la polémica y que «se llegó hasta á dar á la cuestión un giro político, apuntándose con más ó menos desembozo que había peligro para las instituciones existentes» en las doctrinas de Luz; lo que dio motivo á su determinación de colgar la pluma. Por mí sé decir que no he tropezado con esos asertos en los periódicos más importantes de aquella época, si es que se expresaron por escrito (1). Durante aquel año de 39, en Noviembre y Diciembre, vieron la luz en el Noticioso y Lucero dos artículos con el membrete de Loche ^ y firmados por las iniciales V, C ô Tres días después publicó el Diario de la Habana (2), en la sección de Comunicados, un breve aviso, bajo el epígrafe: Filosofía. ô Para bellum, y suscrito El Justiciero^ que probablemente era el mismo Luz, para advertir á los jóvenes que los artículos de las iniciales eran traducidos de Víctor Gousin, y no originales de alguno de «los espiritualistas habaneros,> á quienes recomienda que en vez de combatir con armas prestadas, estudien y mediten, previniéndoles de camino que volvería á su encuentro tan luego como se desocupase de la cuestión del día. Este asunto inmediato ó del día^ era el remate del ferrocarril de Güines, que absorbió la atención de Luz todo el mes de Diciembre de aquel año de 1839, y en el cual intervinieron con multitud de artículos en pro y en contra, varias personas, tales como Fernández

Herrera, Serrano, Pardo Pi-mentel. Tranquilino Sandaliode Noda y El Lugareño. Galcagno tiene razón en llamar agria polémica la que se sostuvo en la Habana con aquel motivo, y en afirmar que por ella le sobrevinieron á Luz «serios sinsabores. > Su manera de argüir fué demasiado dura quizás, y por ello estuvo á punto detener disgustos personales. La misma viveza, la misma sinceridad y el mismo calor mostró en sus artículos de filosofía, que en aquellos relativos al interés público momentáneo. La circunstancia de haber escrito, en oposición al Eclecticismo, cartas polémicas, primeramente, y comentarios después, lo coloca en una situación desventajosa, desde el punto de vista literario, sobretodo dados su facilidad y su carácter; ô porque éste le hacia buscar sólo la verdad, descuidando la expresión y el aliño, y aquella le tentaba á hacer inmediata y rápidamente, de un dia para otro, sus trabajos, coadyuvando así dos cuaUdades superiores á producir como resultante la inferioridad. Además, por tal manera, las obras ô cartas ó comentarios ô habían de ser naturalmente deficientes. Compárese, si nó^ con Leroux, que no está conceptuado como un escritor superior ni como un pensador considerable, y se notará- la diferencia de resultados que determina la diferencia en el procedimiento. Leroux es metódico, más cuidadoso de la. for. uia, elocuente á veces; escribe un artículo que reimpresso se convierte en libro, bastante acabado (i), que investiga la naturaleza del Eclecticismo, su origen, «las variaciones sucesivas» de Gousin; el político, el psicólogo, el metafísico, y su filosofía bajo todos sus aspectos, desentrañando confusiones, errores, equivocaciones;... cuando se le haleidose conoce á un tiempo el sistema combatido, su medio histórico, sus causas determinantes, sus tendencias, su abigarrada estructura, el mérito y el valor que le imparte el implacable y enconado adversario. Leyendo las cartas de Luz se persuade el ánimo de sus arraigadas convicciones, de su sencilla y candorosa naturaleza, de su sinceridad, del apasionamiento intenso y fogoso, que á veces, en medio de la independencia de juicio, denuncia los ardores del sectario; se vé cómo acelérala al contrario, como le rebate paso á paso y punto por punto, ciñéndose demasiado, es decir, exclusivo ante el, á la forma y límites del trabajo que impugna, por lo que pierde en desembarazo y gracia; conoce pronto su opinión particular sobre el electicismo, el horror y el desdén que alternativamente le inspira; pero do penetra en el fondo y la raiz de la materia, no percibe bien qué sea y cómo sea el sistema abominado, ni cuáles son los canales por donde vinieron tantos aluviones á encharcarse en ciénaga pestífera, tantos residuos á concertarse en indigesta amalgama, como tampoco cuales habían de ser las consecuencias funestas que enjendrára, tanto en el orden científico como en el moral y en el político. No obstante tuvieron algunos puntos de analogía el adversario francés y el cubano: ambos en varias objeciones están en completo acuerdo, y es indudable que si Luz no había visto el libro de Leroux, impreso el mismo año de su polémica, conocía el mismo trabajoensu forma primitiva, que fué un artículo dela Enciclopedia Nueva (1). Sus aprecia- ciones sobre la psicología (2) eran sustancialmente idénticas, y muy semejantes también sus opiniones sobre la religión y la ciencia, sobre el cristianismo, sobre el valor filosófico de San Pablo (1). Ambos son. adversarios apasionados; pero el uno es más escritor que el otro; aunque se inspira en la defensa de su propia doctrina, y nó en el interés más elevado de su patria. Aquella polémica produjo en Cuba el bien de animar los estudios, el deseo de conocer las obras originales (2), y es honroso para Luz el confirmar el acierto de sus juicios con la concordancia de la crítica contemporánea nuestra. Paul Janet, para no citar más más que uno, considera como la mejor obra de Gou- sin, en cuanto á controversia filosófica, eü Examen de Loche; pero reconoce que adolece de debilidad en la argumentación y que deja mucho que desear en extensión, rigor y clari- dad (3). Apreciación semejante se desprende de la trunca Impugnación al examen de Cou- sin sobre el Ensayo del Entendimiento hu-- mano de Locke^ publicado por Luz, bajo el pseudónimo de

Filolezes (4), hace medio siglo, y de cuyo escrito no se imprimieron más que 144 páginas en dos cuadernos. Terminada la polémica, interrumpida la impugnación, tampoco se dieron á la estampa otros trabajos que había anunciado, de ellos uno acerca del cerebro y otros dos sobre Maine de Biran y sobre Teodoro Jouffroy, los únicos filósofos franceses de aquel tiempo que apreciaba de veras (1).

Desde luego causa de estos contratiempos fueron sus achaques, que ya empezaban á inutilizarle para las graves ocupaciones en se que- requiere por igual la salud del cuerpo y del espíritu.

Pero recogiendo y concertando lo mejor posible aquellos fragmentos ô los artículos del Diario j algunos Elencos y las entregas de la Impugnación^ ô puede intentarse esquiciar su personalidad de filósofo, al menos respecto de aquella época, en cuanto á su carácter general, bajo aquel aspecto, y especialmente desde el punto de vista de sus opiniones en psicología.

## VI. ô EL FILÓSOFO.

Durante sus viajes por Europa había visita-Io'IjUz Caballero al Reino Unido, al que siempre conservó simpatía y admiración (1) y por lo que estudió con verdadero entusiasmo los autores eminentes de la literatura inglesa. Hasta entonces predominan en él las influencias de Cuba; pero luego, quizás como consecuencia de las impresiones y lecturas nuevas, otros elementos actúan sobre su ánimo para modificarlo, para modificar al menos su pensamiento.

Comparando al autor del *Jejoto de Lectura* con el de la *Impugnación^* á primera vista parecen dos hombres diferentes: el uno no es más que un creyente, el otro es un pensador superior. Difícil, sin embargo, es fijar lo que en 1840, es decir, cuando había llegado al desenvolvimiento cabal de su inteligencia, conservaba específicamente de la antigua educación entre las nuevas adquisiciones devsu mente, ni cuáles fueran precisa é indubitablemente los libros, que determinaran, en momentos sucesivos, todos y cada uno de los trámites por que había pasado su evolución mental. Pero es indisputable que en la polémica sobre el eclecticismo sustentó una doctrina filosófica y que ésta, en general, se inspiraba en autores ingleses y particularmente en el insigne renovador John Locke, uno de los escritores que más influencia han ejercido en el pensamiento moderno.

Sólo en tres ocasiones ha visto la capital de Cuba la predicación de alguna doctrina de filosofía: hace unos diez años, cuando el Sr. don Enrique José Varona, hombre de vigorosa inteligencia ó instrucción sólida, preparaba los espíritus para recibir la gran síntesis contemporánea de ITerbert Spencer, en conferencias^ publicadas luego entres libros, que son lo mejor en el ramo que se ha producido en nuestros días dentro de los dominios de la lengua española; en el primer cuarto del siglo, cuando Várela ô de quien dijo el mismo Luz, en hipérbo- le incomprensible, que fué «el primero que nos enseñó á pensar», explicaba doctrinas cartesianas y empíricas, y posteriormente, cuando Luz Caballero con el apasionamiento de su natural afectivo y vehemente, combatía el eclecticismo de Víctor Gousin y exponía é inculcaba el sensualismo crítico, una manera de jpi?5//íi^mno que por momentos parece un tanto idealista ó semi- kantiano, Durante aquella agitación especulativa, es evidente que fué Luz un contendiente muy superior á sus adversarios y que, en lo fundamental de sus ideas, estuvo en acuerdo cabal con las de Locke; pues, aunque él mismo apuntara algunas especies para consignar como de soslayo que entre sus opiniones y las del celebre maestro existían divergencias, no las declaró allí taxativamente y es de presumir que fueran de pormenor, si bien tampoco se reconoce, y con sobrada razón,

discípulo suyo, sino sucesor y continuador en su escuela. Se le acusó, según cuenta su biógrafo, de sensualista y se desfiguraron y desconocieron sus intenciones llegando hasta darle á la cuestión un giro político (1). ¿Cómo nó, si en todo ello había una intención política? ¿No dice el mismo autorizado escritor que le parecía á Luz «que las consecuencias prácticas que semejante sistema filosófico había de producir, tendrían que ser perniciosas para el progreso político del mundo, y muy en especial de la isla de Cuba, donde con la existencia de la esclavitud, y con instituciones políticas tan excesivamente ultra-conservadoras y reaccionarias, la acción enervante del eclecticismo, como sistema, había de ser sentida con más fuerza por lo que «ni rehusó la discusión, ni dejó de manifestar sin embozo cuánta era la repugnancia que sentía por la nueva doctrina»? (1). No debían ser esos, los motivos verdaderos que le determinaran á colgar la pluma, que en cuanto á la acusación de sensualista, ni podía sorprenderle, ni debía inquietarle, ni en realidad era una acusación. El mismo se calificó de tal, y respliegó á todos los vientos la bandera del sensualismo . (2). Protestó, sí, que de la posición fundamental del sensualismo no se deducía por fuerza el materialismo (3); pero ni á él le llamaron terminante y directamente, [K]r escrito al menos, materialista, ni el serlo traía aparejado ningún peligro en aquel momento del mundo y de la sociedad cubana, materializada á su vez hasta el tuétano. Ya quedaba muy lejos la edad lastimosa en que un Vanini ardía en la hoguera por el crimen de filosofar á su guisa. Tampoco [l]odía tomarse como un riesgo ni menos como desfavor, el mote de sensualista, ó empírico, como también sedecía.

No poco había escrito en la Península española en ese sentido, sin perjuicio de nadie, acaso porque, como lo asegiara Menendez Pelayo, las doctrinas, que él moteja de «groserías empíricas» y compara a una lepra, «fueron la única filosofía de nuestros literatos y hombres políticos en los primeros treinta años del siglo XIX» (1). Luz Caballero no se engañaba á esto respecto, y así reconoció que suelen apelar los sofistas «al gastado resorte de pintar de materialistas á los verdaderos investigadores, ó al menos de temibles sus doctrinas» (2)

A pesar de la fama de filósofo que alcanzó entre los cubanos, es casi seguro que se desconocen en su propio país los títulos, esto es, las ideas, las doctrinas, que le aseguraron y le conservan todavía tan grande como merecida reputación. Su biógrafo, escritor de talento, instruido y muy laborioso, hizo un esfuerzo por exponerlas, pero redujo su tarea á forjar algunas interpretaciones violentas y á zurcir cierto número de aforismos; por cuyo motivo pudo manifestar D. Marcelino Menendez y Pelayo que con haber escrito acerca de él unas cuatrocientas páginas (327), no suministra sin embargo «datos suficientes para juzgar si fué

[Panteísta (como generalmente se cree) ó filósofo ortodoxo, como él se proclamaba» (3). El Sr. Rodríguez escribió su libro fuera de Cuba y no pudo leer al prepararlo, ó no conocía, los escritos de Luz esparcidos y sepultados en los periódicos habaneros desde 1838 á 1839, ni las entregas de la Impugnación<sup>^</sup> que consideraba «curiosidades literarias» (1); mientras que indistintamente juntó y se empeñó en concordar aforismos, notas y pensamientos sueltos, que pertenecen á varias épocas y probablemente fueron en su mayor parte trazados a vuela pluma ó como indicaciones marginales en los libros que leía Luz Caballero; ó que consignó en elencos para clases que dependían de institutos docentes del Estado. Lástima grande es que José de la Luz Caballero no hubiera concluido siquiera la Impugnación<sup>^</sup> porque allí de seguro habría quedado, aun cuando fuera más ó menos toscamente, su doctrina completa, su filosofía propia. Lo que de aquel trabajo nos resta autoriza para creerlo así y lamentar de paso tan desgraciado accidente.



Porque es indudable que él tenía doctrinas que miraba como propias, y tanto, que en algunos lugares de aquella obra emplea alusivamente la frase «mis doctrinas.» y en la Advertencia con que la precedió, anunciaba para más adelante «presentar al público una obra propiamente sintética en que «escogiendo su campo, sus armas y sus fuerzas» pudiera dar á la composición más unidad, nervio y laconismo» que el «fatigoso camino» que había escogido para refutar y desacreditar la pseudo-filosofía Cousiniana (1). Este fué su generoso error. Incapaz de sentir el vano prurito de gloria personal hizo entonces no más que lo que creyó conveniente y provechoso para la juventud, sin ignorar las dificultades, sacrificando sus personales ventajas y su mayor comodidad. Escogió las lecciones del Curso de Gousin relativas á Locke y se propuso anotarlas, no con la mira de «ilustrar meramente su texto,» sino muy particularmente de impugnarle con toda la eficacia que estuviese á su alcance (2), sabiendo que necesitaría de paciencia quien le acompañara por entre aquellas «espinas y malezas»

(3). Estalla persuadido de que se empeñaba en «una tarea verdaderamente enojosa» para él y aun, en algunos conceptos, perjudicial; pero creía deber purgar el suelo antes de edificar cosa alguna y para eso juzgaba necesaria una empresa que se le representaba, respecto a Cuba, como una «obra cartesiana» (A). La Revista de Cuba (1) reprodujo, salvándolas así de irremediable olvido, las dos entregas de la Impugnación, que se reducen á treinta y siete notas, en poco más de un centenar de páginas, á la lección 16.\* del Curso de 1829, por la que empezó con motivo de ser la primera de Gousin acerca del «Ensayo sobre el Entendimiento humano de Locke. Intentaba revisar y comentar todo el Examen; porque, en su concepto, era aquella la obra del profesor francés á que daban más precio sus mismos partidarios, y además, «la única psicología propiamente dicha» que hubiera publicado, al punto de haberse traducido en los Estados Unidos bajo el título de «Elementos de Psicología por Mr. Gousin» (2).

José de la Luz Caballero ó por lo que revelan las publicaciones suyas conocidas hasta hoy ó corresponde, como filósofo, á lo que pudiéramos llamar el tipo de transición. Contemplado en una faz de su espíritu parece un hombre del pasado: contemplado por otra, parece un contemporáneo nuestro, que marcha á la vanguardia, camino del porvenir. En su tiempo las ciencias naturales, la física y la química hablan tomado mucho vuelo. El espíritu humano quería reconstruir nuevamente entre los escombros esparcidos o quiera por el siglo XVIII imponiase la necesidad de nueva síntesis, pero sin tener aun á mano los elementos suficientes. Se había desvariado mucho sobre el mundo y sobre todo, desde Pitágoras y Platón, bajo el nombre de la filosofía. Se había analizado también y se analizaba con paciencia el mismo espíritu humano, desde Descartes. Los sistemas constructivos y arbitrarios de los Malebranche y los Spinoza no satisfacían á la razón. Sentíase que cada vez era más robusta la misteriosa corriente que descendía como de su fuente lejana, de las sabias indicaciones del «instaurador» de la ciencia. Tanto pensar inútilmente había impuesto la necesidad de medir la fuerza y el alcance del pensamiento mismo. Si el árbol se conoce por sus frutos, y si la inteligencia entregada á sí propia solo había producido errores y quimeras ¿no sería acaso impotente para conocer el universo? ¿ó acaso no habría tropezado siempre con el error y la ilusión por haber torcido el camino? En consecuencia, inicióse la época de estudiar el instrumento para apreciar rectamente su valor y sus límites; ó de aplicarlo en condiciones más eficaces. Aquel primer propósito fué el origen de la filosofía crítica, que va de Locke á Kant, casi directamente. De los resultados, las conclusiones de esa gran escuela, y del ejemplo de las ciencias de la naturaleza, cuyo método cosechaba tantos y tan magníficos frutos, nació la filosofía contemporánea. Sí el hombre no tiene en sí mismo la verdad ni el medio de llegar á ella por sí solo, si tiene que buscarla á un tiempo en 61



y fuera de él, la psicología no puede ser el fundamento único de la ciencia. Si consultando la naturaleza, de determinada manera, se obtiene siempre positivo provecho y acrece sin cesar el caudal de nuestro saber, y si somos una parte del mundo en el cual estamos sumidos, el único medio de conocerse y de conocer debe ser el empleo cuidadoso del método de las ciencias naturales. Cousin buscaba la verdad en el espíritu humano y en los sistemas filosóficos, en la historia del pensamiento y en la psicología; es decir, en las lucubraciones individuales y en el intelecto del hombre moderno, civilizado y adulto; pero este es un hombre especial, y los fundadores de sistemas fueron también hombres especiales. Por esa vía, en consecuencia, no podía alcanzarse lo que llamamos la verdad ni constituirse la síntesis total de los conocimientos parciales, o lo que equivale, la filosofía científica. Investigar la naturaleza humana consultando pacientemente todos sus estados y manifestaciones o en el niño, en el enfermo, durante el sueño, la enfermedad y la locura, o empleando siempre el método experimental era lo que juzgaba Luz Caballero más acertado y provechoso. Estudiar directamente la naturaleza y el hombre, el universo y la humanidad, ni más ni menos que como lo hace en su esfera un físico, por medio de la observación y la experiencia era en resumen lo que, siguiendo preceptos baconianos, recomendaba aquel cubano eminente, desde 1838; porque, a su juicio, conocer la historia de la filosofía, si como todo estudio es conveniente y desde luego útil en algún sentido, al cabo no es saber sino lo que otros pensaron, es leer libros, esto es, o encerrarse en la esfera de la erudición, que no es la de la naturaleza. Registrando papeles y revolviendo archivos se aprende indudablemente; pero no se adelanta gran cosa en nuestro anhelo y necesidad de descifrar y someter el mundo al humano imperio; y en cambio se convierte la atención al pasado, distrayéndose del presente y el porvenir, se la empeña en descubrir el pensamiento ajeno, habituando probablemente a descuidar el propio y debilitar su iniciativa, y a desconfiar de sus naturales fuerzas.

En estos puntos de vista se colocó para refutar el Eclecticismo, desarrollando las anteriores proposiciones, que lo acreditan, sobre todo si se tienen en cuenta su país y su tiempo, de pensador genial y profundo (1). Puede afirmarse, sin temor de exagerar, que es, por este aspecto, un moderno, un miembro ilustre, aunque ignorado fuera de Cuba, de la familia de los sabios europeos que, viniendo de Bacon y de Locke, y pasando por Hume y Kant, han ido a parar, bajo formas diversas, al positivismo más o menos idealista o fenomenista. Los viajes que hizo por algunos países de Europa, particularmente por Inglaterra, con la única mira de curar sus achaques y de ensanchar sus conocimientos, le colocaron en el teatro mismo donde se iba realizando la gran evolución que convertía el pensamiento a la ciencia positiva y a la negación o al escepticismo en lo que respecta a la antigua metafísica. Como observa con exactitud el Sr. Varona (2), Luz se encontró con el mismo caudal transmitido de experiencias e ideas, que los sabios innovadores del viejo continente.» Por estas circunstancias pudo emanciparse por algún tiempo y en gran parte del misticismo, del supematuralismo de sus años de infancia y que lo mismo en Cuba que en Europa estaba como imbibido en el aire que se respiraba en las escuelas. Cuando no parece posible que hubiera leído los voluminosos tomos de Augusto Comte, hizo respecto a la filosofía en Cuba, papel semejante al que este matemático desempeñó en esfera mayor; era ya, por muchas ideas y por las tendencias y el espíritu (de su enseñanza, un verdadero positivista. Antes que Stuart Mill, recomendaba él el método inductivo, que seguramente aprendió en Bacon y en el estudio de las ciencias. Ignorando, probablemente, los trabajos de Glande Bernard, si los que éstos no fueran posteriores, se empeñaba en acreditar con preferencia y sorprendente ahinco, el método experimental. En tanto que nadie se ocupaba en el mundo filosófico de la psicología, relegada a un lugar muy secundario por el mismo Augusto Comte, o

considerada sólo como análisis del intelecto por el método casi exclusivo de la observación personal (1) interna, él pretendía que debía estudiarse como parte dependiente de la fisiología, señalándole además los caminos que son precisamente los que han seguido sus cultivadores actuales.

Varona se asombra y entristece, legítimamente, al pensar que por «la perspicacia de su ingenio, aguzada en el estudio constante de las obras más elevadas del humano saber, y el poderoso vuelo de su discurso fué Luz y Caballero en este ángulo remoto del mundo civilizado, un verdadero precursor de doctrinas que hoy se predicán con aplauso en los centros de la cultura humana.» (1), y reconoce que «dotado de una prodigiosa facultad de sistematización, se dio clara cuenta del rumbo que tomaba la indagación filosófica, y señaló de antemano muchas de sus más importantes conclusiones» (2).

Por eso se explica que, sin conocer las obras de Herbert Spencer, sostuviera en la Habana desde 1839 nuestra incapacidad de conocer la causa primera ó de Dios, lo absurdo de pretender penetrar en el misterio, la imposibilidad, dados los medios de que disponía la ciencia, de resolver sobre la naturaleza del alma, y que creyera necesario y útil atenerse únicamente á la investigación y descubrimiento de las causas segundas. En perfecto acuerdo con Hámilton, á quien admiraba muy de veras > proclamó terminantemente que lo absoluto no existe para el espíritu humano, lo que se infiere asimismo de su noción un sí es no es kantiana de la experiencia y que más adelante he de exponer. Creía que el mundo era una unidad, en que todo se toca y abraza, como tangentes y secantes (3); un como organismo, en que al igual de lo que sucede en el hombre, «más bien que armonía existe enlace y dependencia; diferencia y subordinación, que nó contrapone" ción de objetos ni especies, como que «no hay un reino vegetal contrapuesto á un reino animal, sino subordinado y enlazado con él por grados escalones bastante perceptibles» (1).

Por lo mismo que tenía por impenetrables á nuestros limitados medios de conocer, cuanto surgía en los horizontes de la conciencia bajo el punto de vista de lo que dicen la esencia; todo le parecía maravilloso. Veía revelarse en la materia fenómenos que ño puede dar de sí y por sí la materia, por lo que distinguía de ella, y en ella reconocía, fuerzas actuantes ó energía que no hay que confundir con las virtualidades ó potencias de Leibnitz, que particularmente propugó como entidades metafísicas (2). Encontraba indiscernibles y pasmosos la sensibilidad, el movimiento y sobre todo la vida (3), que se representaba como «una causa general manifiesta en innúmeros efectos particulares» (4), «una fuerza que produce en el hombre todos los fenómenos vitales» y «que aparece actuando diversamente, según los órganos donde se nos presenta y los fines que desempeña» (1). Alguna diferencia pondría él entre lo vital y lo inerte, entre lo que llamaba fuerza, como la vida, v. g., que calificaba de espiritual y lo que designaba por el nombre de materia; pero no he alcanzado á reconocerla. Tenía al hombre por una unidad resultante del cuerpo y de aquella energía á que comunmente apellida también alma; pero soldados ambos por tan íntima manera, que sería difícil no ya separarlos, sino distinguirlos en su superior unificación. Más adelante quedará algo más aclarado su concepto del alma, que no ponía por cima del cuerpo; ya que para él, como para Hipócrates, en la naturaleza <no hay primero, ni postrero (2). Posible es que el estudio de aquel antiguo y algunas ideas de la escuela de Montpellier, así como las explicaciones de Gall, por más que no siempre estuviese de acuerdo con la frenología, que, aun cuando en boga en aquella época, tenía por estudio todavía en mantillas, influyera en su modo de pensar ó cuando menos en su terminología.

Cada hombre, cuando más, acumula el saber (le su tiempo, y no puede pasar de ahí; por lo que

razona con el bagaje de noticias hasta él alcanzado y expresa comunmente sus ideas; por medio de la nomenclatura ó el tecnicismo al uso. Muchas de las que Luz profesaba están expuestas en una lengua llana y hasta familiar que desdice á ocasiones de la gravedad de la filosofía, pero tal ¿diró impropiedad,? es hija de su gusto, depende de su elección desacertada, de preferencias ingratas; no así de su entendimiento tan claro y potente. (3) tras veces podría dudarse si el abrigó principios ó conceptos que están ahora de moda y parecen recientes ó de novísima creación, solo porque corren con nombres insólitos y hasta bárbaros; ó porque forman parte de doctrinas más ó menos sabiamente coordinadas; y que sin embargo estuvieron sin denominación propia en su discurso, vivieron en él como pensamiento, aunque no resonaran como palabras; pues, como dice H. Spencer, «existe una tendencia poderosa á atribuir cualquier doctrina á los que las han expuesto últimamente y con ¡cierto brillo, tendencia que produce impresiones falsas aun en los espíritus más ilustrados» (1). He creído necesarias estas prevenciones para que pueda juzgarse con acierto, al través de las indicaciones que siguen, acerca de las ideas de Luz en psicología, las cuales son la clave y el fundamento de sus doctrinas.

## VII. EL PSICÓLOGO.

El hombre, en concepto de Luz Caballero, no es más que un organismo sometido á la acción de las fuerzas de la naturaleza, y producido á su vez por una fuerza que lo vivifica. Manifiéstanse en él propiedades maravillosas, tales como la sensibilidad y el entendimiento.

Colocado en medio del mundo, afectado incesantemente por él, necesita conocerlo y conocerse. De qué manera? La primera noción, la noción de sí, de su individualidad, de su existencia, nace de una distinción. Se siente y siente cuanto no es él. La ciencia toda no es más que eso: una relación y una comparación; anatomía comparada, fisiología comparada, historia comparada: en el cotejo en las relaciones de semejanza y desemejanza ahí está toda la ciencia humana-» (1). La verdad no es, pues, algo que está en nosotros ó fuera de nosotros; es una resultante, una relación, entre el sujeto y el objeto y consiste en su congruencia (2). Los instrumentos de la ciencia son nuestras facultades ó propiedades sensitivas é intelectuales. Su punto de partida es la sensación. «El entendimiento del hombre antes de las impresiones de los sentidos está como una tabla rasa, in quantum est depictum sin que esto para Luz implicara la pretensión de «privar al espíritu de su actividad natural;» quería únicamente significar que ésta se ejerce por el influjo de los sentidos. «Ideas sin sentidos ó decía ó prolem sine matre creatam; ideas sin entendimiento ó prolem sine patre creatam (1). «Sin objeto, sin entendimiento y sin sensación ó añadía ó no hay idea.» Esta cuestión del origen de las ideas, al cabo no tenía para él sino valor histórico. En su tiempo volvió á tenerlo bajo el aspecto científico, por haber revivido Gousin las ideas platónicas «bajo el estandarte del Eclecticismo.» El platonismo afirmando la inexistencia de las ideas motivó la reacción aristotélica, como el cartesianismo por igual razón ocasionó la corrección de Locke. El ejemplo de la tabla rasa por otra parte, no es en su pensamiento más que un símil, si bien exactísimo;» y por eso mismo sostuvo que el principio aristotélico «*in intellectu quod prius non fuerit in sensu*» no necesita, ha de la aclaración de Leibnitz «*nisi intellectus*», «cuando no como quiera está subentendido sino expresado en el axioma de Aristóteles,» por lo que «no es falso» lo que afirmó el filósofo alemán, «pero sí redundante» (i). La conciencia, que no es más que sentimiento sentir, no se demuestra; es indemostrable. La sensación es por tal manera el postulado de la ciencia (2). En la experiencia está supuesta, implícita la realidad del mundo exterior, pues que es ella un compuesto cuyos elementos son los

objetos, los órganos y el entendimiento^^ de donde infiere que toda experiencia es <m- tema en principios» (3), lo que desde luego se- meja un concepto kantiano, sobretodo si se recuerda que las ideas se constituyen, según liUz, por el consorcio de los objetos, el entendimiento y la sensación; pero esa proposición suya no parece identificar la razón con la experiencia, la inteligencia con la realidad; determina por lo contrario un procedimiento más claro, más juicioso, acaso más acertado que el que siguió la llamada filosofía de lo absoluto.

Si estas indicaciones convienen al caso, vendremos á cuenta de que quizás es este el único punto por donde pudiera colegirse, como se ha pretendido, que en él infuieran determinadas doctrinas alemanas; sobre todo si los que así creen se limitan á sospecharlo de las de Kant, mas nó de las de sus sucesores; del criticismo aquél, no del ontologismo de éstos. El espíritu, conforme pensaba Luz, parto de lo exterior y á ól vuelve. Comienza con la intuición, observa, experimenta, induce, y prueba su acierto ó corrige sus errores por la deducción ó el silogismo, pero repitiendo sus observaciones. Su punto de partida, pues, se confunde con su punto de arribada: la experiencia. Si la verdad es una, pues que siempre consiste en la relación de congruencia entre el uwlgvq" {"gn"qdlgvq."gpvtg"nc"kgfc" {">"nc"tgcnkfc"fg"ncu"bquc`@"\*3+."wpq"vc o dk^2p"gu"gn"o ^2vqfq"rctc" buscarla: el método experimental^ cuyo procedimiento es analítico y sintético, consiste en el análisis y la síntesis. Siendo como es la naturaleza muy compleja, «es menester rodearla para vencerla: si nos empeñamos directamente queriendo adivinar en vez de observar y se nos escapa,... y si queremos limitamos ala simple observación sin todos los cotejos y confrontas imaginables, nunca llegaremos á penetrar ciertas leyes que siempre se presentan complicadas con otras muchas: ella misma nos está diciendo: ^divide ^et impera. i^ En <di ciencia del hombre jy> donde <las leyes que en los fenómenos aparecen)^ .... son demasiado complicadas, «es menester buscar medios de abstracción^ deparación, que es conditio sine qua non de nuestro débil entendimiento: para sintetizar bien, primero analizara (1). ¿Podemos, empero, analizar nuestra conciencia, nuestro espíritu? ¿Existe propiamente la observación interna? ¿Es pop ventura la conciencia criterio de verdad? ¿Tenemos en nosotros eso que Schélling llamaba intuición intelectual^ que es como «la re- velación divina» en nuestra alma, la intuición simple y directa do lo absoluto, ó sea la identidad de los contrarios, trasunto del éxtasis alejandrino; eso que el Kraussismo denomina, por modo análogo, intuición de la razón, como órgano de las cosas suprasensibles , á la manera que los sentidos son órganos de las cosas sensibles? Según sea la respuesta que se de á estas preguntas, así se tomará uno ú otro rumbo, y así también se llegará á consecuencias que pueden ser diametral mente opuestas. La afirmativa funda en Ja psicología la ontología. La negativa destruye la ontología y pre- para la ciencia. Lo primero es al cabo la rf/a- /¿c/¿ca, la edificación del universo por la lógi- ca, la construcción puramente ideal del mundo, la confusión de la ciencia y de la metafísica, y el imperio soberano y fantástico del razonamiento: era toda la Edad Media filosófica y estoril y es una herencia, el virus hereditario del pensamiento. Lo segundo es la investigación, el descubrimiento, el esfuerzo lento y sostenido que escudriña la realidad, consultándola constantemente, que desdeña las entidades por los hechos, que coordina y no inventa, que se desentiende de la ontología y va produciendo la ciencia: es por lo mismo el porvenir, y tam- bién la higiene de la inteligencia. Luz Caballerotomó por este rumbo. Forzosamente debía combatir á Victor Gousin, que enderezó sus pasos por el otro, creyendo así encontrar toda y la "verdadera filosofía. Se jactaba el elocuente discípulo de los alemanes, de haber descubierto la clasificación exacta de las facultades humanas, á las que señalaba su respectivo círculo de acción, en la entidad una y trina del espíritu. La primera, y condición de las otras, es la voluntad, ó «actividad voluntaria» . La segunda y esencialmente pasiva es la sensibilidad; la tercera ô <la facultad de conocer, á que designa diversamente: <el





misma diversa y enlazada con las demás» (1). Pensaba que «todas las analogías nos llevan á suponer, á creer por una irresistible inducción^ que funciones diferentes se verifican por medios ù órganos diferentes,» que es tan invencible «la tendencia de la ciencia á la localización^y^ cuanto que se observa que hasta el desempeño de una sola función se compone de los desempeños particulares de otras que le están como subordinadas, ó que son componentes de la función principal;» pero localizada cada función inferior, al punto que se verifica por cada parte del órgano destinado á ese efecto: «de suerte que el mismo órgano es menester considerarlo como un conjunto de órganos»: la función de la visión ô por ejemplo ô <no puede verificarse sin que vayan previamente realizándose una serie de funciones subordinadas por cada parte del complicadísimo órgano del ojo, de este verdadero conjunto de órganos, á cada una de cuyas partes está consignada una función peculiar»;.-, pero efectuado el funcionamiento todo hasta que es lo ya «pintada la imagen,» «no se verifica sin embargo la visión j si está parálitico el nervio óptico: luego (dos consecuencias forzosas) ô !.\* esta gran función compuesta, ó que lleva por antecedentes tantas otras funciones menores, está rigurosamente localizada^ reducida á ser desempeñada por este punto del organismo; ô 2.\* cada una de dichas funciones menores componentes está asimismo desempeñada por cada parte de órgano que le corresponde, estrictamente localizadas (1). Creía que «en todas estas funciones menores hay una fuerza, su puesto que los órganos por sí solos no las verifican; y todavía, aun los mismos fenómenos puramente físicos que tienen lugar hasta en un ojo muerto, no pueden efectuarse sin que medien ciertas fuerzas»; luego, llegaba á la inferencia de que se necesitan condiciones determinadas para que las fuerzas, «aun siendo las mismas, se manifiesten produciendo determinados fenómenos, y no otros» (1). Y lo que según Luz^ ocurre en el caso de la visión, también g}e realiza en los demás fenómenos de la vida y, por tanto\*, en los de orden psíquico: «diferentes funciones, de todo punto diversas, pues órganos diversos,» esta era su mÍZwmcí^ (2). Por algunos aspectos podría sospecharse de las indicaciones precedentes que Luz nos hacía entrar en plena frenología; pero no es así. De la hipótesis de Gall no aceptaba sino lo qde juzgó como «la gran inducción que sirve de base ó punto de partida á su sistema frenológico" (3).

Para prevenir toda confusión, puso una nota en este mismo punto del fragmento que tengo á la vista, la cual es como sigue: «No se crea sin embargo que sustentamos todas las ideas de Gall en cuerpo y alma, pero la base de su inducción nos parece inexpugnable.-^ Esta afirmación tiene visos de verdadera, como, según los razonamientos que expuso, debe ser asimismo legítima la creencia que abrigaba ya que en nuestros días se confirma más y más. Dice G. Sergi, sabio profesor de Antropología en la Universidad de Roma, que á su juicio parece ser la localización cerebral una concepción fácil y aun natural (se entiende, por supuesto, al presente) «porque no se puede suponer que el cerebro en masa realice de una vez todas esas funciones ó que deba ser excitado por entero con motivo (le unasola función» (1). ¿Pues que otra consideración palpita en el discurso penetrante de Luz?

Hoy mismo abundan las hipótesis y no falta (jfuien piense que no se ha obtenido de los ingeniosos y pacientes trabajos délos experimentadores «ningún resultado positivo y cierto» (2); pero es innegable que la teoría de las localizaciones cerebrales gana terreno en la opinión de los sabios: todavía, á pesar de las objeciones que se han alegado, casi nadie duda de la localización del lenguaje; muy al contrario, y las observaciones de Richet, lejos de infirmarla, confirman la general acquiescencia: «creo ô dice aquel insigne fisiólogo ô que la localizacim del lenguaje en la base de la 3." frontal es un hecho establecido muy sólidamente y de un modo muy suficiente» (3).



Luz Caballero, que era, no «profano aficionado como él escribía con modestia suma (4), sino muy versado lo mismo en la física que en la fisiología (i), afirmaba, en consecuencia, que no puede verificarse fenómeno ninguno intelectual, ó mejor dicho, de la vida de reía clones j sin un cerebro competentemente organizado (2). Diferenciando de los eclécticos ó espiritualistas, entendía respecto á la conciencia, el entendimiento y los demás fenómenos psíquicos, que «á esas funciones corresponden ciertos órganos; y que «todas las operaciones» del espíritu «son distintos modos de sentir, desempeñados por diversos instrumentos y siempre por el mismo agente» (3).

El fundamento y el punto de partida de su doctrina son los mismos que en la de Locke, á que él denominaba la filosofía de la experiencia (4). Entendía que «la escuela de Locke cierra las puertas á toda tentativa ontológica; pero las abre de par en par á todo medio legítimo de investigación (5). Se contaba entre «los sucesores y verdaderos continuadores de Locke», y en corroboración decía seguidamente: «Así es como por sus pasos contados hemos «venido á considerar á la psicología, ó ideología, llámeseles según se quiera (6), como un «capítulo de la Antropología, ó ciencia del hombre propiamente tal; pues para obtener la síntesis á que siempre aspira el entendimiento humano, se hace forzoso ver los fenómenos en todo el enlace y armonía que podamos alcanzar; lo que no se consigue sino estudiando y profundizando las acciones que pasan en el hombre, que es un compuesto indivisible de materia y espíritu (1); y sólo la fisiología puede gloriarse de haber contenido las cosas bajo su verdadero punto de vista (2); así, pues, la ciencia de la vida incluye dentro de su jurisdicción las importantes apariciones que se suceden en el cerebro^ parte principalísima del mismo hombre: grave, importante, dilatado es el capítulo de la ciencia que se ocupa en anotar las leyes del entendimiento; empero, esas circunstancias no le eximen de ser un capítulo, una parte, muy dependiente inmediata del gran tratado de la vida: este estudio es el que ilustrándonos sobre los verdaderos resortes de los fenómenos, será de más directa y eficaz aplicación á la moral^ revelándonos así la misma, naturaleza lo que sea de practicar y evitar de las fuerzas de la humanidad\* (1); por eso sólo meramente psicólogos\* no eran en su opinión los verdaderos sabios, sino los psicólogos-fisiólogos.» El investigador de estos fenómenos para estar en lo cierto tenía que volverse fisiólogo. «En este terreno, pues, afirmaba con la resolución y la clarividencia de un profeta-^tó forzosamente la actualidad y el porvenir de la ciencia (2). Pero para que la psicología, como las demás ciencias morales y así también las políticas, pudieran realizar los mismos adelantos que las físico-naturales, indispensable era para Luz Caballero que adoptasen el mismo método; porque, así como la verdad es una, uno solo es el método para encontrarla: «La ciencia^ como la naturaleza^ no es más que una: dividimos para entender. «No pudiendo el hombre comprender cuando declara la naturaleza simultáneamente muchas de sus leyes, es forzoso que amoldemos artificialmente ciertos casos, ó aprovechemos los que se nos presentan, en donde veamos aislado un fenómeno, obligándola, por decirlo así, á dar una sencilla respuesta á una sencilla pregunta» (3). La ciencia, por consiguiente, está en razón de la experiencia: «rectitud í

El método que recomenta la filosofía propia de la investigación, es el intuitivo, el saber, ó la ciencia, consisten en «descomponer y luego componer ó analizar el análisis y la síntesis (2). Amontar y separar: pero también tienen la observación y la inducción pues aquella < m

traemos el aire para graduar lo que en el retardo de la caída de los cuerpos influye su resistencia, y así 'distinguimos por esta separación no solamente lo que se debe á la misma densidad, sino á la figura del cuerpo descendente. En una palabra, la oxperimentación es una especie de abstracción reolizada en las cosas; es dividir materialmente para conocer el objeto en sí porque como decía Plantón: ¿no es encontrar la verdad el hallar lo que á cada cosa pertenece?» (1).

Sostenía Luz que á todas las ciencias puede y debe aplicarse el mismo y único método, el método inductivo, que consideraba tan racional como experimental y tan experimental como racional (2). «La razón misma decía formó la física como forma cualquier otro sistema de conocimiento; y la experiencia forma el derecho así como crea la química) eso sí añade no todos los experimentos, ni observaciones se hacen con máquinas y cacharros; pero es menester siempre instituir experimentos y observaciones y estos siempre se practican con los sentidos» (1). Aunque algunas ciencias por su objeto mismo no so prestan á la experimentación, «sino tienen que restringirse dentro de los límites de la observación aprovechan los experimentos hechos en otras ciencias, como p. e. la astronomía respecto de la física: «lo mismo sucede en las ciencias morales porque también son conocimientos adquiridos por observación con la particularidad que á veces se necesitan años y aun siglos para recoger las observaciones ó llegar al resultado (le la experiencia: en este sentido agrega Luz he dicho en otra ocasión que la Legislación es más experimental que la misma Física. Así acontece con las ciencias médicas y muy señaladamente con la Fisiología, en la cual se halla el grande inconveniente de no poder entablar experimentos sin destruir el objeto material de la misma ciencia». Infería de aquí (Xue en algunos casos era imposible la experimentación, al menos por los medios conocidos por cuyo motivo «tenemos que esperar á que el tiempo nos vaya presentando las observaciones, > circunstancia en que veía «una de las causas de la lentitud del progreso en ciertos ramos interesantes, á pesar del ahinco de los investigadores» (2).

Por las mismas razones expuestas afirmaba que «ni aun puede graduar el que introduce un nuevo instrumento, ó una nueva senda de observación en las ciencias, hasta donde irán á parar los descubrimientos que con el se hagan.» De ahí que respecto de la Fisiología venga a veces «muy oportunamente la patología á suplir la falta en que labora aquella, con los hechos nuevos y contrapuestos que ella le ofrece;» pareciéndole que «la patología estaba como encargada de practicarle á su compañera la fisiología los experimentos de que tiene necesidad; ya que estudiando al hombre enfermo, no solo le conocemos como tal, sino que le penetramos mejor como sano. . . porque las enfermedades sustrayendo unas causas, y poniendo ó exacerbando otras en nuestro organismo hacen desaparecer ciertos fenómenos y provocan otros que dan luz sobre los que antes, en la salud, ó no entendíamos absolutamente, ó entendíamos muy mal: aquí está, pues, revelado rigurosamente el secreto de la experimentación: que nos aisla y simplifica los efectos, que los detiene por decirlo así, para que tengamos tiempo de observarlos con aquella separación, y podamos de esta manera sorprenderla causa, que hasta entonces se escapaba por no haber modo de aislar y detener los efectos» (1).

Con fundamento, pues, pretendía Luz que os la ciencia del hombre sano la que á un tiempo se estudia á la cabecera del enfermo, como que tampoco es la psicología privativa de los sordomudos la que se estudia en los fenómenos especiales que presentan estos, «sino la ciencia del entendimiento de los hombres completos, ilustrada por los hechos de los hombres faltos.»

Convencido de la propiedad de estas reflexiones, proclama que vale más un experimento que todos los racionios (1), y ya desde el año 1839 escribía en los diarios de la Habana hasta setenta columnas demostrando cual es el verdadero método é inculcando con insistencia las ventajas de su aplicación. Recomendamos que se estudiara primeramente la física, con las matemáticas, la química, y luego las ciencias naturales. Conocidos estos ramos debía emprenderse el estudio de la Antropología<sup>^</sup> que «tiene por preliminar la fisiología<sup>^^</sup>áela cual la psicología «no viene á ser propiamente más que una sección» considerándola por tal motivo como imsi ciencia positiva (2). La antropología «es la introducción obligada de la Lógica, de la Moral, de la Legislación, déla Economía pública; en una palabra, de la Filosofía

GstríctaiTiente dicha, ó sea, las ciencias moí<sup>^</sup>á-'les» (1). A todas estas ciencias ha de aplicarse precisamente el mismo método, el método experimental ô la observación y la inducción.

Declaraba impotente, estéril y perjudicial el llamado psicológico: «la conciencia ô decía ô [D]ara constituir la ciencia aun de los mismos fenómenos internos. . . tiene que venir á dar forzosamente con la piedra de toque, con la imprescindible experiencia exterior<sup>^</sup> sin cuyo sólido cimientto in vanum laboraverant qui aedificant eann (2). Prevenia contra el empleo del método matemático, advirtiéndolo cómo han sobrevenido gravísimos perjuicios por el error (le aplicar «las doctrinas generales de la cantidad, de unas teoríasque descansan en un supuesto, en que se prescinde de la existencia, como sucede en las matemáticas, á las existencias reales de las cosas; » por que «el matemático no tiene que demostrar qué es<sup>^</sup> sino qué debe ser:y> su ciencia es de pura demostracicki y no como aquellas otras «en que se trata de demostrar existencias;» y que por esta razón no pueden limitarse al razonamiento y los sirpios.

«Así ô observaba ô por este camino se han perdido los metafísicos con sus principios á priori<sup>j</sup> óuando rigurosamente no lo son ni aun tog mismos que emplean los matemáticos<sup>^</sup> como es facilísimo convencerse, pues como decia Aristóteles (Phys. 11-2. y Met. p. 213) ô «por considerar la cantidad aparte, no pueden ellos hacer que subsista aparte, ni convertir una distinción lógica en una separación real, y su abstracción no pasa nunca do abstracción.\*

Reconocía Luz que este principio echaba abajo «toda metafísica en el sentido que se ha dado d esta palabra j i<sup>^</sup>wes entendiéndola como las tíltimas consecuencias á que llegamos especulando sobre las mismas observaciones á que nos provoca la naturaleza entonces formará una parte real y efectiva de los conocimientos humanos<sup>^</sup> ô meta-<sup>^</sup>física, es decir después de la física<sup>^</sup> ciencia á que arribamos en virtud del estudio mismo- de la grande obra del universo» (1). Mas adelante se verá con mayor precisión el correcto y sorprendente concepto que tuvo de la Metafísica, y que acaso un mh'u) de hoy ô un Littré, un Tindall, un Du-Uoin- Reymond ô no desdeñarla ; y no debo parocfir inoportuno el señalar desde luego ol bocho díí que es actualmente moneda corriónüi íúuirn filósofos ingleses de primei' órdí<sup>^</sup>n Íj opiníni acerca de las ideas matíímíiti<sup>^</sup>íJH siislínl/id/i por Luz desde el año de 1840, y no tomada precisamente de Locke, sino ô como se ha visto ô inspirada por Aristóteles, como también que desde antes de aquella fecha sostenía las ventajas de un orden gerárquico de las ciencias, algo análogo á la clasificación comtista, aunque probablemente fué debida al estudio de las obras de Verulamio.

Únicamente procediendo con paciencia y empleando el método experimental, se constituye la ciencia, la verdadera ciencia, la que descubre, no la que inventa. Después de ella, por ella y fundándose en ella ha de venir la Metafísica; pero ¿qué entendía Luz i) or Metafísica?

La Metafísica propiamente (decía) se reduce á aquellas consideraciones especulativas, ó parte trascendental á que nos conduce el mismo estudio del universo. Si cambian nuestras ideas acerca del mundo y sus fenómenos por virtud de los nuevos descubrimientos, cambian igualmente nuestras ideas acerca de la causa primera y de todas las cuestiones ontológicas. «Este modo de ver, apunta Luz, no se escapó al grande Aristóteles, quien á cada paso hace entrar á la física en la jurisdicción de la metafísica, y al contrario: son estos ramos tan relacionados y dependientes, que pueden y deben considerarse como una sola y misma ciencia, siendo la primera quien presenta los hechos y la segunda la teoría de esos mismos hechos» (1).

Es evidente, según se vé, que consideraba la metafísica como una teoría general del universo, como la filosofía de las ciencias, á que designaba también por «la filosofía de la experiencia», ó «la física del universo» (2). Para alcanzarla, puesto que es en sí misma un resultado y una conclusión suprema, es necesario ir despacio, y resignarse á un como agnosticismo á confesar á veces la propia ignorancia, á decir ante ciertas cosas: «yo de eso no sé nada\*, para evitar el error, la contradicción y la paradoja» (3).

Su concepto de la psicología y su propio método todo le llevaron como por la mano á negar lo absoluto como entidad y existencia, y la Ontología como ciencia. El hombre no puede conocer las esencias: la Ontología, ó trata del ente en general, «del Ente por excelencia»: de lo primero, queda reducida á la siguiente ú otra que equivalga: «todo ente (¡X) ente, ó todas las cosas se parecen en una misma en la existencia, dado que el único punto de clasificación para todos los seres

Y, entonces, se pregunta Luz: ¿se le ocurrirá á nadie que esté en su razón, *rationis compos* formar una ciencia del ser, ó de los seres, como ser?; nó responde; «por que ese punto de clasificación nada enseña», ni nada dice tampoco. «Si para conocer, pues, los seres continuo tengo que entrar en el estudio de cada uno, y de cada aspecto bajo el cual pueda ser mirado el mismo ente, ó la clase á que pertenezca, claro está que el conocimiento de los seres será el objeto de otras tantas ciencias especiales, de todas las ciencias humanas; en una palabra. Dios, el mundo y el hombre. Luego por este lado no puede constituirse la Ontología. Veamos ahora si puede fabricarse por otro, que es el segundo miembro de la alternativa propuesta. Si la Ontología versa acerca del Ente por excelencia, entonces, abandonando sus pretensiones al ente en común, se convierte en la Teología natural ó ciencia de Dios, hasta donde alcancen las luces de la razón; pero aún viniéndose á refugiar en este asilo la mala parada Ontología, no puede hallar rigurosamente cabida; porque, en primer lugar, á Dios no le podemos concebir sin atributos ó propiedades, como no puede menos de suceder al ser humano respecto de Dios; de suerte que la ciencia que tengamos de Dios, cualquiera que sea, más ó menos limitada, forzosamente ha de recaer sobre sus atributos, y entonces ni aun la ciencia de Dios lo es en cuanto ente ó ser meramente tal; luego no es en rigor ciencia ontológica. Tal es, en efecto, la propensión, la ley del alma humana, que todo hombre se figuró concibe al Ser Supremo, según los datos ó modelos que le ofrece la misma naturaleza á su propio entendimiento, fingiéndoselo muy corporal el hombre salvaje, y muy espiritual el civilizado, cada cual á imagen y semejanza de sus concepciones» (1). En otro lugar afirma que «conforme son nuestros conocimientos de la naturaleza, así es nuestra idea de Dios, sujeta siempre á la naturaleza» (2). Pensaba que Dios no

se conoce por intuición (3), sino que es una inducción del espíritu del hombre; que la experiencia es «el único medio de llegar á Dios»; que su idea por tanto no es innata^ sino adventicia; porque <no hay rigurosamente absoluto para la comepecióH humanáis (4); por lo contrario, declaraba, de conformidad con Hamilton, que, al igual de lo infinito, lo absoluto es inconcehi- hCy ó «cuando más, es el término de las reía- Clones (1). ^

Sustancia, accidente, tiempo, espacio, materia, son, en concepto de Luz, ideas «forzosamente ligadas ala relación». Las ideas que parecen menos relativas, son en realidad las menos absolutas, á su juicio; porque «semejantes ideas son creaciones de nuestro entendimiento inspiradas por las impresiones y aplicadas á todos los casos de semejanza que le ocurren» (2).

Creía que en el intelecto no hay más que sensaciones ó signos que las representan y las suplen» y que la ciencia humana no puede ofrecer más (3); cuyas proposiciones son el substratum del libro de Taine sohvela Inteligencia^ y de la escuela idealista inglesa. Por lo mismo aseguraba con profundidad y acierto, que siempre venimos á parar á este resultado» y que ante él se invalida todo otro sistema que no ses. él[ sensualismo» j respecto del cual concluía, lógicamente, que «no es ya un sistema, sino la historia fiel y ordenada de los hechos» (1).

De allí que sostuviera «que basta la idea de Dios es para nosotros relativa^^ pues que <aun cuando Dios sea un ente absoluto, esto es, independiente de los demás seres, su idea no es para nuestro entendimiento inds que una pura relación; por ser esta «la condición sine qua non de todo cuanto entra en el espíritu del hombre» (I).

La inteligencia por idéntica razón, tampoco concibe la nada ni la ilimitación: «la nada sólo significa algo como un signo negativo» de cuanto se quiere excluir. El espacio es análogo al tiempo y al número. Este es la repetición de la unidad, y aquél «es propiamente el número de la extensión, ó el resultado de la multiplicación de la extensión por sí misma; por lo que hay espacio limitado é ilimitado: limitado que veo y toco\ ilimitado^ que concibo^ por el que he visto {" vqecfqì0" Gn" vkg o rq" gu" þwp" qtfgp" fg" uwegukqpguì+" eq o q" gn" gurcekq" gu" >wp" qtfgp" de coexistencia» (2). Como «en la naturaleza de las cosas no está meramente la ocasión^ sino hasta el molde ó tipo de nuestras concepciones si el hombre no hubiera visto por lo menos dos cuerpos separados, no habría llegado á la consideración de espacio^ esto es, extensión sin materia resistente', á no habersele presentado cuerpos mayores y menores que el suyo, no tendría en el catálogo de su lengua, las voces r/rande y pequeño: á no situarse él entre varios objetos, no existirían pava su concepción ni el medio, ni los lados, ni los exiremos: así también la idea de tiempo sugerida por los objetos, en que se incluyen nuestros pensamientos, lleva el sello de la del movimiento\ pues no es un concepto formado por el espíritu a priori, ó aparecido en él do repente, sino resultado de los movimientos que dentro y fuera han pasado para nos-- otrosí (1). Explicó con claridad suma el valor relativo de los conceptos de necesidad y do continyencia (2). De igual modo, sostuvo, re- batiendo la concepción leibnitziana de las mónadas, que no hay nada que en sí mismo sea simple, ni nada que sea compuesto, esto es, sustancias simples ó compuestas; porque «la idea de sustancia metafísicamente no es más que una, aplicalile á cuantos casos se presenten, como que consiste en una abstracción formada por nuestro entendimientos: sustancia es una relación con accidentes; en cualquier objeto donde notamos que



desaparecen unos fenómenos permaneciendo otros. encontramos la sustancia: por eso damos este nombre á todos los cuerpos, consiguientemente unas unidades ó conjuntos, que se distinguen unos de otros: de la misma manera no hay mas que un tipo cuya abstracción, como la formamos en todos los casos, no hacemos mas que repetirla en los diversos casos, sin variar en lo mas leve la naturaleza del concepto: así, es la misma idea de tiempo la que vemos en el andar del reloj, ó sintiendo por mi memoria el espacio entre mis pensamientos, ó cualquiera otra especie de la especie que fuere, ni mas ni menos, como es el mismo número cuando calculo sobre 100 hombres, ó sobre 100 libras; pues no recae el cálculo sino sobre los mismos 6 entidad de razón que constituye el número ó cantidad de las cosas» (1). Para que las palabras correlativas-sim/de y compuesto tengan sentido, ó «signifiquen una realidad, es forzoso se tomen en concreto. Así, cuando en química, V. g., decimos que hay sustancias simples y compuestas, todo el mundo sabe lo que ha de entender; llamando los químicos al oro simple, respecto al aire por ejemplo, de causa de no haberse dividido aún en alguna sustancia en otros elementos, ó sí; no obstante ser la primera materia y la segunda bajo el respectivo aspecto.

Del mismo modo, en aritmética denominaremos al ocho número compuesto relativamente a la unidad, que en tal caso será simple y comparada después con sus partes, resultará compuesta: luego todo es simple y todo es compuesto, ó lo que es lo mismo, nada hay simple, ni compuesto, por sí ó absolutamente; sino que la simplicidad y la composición constituyen la misma idea correlativa que aplicamos á diferentes objetos, según la urgencia de nuestros pensamientos. Así transportamos la relación que por primera vez sugirió cierto objeto al entendimiento (porque éste siempre trabaja sobre los materiales que le ofrecen las impresiones internas ó externas) á objetos de la misma diversa naturaleza, porque los hallamos colocados bajo la misma ó análoga relación, y aun nos valemos hasta del mismo signo» (1).

Insiste en el examen de las abstracciones porque «gran número de los errores de los hombres, y señaladamente de los metafísicos, consiste en la aplicación de ideas de un orden á objetos de otro» (2), y porque aqueja á los idealistas una como «manía de personificar los fenómenos convirtiendo las abstracciones en realidades ó sea dan una realidad entera a lo que sólo tiene una realidad fenomenal, así como añade como existo yo; pero no como causa sino como efecto y «tan cierto es que oí yo no pasa de la esfera del mero fenómeno, cuanto que aparece y desaparece en infinitos casos» (1) como en la embriaguez, en el sueño, en el sonambulismo y por consecuencia de algunas enfermedades; por otra parte ocurren multitud de «fenómenos internos, no corporales, sino muy del orden mental, como son muchos de la memoria, sin que la conciencia pueda certificar acerca de ellos, y que sin embargo se nos dan á conocer por sus efectos, ó como quien dice, sin saber de qué manera» (2); «otras veces (por fuerza del hábito que tiene la virtud de encubrir las ofensas, se escapan algunas de las innumerables antecedenentes que sobrevienen yendo cada uno por su parte. En la elaboración del pensamiento (3); en decir que de ferimentos denominados hoy ídem; conciencia é imbecilidad; (Kant) infiere

Luz «que la conciencia [Ohrá f'píHíUúr h <í'rfi' cia aun de los mufu íhu^puihú/^ itú/^iu/^ O %hH la psicología propiamente dicha», tiene que acudir por fuerza á la experiencia externa (1).

Concluía de sus razonamientos á «la imposibilidad de construir una ciencia ontológica

aparte y propiamente tal, pues no hay ciencia ninguna en lo humano, sin exceptuar á las matemáticas<sup>^</sup> que no descansen primitivamente en los fenómenos, y por consecuencia en la sensación, sin que sea dado al hombre penetrar jamás las esencias ó causas primeras<sup>^</sup> (2).

El humano espíritu no puede penetrar los arcanos<sup>^</sup> que su existencia misma y «la naturaleza divina» son para él inaccesibles<sup>^</sup> reduciéndose la ciencia toda, <sup>^</sup>cuando llega á tanto<sup>^</sup> al conocimiento de las causas segundas<sup>^</sup> ó para hablar con más exactitud, al reconocimiento de que hay tales ó cuales causas segundas, sin penetrar todavía su naturaleza, ó siendo propiamente para nosotros su naturaleza lo que de ellas conocemos». «¿Pero quién osará avanzar que tal es toda la naturaleza<sup>^</sup> y la íntima naturaleza de las cosas?» (3). Aun suponiendo que con el andar del tiempo pudiera el hombre calar el misterio que envuelve al mundo y á su hacedor<sup>^</sup> «¿podríamos llegar á ese resultado ó pregunta Luz ó por los medios que proponen los metafísicos, por virtud de observaciones psicológicas? Mas bien ó dice- llegaríamos á alzar un canto de ese denso é inmenso velo, por el camino de la geología, de la fisiología, y de todas las ciencias de observación estrechamente coligadas al intento»; «pero ó añade interrumpiéndose ó ¿quién no vé que estamos suponiendo lo que jamás existirá?» . . . ( 1 ).

Estaba convencido, sin embargo, de que á Dios sólo se le podía encontrar en el mundo. El empeño, ó en su sentir, ó erróneo de Cousin y del psicologismo idealista cifrábase en derivar de la razón la idea de Dios; «porque no<sup>^</sup> estando en la conciencia, y ofreciendo ésta, según el escritor francés, el reflejo exacto de los fenómenos, clara está la necesidad de apelar á otra fuente para encontrarla, y esa fuente no puede ser más que la razón en tal caso; .... pero no advierten los que así piensan, decía Luz, que de esta manera <sup>^</sup>destruyen la idea de Dios, que no puede aparecer en el alma humana sino en el intermedio del mundo exterior: de forma que ese Dios derivado puramente de la razón es un ser absolutamente hipotético!<sup>^</sup> (2).

Si como aseveraba también Luz (3) «el conocimiento verdaderamente ha de ser un reflejo<sup>^</sup> una representación de la realidad <sup>^</sup>y en el conocimiento, es decir, en la razón ó intelecto, eii- la conciencia, deberíamos sentir reflejado (> representado á Dios, como está en la realidad, ó ó según él dice ó el mundo exterior <sup>^</sup> y esto precisamente no sucede así. «El que niegue la aparición de la idea de Dios en el examen del universo», sostiene él que «niega la existencia del Ente Supremo, pues que «en los fenómenos están las únicas pruebas racionales que de tan importante verdad pueden suministrarse» (1). Un filósofo ha dicho que éste de la existencia de Dios «es el problema supremo de la filosofía». Con efecto, en vano se han aducido numerosos argumentos <sup>^</sup>para demostrar lo que parece indemostrable. Cousin pretendía que «Dios no es absolutamente incomprendible», y aun ó del mismo modo que Luz ó imaginábase reflejado en el universo «como la causa en el efecto». Luz por su lado condensó su creencia en dos proposiciones: que las ciencias son ríos que nos llevan al mar insondable de la Divinidad», y que al siglo presente no se le puede llevar al santuario de la religión sino por el vestíbulo de la ciencia» (2).

Msin por el suyo repetía también con el Psalsta, que los cielos narran la gloria, de Dios, afirmaba que «í<sup>^</sup> en la naturaleza y en el alma a donde debe buscársele y donde se le puede encontrar» (1). Y sin embargo, Luz quiere ahondar la teodicea en la física, mientras el -Otro, que piensa á la postre lo mismo que él, se imagina que es la psicología su base más firme (2). Porque ambos seguían el impulso de creencias confundidas con su propio ser, obedecían á sus antecedentes y á su idiosincracia, y creyendo pensar sentían, supliendo el vacío de la observación con los errores ó las ilusiones del espíritu, por donde vinieron á armonizarse al cabo

por el sentimiento y la imaginación, los que eran adversarios en el punto de partida. Adoptaba Luz la refutación kantiana de la llamada prueba ontológica, ó d priori, de la existencia de Dios, y siguiendo también al filósofo de Koenisberg creía en el valor y en la eficacia de la prueba por las causas finales á que se ha \\2im^(o prueba físico- teológica (3). Comprendía que á la observación cousiniana ó espiritualista de que Dios se revela en la conciencia, podía replicar el descreído que «en la suya no se ha revelado; pero juzgal)a irrecusable é irrefragable la invocación del orden, concierto y armonía del universo y de todos los seres que lo pueblan», y que ellos o wguvtcp"pñn" rncp" {" rtqxkfgpekc" fg" guvc" o " a swkpc" cf o ktcdngu"\*3+0"Lw| icdc" ct o qpk| cdng" la ciencia con la religión. Imaginábase que por la ciencia se va á la religión. Tenía por tan cierto que «la teología natural no forma un ramo aparte de los conocimientos humanos, cuanto todo el que se proponga dar una demostración filosófica de la existencia y atributos divinos tiene que entrar forzosamente en el «ampo de las ciencias naturales». ¿Qué otra cosa es ô continúa ô la renombrada Teología Natural del Dr. Paley, sino una serie no interrumpida de demostraciones tomadas de la física, química, fisiología é historia natural? ¿Qué otra cosa son todos esos famosos tratados conocidos en Inglaterra bajo el nombre de Bridgewater^ destinados á excitar los sentimientos religiosos en los pechos del pueblo enteró?» Declara que «tan luego como se sale de este terreno^ no se hace más que forjar novelas físicas ó metafísicas sobre la naturaleza de Dios, cuya esencia no es dado al hombre libre comprendería (2). Empero, dar una demostración filosófica de la existencia de Dios y Sus atributos^ siquiera sea por medio de las ciencias naturales ¿no es forjar una novela íca ó naturalista? Si ô como él sostuvo ô lo por la experiencia se conocen las existencias ¿no es evidente que en el universo jamás

^e han mostrado otras existencias al humano espíritu, que las del orden vegetal y el animal?

V en definitiva, cuando inferimos del orden, Concierto y armonía universales la existencia de un Ser Supremo ¿no reducimos la demostración física á una mera demostración ontológica? ¿no queda siempre referido el problema , á lo que Luz de acuerdo con Kant aceptaba como posibilidad lógica de donde no se debe Q»oxiQ;[\x\v k\dL posibilidad real? (1). Él creía, por otra parte, que todos los hombres <por grandes que sean> , son deudores á su siglo y á sus circunstancias; pero que están distintamente dotados, reconociendo en ellos hasta lo que llama especialidades^ por lo que negaba ô contra Helvecio ô «la omnipotencia de la educación»^ la cual «pende de un principio, la organización ó constitución individual, que á veces no puede aquella vencer, yá veces desgraciadamente ni aun modificar» (2). Lógicamente, pues, reconoció que no todos los hombres llegan aislada ó individualmente hasta el concepto de Dios; aunque estaba seguro de que «como ocurra á uno siquiera más capaz que los otros, ya se difunde y vincula aquélla en la comunidad» (1), de donde pudiera colegirse que la religiosidad es en su sentir un producto social y que la idea do un Ser Supremo, un como resultado de la elaboración mental, el fruto del desenvolvimiento del espíritu, ó como decía Hegel ô «el movimiento por el cual el espíritu se eleva del mundo á Dios».

La religiosidad era el sentimiento más profundo de su alma, y un sentimiento exuberante. El objeto más sencillo ponía en conmoción aquel organismo tan sensible, tan presto á responder á su propia sugestión, creyendo responder á la sugestión del mundo.. «El estudio contemplativo de la naturaleza ô en su concepto ô es un germen continuo de la más sublime y edificante religión: un planeta, un meteoro, un objeto terrestre^ una flor, son á la vez templo é imagen que provocan al cultomás puro y acendrado;..... admirando y adorando al Eterno que. . . . derramó tanta belleza y donosura, por grados sublimándose la contemplación^ he venido por grados á inundarme en los más religiosos sentimientos que pueden agitar á un pecho humano: la veneración, la gratitud, el

amor, ô el amor infinito: aquí está toda la religión. Kn efecto he dicho para mí: el que creó tantas maravillas, ha querido no sólo que yo disfrute do ellas y las admire, sino que me eleve hasta él, puesto que me hace sentir tan vivamente su poder, su sabiduría, su misericordia, y rae aniegaen un torrente de afectos^ quo no pudiendo contenerse dentro del pocho, fian de ir forzosamente á derramarse sobre aquellos de mis hermanos rjue no hayan experimentado en tal grado esta necesidad de adorar.

Así una flor es rai altar, y ese altar rae instapiro, himnos que n/) está en el poder de rai voluntad, no entonar. Aquí es (loti<Ui mkn entreveo la profundidad de ente plan de la ðEcwuc" fg" las c^mi^s^ . ¿Pop que, f^ara qué m-e has inspirado tales y la n ardienteís ^nímleñ^ tos? ¿Xo le lias propuesU) nn ña Ínsor(/la/y(^ cuando á cada ¡f^w, en cada ohj-eto^ m<i le-- vantás á mí, humild^.; u;ní^no^ te.sfei la ^^Jtura de lu fr<^ri<j.^p (i).

Cht o ckv»k" sw` <¶">dq" Z` 0p` o o "wpc"¶fgÁ` "wlc"¶=AA6` ð9` "tgcñ" { "` thgevlxu" f` ä"nc" Y xlpkfcf."ei o q" la tenemos de nnei planta ó de un homhreí^ (1); que sentimos á Dios en todas partes; le vemos, le tocamos, le admiramos en los fenómenos del mundo exterior; le sentimos, le experimentamos. Sy le adoramos en el fondo de nuestros pechos; pero nuestro entendimiento no puede alcanzar apercibirle y penetrar su naturaleza-^] que era perder «un tiempo precioso en hablar de lo que no entendernos^^ (2); combatía á los que ^construían á Dios á imagen y semejanza suya» (3); y sin embargo, se ha visto la frecuencia y la plenitud con que estaba en él el sentimiento de Dios; cómo la religiosidad era una de las manifestaciones características y principales de su personalidad, una forma de su espíritu, modelado desde la más tierna infancia por la piedad y ascetismo domésticos en concordancia con el seminario sacerdotal; y cómo, en fin, una especie de antropomorfismo ideal interrumpe la serena claridad de su pensamiento, poniéndole delante á su Dios, que le aparece humano y magnífico, como en una página de la Biblia. Había vivido muchos años viendo á su madre siempre dulcemente sometida á sus devotas prácticas y en una perpetua contemplación de Dios. La Qsia lo infiltraba conjuntamente en su esitu, y lo prodigaba sin cesar ante sus ojos.

Tsde el alba hasta la noche estaba allí, afeeido sus sentidos, envuelto en luces eternas y eterno incienso, perfumado y halagado, en vaho de la mirra, de las preces continuas, las notas resonantes y gemidoras del ()r-ano; pintado en el cielo raso, esculpido en el ícho, adorado en el altar, majestuoso siempre, en mármol, en madera, en bronce, y relumbrante por el oro y la plata de sus vestidos de finísima lama. Dios fué así para él una visión permanente. Su ánima flotaba incesantemente en una como atmósfera de misticismo.

Pronto veremos cómo aquella fuerza se desenvuelve, se exterioriza más. Guando sea solamente un enfermo, ya apenas si se muestra en él el filósofo. Será entonces lo que fué al principio, lo que era virtualmente aún durante su profesorado, un ser religioso, un cristiano, un hombre modelado según el Evangeho.

Uno de los mejores trozos de la Impugnación es toda la nota 33; pero especialmente los párrafos 5^ y 6^ en que amplía sus ideas sobre el carácter y el procedimiento de las matemáticas, y sobre la abstracción y el lenguaje (1), donde sostiene que el juicio es una operación mental que «descansa regularmente en una síntesis^ en que se ve el espíritu obligado á comparar una sensación con otra sensación, ó en su lugar una sensación con un recuerdo, por el ministerio de la memoria, suplente de las impresiones» (1), pensamiento que bajo otra forma desde 1835 aparece en la proposición siguiente de uno de sus elencos: ô «el juicio es anterior en todo rigor á la idea y como la base de todas las operaciodes mentales», y que Varona con grande enaltecimiento

equipara á otro de G. Wundt, que considera como la base de lo que en Alemania y ya en todas partes designan por psicología<sup>^</sup> fisiológica (2).

Combatió la metafísica, aun mejor, la ontología, lo mismo en Platón, que en Leibnitz, lo mismo en Gousín y Maine de Biran que en Kant; aun cuando reconocía á la vez que nada es más lícito ni está más en el orden que «buscar la causa y el origen de los fenómenos»; si bien entonces «toda ciencia rigurosamente tal tiene su parte de ontología, porque siendo el saber ô como decía el Estagirita, conocer por las causas, ô toda ciencia apenas toma cuenta de ciertos efectos, cuando ya está empeñada en la indagación de las causas»; pero advierte que «no está ahí la fuente del mal, pues que existe una diferencia característica entre los metafísicos ontólogos y los verdaderos investigadores: ô los primeros dando por sentada la posibilidad del conocimiento íntimo délas causas, ó sea de las llamadas ^5^6?m5 de las cosas, se entran por el campo de la hipótesis, suponiendo en vez de demostrar; . . . mientras que los segundos aun en sus conjeturas, persuadidos de que la ciencia humana á lo sumo llega á comprobar la coexistencia<sup>^</sup> no la naturaleza de una causa, jamás abandonan el firme terreno de la observación» (1).

Después, y en otro de sus mejores párrafos (2), hace observaciones para mostrar las ventajas de la experimentación y de la observación paciente, las cuales vienen á ser verdaderas prescripciones de higiene intelectual; pues quería impedir que se adivinara gratuitamente y que se corriera al acaso, ó bajo la inspiración de ciego dogmatismo; por cuya razón recomendaba que ^Q conjeturase, cuando no fuera posible demostrar; pero á condición de señalar «en uno y otro caso los datos que han servido de escalones para remontarse el entendimiento», «quedando así satisfecho éste por desaparecer de esta manera hasta la sombra del milagro ó del misterio<sup>^</sup> ó convenciendo no íntimamente de que para nuestra débil inteligencia todo es milagro y misterio en la creación del Universo» (1).

Me he empeñado, como ha podido notarse<sup>^</sup> por ofrecer más ó menos ordenadamente las ideas capitales del razonamiento filosófico d(3 Luz Caballero y los aspectos mentales que era ellas pudieran traducirse, procurando, por\* regla general, que fuese él mismo quien hablara. Leyendo sus escritos adquiere la persuasión de que desde muy temprano se habituó al trato y comercio con los grandes filósofos, y muy principalmente con los que determinaron y constituyeron el gran movimiento científico moderno, iniciado en Bacon, impulsado por Descartes, por Nôwton, por Galileo, y que en su época había alcanzado notable desarrollo; por lo que se explican, si bien fué de todos modos caso extraordinario, las grandes iluminaciones que aparecen en su discurso, tales como el método inductivo, los fundamentos déla psicología-fisiológica, la aplicación déla patología á los estudios psíquicos y su oposición convencida y enérgica á las pretensiones de la ontología, como obstáculos al progreso de la verdadera ciencia. Partiendo de la misma base que Locke evitó, sin embargo, el mayor peligro de su escuela, condenada por su error de confinarse dentro de los límites de la psicología á la esterilidad y á la impotencia; y será siempre en el sabio cubano mérito insigne, el haber abandonado tan estrecha vía para entrar resueltamente por el ampHo sendero que señalaron Bacon y Descartes, predicando las ventajas de la recta aplicación de la inteligencia al empleo del método experimental, en todos los órdenes de la investigación, cuando apenas si por aquella época llegaba á su país la noticia siquiera de que así se enseñase en parte alguna de Europa; sino que mas bien todavía resonaba la palabra de Aristóteles y de Santo Tomás, ó algún acento casi imperceptible de Verulamio, entre el lejano rumor de los alemanes y el canto de sirena del ecléctico Gousin.



La tradición refiere que, posteriormente a la polémica, mostró vivísimas aficiones por la filosofía alemana, y uno de sus discípulos- Antonio Ángulo y Heredia ô declaró en público, que «profesaba especial predilección por ese sistema de la divina consoladora armonía creada por el inmortal espíritu de Krause» (1).

En parte alguna he podido ver confirmado ese aserto, pues si no es dudoso que siguiera á Kant en algunos puntos de vista, le combatió en otros; y si pudo simpatizar con Shelling (1), á quien mucho leía, terminantemente declaró que no iba con él (2); siendo imposible el aceptar que una inteligencia tan clara como la de Luz, pudiese sentir algo más que repugnancia por una doctrina verbosa y esencialmente lógica y discursiva como la de Krause, empañada y oscurecida además en él y singularmente en sus discípulos españoles, por un vocabulario bárbaro é ininteligible.

En una nota de Luz, de 1804, se lee esta frase, que confirma mi presunción, refiriéndose nada menos que al más claro, importante é influyente de los sectarios de Krause. «Qué enredado y enredante está Ahrens en toda la lección 7<sup>a</sup> sobre fisionomía y frenología. Así no es extraño que la juventud y aun los hombres faltos de criterio y de hondos conocimientos, no sepan d qué carta quedársela (3).

Lo que sí es muy cierto es que José de la Luz y Caballero era apasionado por las cosas y la lengua de Alemania; pero, al menos, por la época de la polémica con los Valle, fué de opinión que no debían introducirse en Cuba los sistemas alemanes (i): dando sin embargo de barato que tuviera alguna predilección por cualquiera de ellos, entonces tan en boga, coincide precisamente ese aspecto de su inteligencia, que sería en orden descendente respecto á su anterior y vigorosa expresión, con el quebranto de su salud, con el empobrecimiento de su naturaleza física; pues sólo así podría explicarse que el enérgico impugnador de la ontología, cuando gozaba de robustez corporal, llegase á sentirse atraído por la metafísica alemana, es decir, por las construcciones, si realmente soberbias y atrevidas, más falsas y delirantes que puede levantar el pensamiento humano cuando se desentiende de la observación y de la experiencia. Suponiendo cierta aquella etapa, ya veremos entonces, dando un paso más, cómo su espíritu habrá recorrido la curva ideal de su evolución.

En opinión del erudito Bachiller y Morales, «Luz fué un filósofo ecléctico» (2). El distinguido profesor Dr. José Manuel Mestre «para caracterizar su doctrina, si no temiera incurrir en el defecto de exclusivismo que tan á menudo traen las clasificaciones, diría que su fondo y su esencia pueden expresarse con esta palabra: armonías (1). Rodríguez afirma que «la filosofía del Sr. Luz era eminentemente cristiana y práctica» (2). Pero de todo su libro se deduce que José de la Luz Caballero era católico (3). Luz era ecléctico, sí, pero como él decía, á la manera de Bacon, y «en el sentido de escogedory» (4). Si así no fuera y, si como Leroux creía, todo pensador ha tenido un sistema y sólo Potamon de Alejandría y Justo Lipsio han sido eclécticos sistemáticos (5) ô ¿cuál es, entonces, según sus amigos y sus discípulos la filosofía de Luz? Decir que era «la armonía», no fija, ni explica mucho: casi todos los sistemas buscan la armonía y todas las síntesis la implican. Afirmar que qvr ecléctico no es tampoco aclarar el punto: todo sistema tiene mucho ó poco de los sistemas anteriores, por ley de herencia y de continuidad. Pero es arbitrario declarar «católico» á Luzé inexacto que se confesase al morir (6). Que fuera cristiano no puede ponerse en duda. La sociedad moderna es esencialmente cristiana; aunque sería muy difícil fijar en qué consiste el cristianismo c3e cada cual.

Luz era, en resumen, durante la plenitud de su edad madura, un gran pensador y, al mismo tiempo, un sor profunda y esencialmente sifectivo. Más tarde no fué más que un enfermo. Hombre impresionable, recorrió su camino no siempre en línea recta, sino curva: católico en su juventud, ascendió á la más científica reflexión filosófica, fue un filósofo correcto de la observación y de la experiencia, y en ese momento de su trayectoria mental aparece sensualista crítico. En cuanto cambió de medio, abandonó sus guías eclesiásticos. Cuando tuvo salud, en lo más maduro de su existencia, fué adherente convencido de la gran escuela que reconoce por fundador á Locke. Más tarde, decaen sus fuerzas físicas, y entonces cabe que admirara y aún que siguiera ô lo que no me consta ô la metafísica alemana. Enfermará más aún, se abatirá más, irá consumiéndose y, en tal doloroso momento físico, asomará un estado moral correspondiente y aparecerá el místico.

#### VIII. ô MR. DAVID TURNBULL.

Un grave conflicto ocurrido en i 842 entre la Sociedad Económica y el Capitán General, agravando los males que ya le aquejaban desde 1836, decidieron á Luz Caballero á buscar en Europa la salud. Mr. David Turnbull, miembro de la Sociedad, y enemigo intransigente de la trata de esclavos, había sido borrado de la lista de los socios, por sorpresa y en ausencia de Luz, que era Presidente de aquel Cuerpo y se encontraba enfermo á la sazón.

Mr. Turnbull ejercía en la Habana los cargos de Cónsul de S. M. B. y Superintendente de africanos libertos, este último creado á virtud de los tratados que celebraron los gobiernos de España é Inglaterra, en los años de 1817 y 1835 con la mira de abolir efectiva y realmente el tráfico de esclavos africanos. El agente inglés cumplía su encargo con tesón, estaba siempre alerta y asediaba con sus reclamaciones al Capitán General, que lo era entonces D. Jerónimo Valdés. Las intrigas de los armadores de expediciones piráticas y gran número de hacendados que protegían la trata de negros, todos los cuales veían con despecho y saña la vigilancia y firmeza de Turnbull, y las maquinaciones de los americanos, cuyo gobierno mantenía al representante del de Madrid en Washington, en constante alarma respecto ala política de la Gran Bretaña, que suponían interesada en arruinar la agricultura de Cuba, aun cuando tuviera que valerse del horrible recurso de agitar la población esclava de los campos hasta lanzarla á una conflagración universal, llegaron á crear espesa atmósfera de inquietud que la imaginación extraviada de unos y la habilidosa codicia de otros forjaban preñada de calamidades tan espantosas como las que ocurrieron anteriormente en el Guarico y anunciaron al mundo la catástrofe de Santo Domingo.

El Cónsul inglés era un estorbo demasiado grande para tantos hombres interesados en que continuase el tráfico de esclavos y fuesen letra muerta los tratados con Inglaterra; por eso se comprende que terminara el general Valdés el despacho en que participaba al gobierno de la Metrópoli la insubordinación, por otra parte reprimida con faciudad, de unos cuantos negros trabajadores, empleados en construir en la capital el palacio de Aldama, y por más que estaba persuadido «de que este hecho era enteramente aislado, expresando «la urgente necesidad» de lanzar de la isla al Cónsul británico (1). Turnbull era, pues, objeto del odio en aquella infeliz sociedad, y pesadilla del general Valdés, á extremo de exclamar un día de 1842 la primera autoridad de la isla, en presencia de algunas personas de su corte: «¡Quien me quitara de encima á este hombre!» El deseo de agradar al sátrapa fué el origen de la pretensión de excluirle inmediatamente que fué relevado, de la Sociedad Económica, que le contaba desde 1838 en el

número de sus socios corresponsales (1). Comúnmente componían las sesiones habituales de la Sociedad Económica muy corto número de asistentes; á veces no pasaban de ocho; pero la ordinaria de 28 de Mayo de 1842 fué bastante concurrida, pues que contó bajo la presidencia del Censor don Manuel Martínez Serrano hasta veintidós socios. Después de enterarse aquella reunión de varios asuntos de su incumbencia y de resolver sobre otros, vio á uno de los concurrentes formular inopinadamente la proposición de que «se recogiese el título de socio corresponsal que concedió la Sociedad á Mr. David Turnbull por haberse hecho indigno de pertenecer á la Corporación por las perversas doctrinas que defiende en una obra en que dijo se apoyaba algunas veces en las doctrinas de la Real Sociedad», Otro socio sustentó «con un detenido discurso la moción, fundándose, según dijo, en razones políticas, y que S.S. estimaba de conveniencia públicas; cuatro señores más usaron de la palabra. «Se opusieron á la moción», el señor Censor Presidente, los amigos Cárdena, Dr. Miranda, Poey (D. Felipe) y el Secretario, D. Antonio Bachiller y Morales.

«Dijese por el Sr. Poey que para la separación de un socio debía proponerse por la junta preparatoria, á que agregaron el señor Censor y el Secretario que debían ser citados los señores que admitieron á Mr. TurnbuU para que constasen en las actas los motivos de la variación».

A pesar de estas justas indicaciones reglamentarias hubo quien considerase «urgente y extraordinario el caso y que no debía aplazarse, sino en el acto procederse á la separación» , pidiendo que así se declarase. Se puso entonces á votación la proposición siguiente que otro individuo formuló: «Si la Sociedad puede retirar el título de socio á cualquiera de los individuos que lo tuviesen, sin necesidad de observar los trámites que previene el Reglamento para derogar ó alterar los acuerdos de las juntas ordinarias». Al oírse se ausentaron cuatro de los concurrentes. Protestó el Secretario contra la votación, y quisieron los señores Cárdena, Poey y Valdés Miranda que constase su oposición. Pero en escrutinio «excreto fué aprobada por mayoría. Entonces el mismo socio que iniciara el debate pidió que se votase la siguiente proposición: <Se separa al Sr. TurnbuU de la Sociedad y se le recoge el título de Corresponsal» . A pesar de las nuevas protestas del Censor, de Poey, Cárdena, Valdés Miranda y Bachiller, «se verificó no obstante, resultando viciado el escrutinio por un voto más del número de los asistentes^ y aunque era insignificante la minoría á favor del señor Turnbull, se procedió á nuevo escrutinio, resultando separado dicho señor por los mismos trece votos contra cinco que le fueron favorables» .

En la misma acta de la Sociedad Económica que he extractado hay una nota en que se dice que habiéndose leído ésta en la junta de 22 de Junio, el mismo señor que propuso la separación del Cónsul, pidió que á las razones que diera para fundar aquel deseo se agregase: «y que era un contrasentido que se contase en el numero de amigos del país uno que era su enemigo» . Se había alegado por única razón para expulsar á Turnbull, que éste se había hecho indigno .... por las perversas doctrinas que defiende en una obra en que, según se le atribuye, dijo que se apoyaba en las que la misma Sociedad sustentaba. El libro de referencia es el que publicara dos años antes (1840) en Londres, con el título: *Travels in the West. ô Cuba; with notices of Porto-Rico and the Slave Trade* y en que no solamente se muestra tal como era él, ô abolicionista convencido y ardoroso, ô sino que declara estar persuadido de que los mejores entre los propietarios cubanos deseaban con la misma devoción de un Clarkson ó un Willberforce «la inmediata, total, é inmutable abolición del tráfico de esclavos» (1). De ellos por lo visto sólo hubo cinco en la sesión del 28 de Mayo; pero en la de 22 de Junio ya se congregaron veintisiete que, si no eran abolicionistas ó adversarios de la trata, mantuvieron al menos los fueros de la justicia. Si el libro

tenía ya dos años de publicado ¿por qué durante todo ese tiempo no ocurrió la idea de castigar al autor por las doctrinas que allí defendía y se espeaba de oirse, cuando había consentido la enemistad de Turnbull al país y tolerado cerca de dos años la especie de cruzada que había emprendido; y que él mismo, el amigo del país, probaba con su trasnochada solicitud patriótica, ó que no la sentía realmente, ya que para expresarla esperó el relevo del Cónsul, es decir, cuando ya no podía hacer daño ni aun predicar su especie de cruzada^ ó que en verdad ni era Turnbull enemigo de la isla de Cuba, ni predicó cruzada de ninguna especie, sino que fué un lionrado, enérgico y resuelto empleado de su Gobierno, que tenía conciencia de sus deberes y voluntad para cumplirlos entre tanta gente codiciosa, desleal é inhumana? Y tan cierto es que, antes que culpable, fué Mr. Turnbull un funcionario digno, correcto en su conducta y muy valeroso, que estas mismas cualidades tuyas le pusieron pronto á merced de sus enemigos, y sin embargo salió de sus garras ileso. Créese que el general Valdés perseguía la trata y que en este concepto mereció la estimación de los mismos ingleses; pero en ese supuesto, mortificado por las reclamaciones del Cónsul, asediado por las intrigas (le los negreros, inquieto ante los constantes y pavorosos anuncios de siniestras conspiraciones que se preparaban en la sombra, llegó á sospechar de las intenciones de Turnbull. Un inmenso partido estaba interesado en anular la vigilante constancia y la firmeza del único hombre que se oponía á sus designios. Forjaron y echaron á volar la especie de que Turnbull maquinaba sublevar los negros y convertir en cenizas la isla. De ahí que Valdés pidiera su remoción. Casualmente y como para justificar los temores cada vez más graves, ocurrió la insubordinación de las dotaciones de dos ingenios situados en los partidos de Macurijes y Lagunillas, casi al tiempo mismo que Mr. TurnbuU desembarcaba en Gibara, procedente de Nassau y provisto del pasaporte que le despachara el Vicecónsul español de las Bahamas.

En la alarma consiguiente fué preso apenas pisó la tierra. Tan grande era la inquietud del país en aquellas circunstancias, y tan cínica ó tan torpe la malicia, que se intentó atribuir á causas políticas un temblor de tierra acaecido por el mes de Mayo en Santiago de Cuba. Turnbull había venido desde Nassau con el único objeto de rastrear á unos negros ingleses que los contrabandistas habían asaltado, reducido á esclavitud é internado en aquella parte de la isla de Cuba. Circuló, sin embargo, el rumor de que le impulsaban miras terribles, el eterno propósito de sublevar los negros. La ocasión no podía ser mejor. Si el ex-Gónsul había sido en realidad un enemigo público de la tranquilidad del país, y si ahora volvía ostensiblemente á ella para turbarla y destruirlo todo, ¿para qué se habían escrito las leyes españolas, para qué existían tribunales, consejos de guerra expeditivos, ni para qué se pagaba y guardaba cuidadosamente en la Habana á un robusto verdugo? Ello es que «ya en la capital, no se encontraron medios para castigarle^ y sólo fué expulsado de allí y de la isla, sin más represión que estar unas horas detenido en el cuartel de la Fuerza, con ^ra/^ sentimiento del General Valdés, que dispuesto estaba á hacer en Siqn él abolicionista un ejemplar castigo». Se alega que no pudo adoptar tan sana medida por presentarse el animoso britano «escudado con el pasaporte que de la poca cordura del Vicecónsul de España en Nassau había obtenido». El pasaporte otorgado por el funcionario español, declaraba que TurnbuU era «ciudadano inglés con la comisión de proteger los africanos liberados, que habían sido lleva- dos de Nassau al puerto de Gibaran. Esta cláusula parece afirmar un hecho; parece asentir que se había cometido un crimen contra el derecho civil de personas libres y contra la ley inglesa. Mr. TurnbuU, en virtud de su encargo, perseguía los saltos de piratas impenitentes; el Capitán General y las autoridades españolas, faltando á sus deberes y á las leyes vigentes, los amparaban. El gobierno de Madrid reprobó duramente al Vicecónsul, y como si TurnbuU hubiera sido un malhechor, preguntó algunos meses después al Capitán

(teñera], qué funcionarios merecían recompensa por haberse distinguido en la prisión de Air. Turnbull\*, el cual vino á la isla solo, en un balandro tripulado por tres ó cuatro negros! Al mismo tiempo el General Valdés que no pudo castigar ejemplarmente á Turnbull, y tuvo que dejarle en libertad, «recibió plácemes del gobierno progresista, por tan acertado pío acceder» (1).

La sesión de la Sociedad Económica se celebraba antes de todos estos sucesos. Ni ahora ni entonces resultaba contra Mr. Turnbull ningún motivo de legítima acusación. Los que pretendían su extrañamiento de la Sociedad favorecían, pues, las pasiones del Capitán General y la conveniencia de los explotadores del país; sus opositores, con la circunspecta pero hábil y decorosa actitud que asumieron y supieron mantener, representaban la honra del Cuerpo á que pertenecían, la justicia y la conveniencia del país. Prolongóse la discusión en que tales y tan opuestos sentimientos ó intereses vinieron á chocar embozadamente, y en definitiva púsose á nominal votación «la propuesta de la preparatoria». Verificado el escrutinio, proclamó el Secretario su resultado, quedando «aprobada la propuesta de la preparatoria por veintiséis votos contra doce, é insubsistente el anterior acuerdo». El socio que capitaneaba la exigua sección que acusaba á Turnbull, «reiteró su protesta pidiendo constancia del acta y copia de la exposición del señor Luz, para los efectos que pudieran convenirle». Así se acordó, y así terminó por entonces aquel ruidoso é interesante incidente. Poco después, siendo O'Donnell Capitán General de Cuba, removiéronse las cenizas calientes todavía, y brotó la llama. Algunos socios fueron encausados por las opiniones que habían emitido evacuando consulta del mismo Gobierno, como miembros de la Sociedad Económica.

José de la Luz, por su noble conducta en aquel episodio, fué sometido á juicio. Con un gesto del depota quedó Turnbull excluido del número de los socios. En una sesión que celebraban en Palacio y presidía O'Donnell, preguntó éste al respetable Dr. Tomás Romay, suegro de Luz: «¿Es Mr. Turnbull todavía socio correspondiente?» Romay explicó las circunstancias de aquel caso y al pretender O'Donnell su separación le manifestó que no podía precederse sino por los trámites señalados. «Pues hágalo Vd. en el acto» repuso O'Donnell ó mando pegarle cuatro tiros» .

Felipe Poey, glorioso testigo de aquellos sucesos, que por fortuna vive todavía, comparaba silenciosamente el cambio brusco que sufrió el país al pasar del mando de Valdés al de aquel soldado violento, duro y soberbio. Durante la discusión sustentada el año 1842 en el seno de la Sociedad Económica para expulsar á Turnbull ó mantenerle su carácter de socio correspondiente, hubo Poey de decir que la isla de Cuba no sería feliz hasta que en ella no fuesen libres todos los hombres. En la sesión anterior había manifestado que aunque no conocía personalmente á Turnbull, simpatizaba con sus ideas abolicionistas. Oyó que una voz á su espalda le decía: «Eso puede costarle á Vd. caro».

Recapacitando luego Poey, y en el temor natural de que pudiesen llegar torcidamente sus declaraciones á oído del General Valdés, solicitó de éste una entrevista por mediación de uno de sus ayudantes, enlazado con nuestro naturalista por sus aficiones de coleccionador. Entrado Poey en la estancia del General, éste hizo que se sentara, mientras por su parte permanecía de pie. «Seguramente dijo le trae á Vd. aquí un asunto de carácter político; pues si fuesen á juzgar á los hombres por sus ideas políticas, á mí me hubieran ahorcado tres veces» . Poey, tranquilo ya, creyó sin embargo deber balbucear alguna explicación pero



Valdés le cortó rápidamente la palabra, preguntándole: «¿por qué no abre Vd. al fin el Museo?» ô «Porque falta dinero, General» ô fué la respuesta ô Y ¿cuánto? ô ^Trescientos pesos ô «Pues, vaya Vd. cuando guste ô le dijo Valdés ô á ver á D. Joaquín Gómez, á quién enseguida daré la orden de que ponga á disposición de Vd. mil pesos».

Con O'Donnell la isla de Cuba entraba en un período de sombrío despotismo. Luz estaba ya fuera del país, atendiendo en un retiro de Francia á su salud quebrantada; los sucesos relativos á Mr. Turnbull le hicieron aparecer como abolicionista sincero y acrecieron su fama de varón íntegro y justo; pero estas mismas circunstancias habrían de comprometerle muy pronto. I jas maquinaciones de esclavistas y negreros, juntamente con las intrigas americanas estaban á punto de dar su más amargo fruto. Tanto se había hablado de conspiraciones y levantamientos de esclavos, que la visión al fin se realizó. El pueblo alucinado creyó un instante, y en el universal deslumbramiento de aquella quimera ensangrentada, la ambición y la codicia pretendieron explotar el terror de los unos y la imbecilidad de los otros.

## IX. ô MISTICISMO

Corrió por la isla el pavoroso anuncio de la proximidad del desastre: se había descubierto en Matanzas una vasta conspiración de negros. Su plan era aniquilar en sangre á los blancos y apoderarse de la tierra cubierta de escombros y cadáveres. Se decía también que los blancos ayudaban, alentaban y dirigían la obra inconcebible de su ruina y exterminio. Creyóse, sin embargo, el absurdo. En medio del pánico había desaparecido la razón. Se prendía al blanco lo mismo que al negro, al menestral y al hacendado, al pobre y al rico, y todos temblaban, mientras muchos se ocultaban ó huían despavoridos.

Los fiscales fueron lanzados como hambrienta jauría en todas direcciones. Alguien ô (quién? ô apenas se sabe) ô había revelado que los negros traianaban en la tiniebla de sus tugurios un alzamiento. Debía ser terrible. Nada más se sabía; pero era bastante. Existía la conspiración, preciso era encontrar los delincuentes. ¿Dónde estaban, quiénes eran? Los ministros de la lev entraron en las haciendas, pusieron boca-abajo á los negros desnudos y arremetieron contra ellos á latigazos. Querían que confesasen; si había entre todos clloá una trama, todos lo sabían; preciso era, pues, que declararan, y declararon con efecto lo que se Jes sugirió y lo que se quiso. Los (jue no fg.^

Uecían de dolor, mentían extenuados ó agonizantes. Muchos blancos fueron de esta manera complicados precisamente en la que llamaba la Comisión Militar: causa de conspiración de la gente de color contra los blancos. Husmeáronse antecedentes, hozóse entre los pápelos archivados en la Secretaría del Gobierno: cuantos hubieron de señalarse en algún sentido, fueron emplazados ó presos. El infortunado Plácido, en vísperas de morir, recordaba que eran públicos los principios de igualdad de Luz Caballero, <y tanto méiS peligrososy^ cuanto que eran sostenidos por «un hombre quie á su talento excepcional reúne un fondo de conocimientos extraordinario». Un negro llamado Miguel Flores le acusó más terminantemente; pero andando el tiempo negó haber prestado todas las declaraciones que se le imputaban, recayendo la sospecha de falsificación en el perverso fiscal D. Pedro Salazar, condenado al fin á presidio. Mientras tanto, Luz Caballero fue citado y emplazado. El edicto llegó á París para advertirle los peligros que podía correr. En el acto tomó su resolución.

Ni súplicas, ni exhortaciones, ni ninguna prudente observación de sus amigos, ni las cartas de su familia tuvieron eficacia para contenerle ó aplazar su viaje á la isla. El terror dominaloa en Cuba, la arbitrariedad v la violencia se iabíaii enseñoreado del país sobrecogido y espantado. Sonaba la hora fatídica en que debía expiarse el crimen de ser abolicionista en me- dio de los traficantes de esclavos. Luz, sin embargo, no vaciló, y espontánea ó inmediatamente se personó en la Habana. Su escudo era su inocencia. Si el negro conspiraba contra el blanco, ningún blanco debía consentir la imputación de complicidad. Si se quería arrasarse la isla y ahuyentar de ella la civilización, ningún cubano debía sufrir que se sospechase siquiera de su patriotismo y de su humanidad.

Y si en el fondo de tantas iniquidades no existía más que un espantoso error ó una horrible patraña, todos debían comparecer para que pudiera desvanecerse el uno ó desenmascararse la otra. Estos, seguramente, fueron los móviles que decidieron la conducta de Luz Caballero.

Llegó enfermo á la Habana en Agosto de 1844. Estaba encama cuando se le notificó el día 24 la orden del Capitán General de ser trasladado preso al castillo de la Cabana, que por lo mismo fue imposible cumplir y se dispuso un reconocimiento facultativo, nombrándose al efecto á los doctores D. Francisco Alonso y Fernández, D. José Lletor Castro-Verde y D. Agustín Encinoso de Abreu; pero como eti su informe del 28 no dieron opinión acerca de si podía trasladarse á una prisión á Luz Caballero, fueron requeridos para que cterminament« lo hicieran y en tal virtud declararon con fecha 31 de aquel mes de Agosto, que la traslación á una fortaleza podía resultar funes- ta á Luz Caballero, En tal concepto, y por fianza que prestó D. Pedro Romay, quedó preso en su propia casa. Allí se presentaron muy pronto el Fiscal D. Pedro Salazar y el Secreta-rio D. José Fernández Cota, para tomarle su instructiva (1). Hasta un año después, próximamente, (10 Junio 1845), no se le tomólo que llamaban entonces «confesión con cargos» (2). En 18 de Setiembre los Fiscales D. Antonio Lara y I). Antonio Llorens, evacuando el trámite de su conclusión, declararon infundadas las imputaciones que se le hicieron á Luz. Celebróse al cabo el ('onsejo de guerra; pero Luz no se defendió. Había nombrado defensor á I). Andrés Alaríá Foxá, teniente do la segunda compañía de voluntarios de Mérito, y éste, en cumplimiento de su encargo, presentó al Consejo en 15 de Octubre, siguiendo instrucciones de su representado, un escrito con las palabr^i^ siguientes: «D. José de la Luz Caballero libra su defensa en el mérito de los autos, y en la justificación del Tribunal» (1). Gomo tenía que suceder, fué absuelto por sentencia de 8 de Noviembre, que aprobó en 19 del mismo mes el Capitán General, D. Leopoldo O'Donnell. Allí terminó tras dos años de inquietudes é iniquidades lo que sólo era, ô como decía Luz de los cargos que se le hicieron ô una «barabúnda do sugerencias, imposturas y contradicciones».

La decisión y firmeza que había desplegado en ocasión tan crítica, fueron un ejemplo salu- dable y reanimador para los encausados injustamente y para el país en general. Subi(') do punto su prestigio, pero amenguó su salud vacilante: quedó tan quebrantado que ya no recobrará el vigor su periclitante organismo: irá ô por el contrario ô decayendo cada vez más, y al frisar en los cincuenta años, del hombre robusto no quedará apenas nada: su aspecto será el del viejo ermitaño de Ribera: flaco, demacrado, débil; pero en su rostro austero y dulce á un tiempo, reverberará la frente espaciosa con el resplandor do su excitado pensamiento, y dos ojos de esplénílida hermosura velarán con la dulzura del amor la intensidad de la mirada.

Desde París su excitación nerviosa era grande, su debilidad excesiva. Todo le hacía daño: las láminas de un libro le imposibilitaban, al desagradarlo, para leerlo en ningún tiempo (1).

Tenía repugnancia, sin explicárselo, de hacer ciertas cosas, como, por ejemplo, «atravesar de un lado á otro la plaza de Vendôme» (2). La dispepsia era el mal que lo iba consumiendo.

«Estaba siempre atormentado por una grande susceptibilidad nerviosa» . Dormía poco, á veces dos horas, cuando más, cuatro. ' Apenas leía ni libros, ni periódicos. Los médicos que lo examinaron con motivo de su prisión, informaron que estaba hipocondriaco y que tenía debilidad cerebral. Un cuerpo enfermo, consunto casi, y un cerebro sobrecitado y empobrecido constituyen precisamente las condiciones propias de los místicos. Cualquier golpe i\*udo, arrancándole la última fuerza, convirtiéndole la vida en un destierro, hará reaparecer el ardoroso creyente y lo pondrá en comunicación directa con Dios. Ese golpe, por desgracia, no tardará en caer sobre el con el estrago de un rayo.

Al cabo de cuatro años de inútil reposo, quiso trabajar de nuevo por su país, y el 27 de Marzo de 1848 vio fundarse el colegio de <El Salvador>. Allí estuvo dos años largos, partiendo el tiempo entre su deber más grato y sus afecciones más puras, es decir, entre su colegio y su familia. Pero en 1850 el cólei\*a cerró el colegio y desoló su casa. Su hija fue una de las víctimas, y j'a el noble y amoroso anciano quedará por siempre doblado. Será una tumba abierta esperando la hora de cerrarse eternamente. Buscará en lo adelante aturdirse en su deber, y no tendrá más hijos que sus alumnos, ni más esperanza que la misericordia divina.

He podido leer un fragmento de un cuaderno suyo que cuenta sesenta y ocho páginas manuscritas (1). Es una especie de Diario que empieza el día 9 de Agosto de 1850 y sólo llega al 29 de Setiembre del mismo año, con el expresivo título de Lágrimas. En efecto, son gritos, lamentos y sollozos arrancados por la muerte de su hija, niña de 16 años, dotada do grandes cualidades do corazón y do inteligencia (2).

Háse dicho con razón que <el estilo es el hombro; y ninguna prueba mejor que aquellas páginas, pues en ellas con ser pocas y haber sido borrajeadas de prisa, con el úni ; objeto de vaciar el dolor, de descargar el espíritu del peso de su absorbente desventura, es todo el gran cubano: escasa imaginación, flueif cia de palabras, preocupación de ser exacto^ manera escolástica, mucho latín, exuberancia de ternura, pesar desbordante, reminiscencias de iglesia, y sobre todo e^ padre anonadado y el místico. «Dudas y dudas por do quiera.

^.Dónde están esas evidencias?» es el grito que brota de su lacerado pecho.

Corazón sensible y agradecido, consigna los nombres de los que van á verle,\* de los que comparten su pena, de los que lloran con él. Alma austera, no falta en tanto á sus deberes, y aun apunta que para él «primero es la obligación que la devoción». Está abrumado: escribe á todas horas, en todo momento en que pude consignar algo en el Diario, que es una conversación de ultra-tumba con su hija muerta y una invocación incesante á Dios. Todo lo vé oscuro y triste: «El día es una mancha negra sin fin para mi alma; la noche, lo misnK» que el día. Dios mío! Dios mío! ayúdame á llevar la cruz que descargaste sobre el más flaco \de los mortales». «Deusin adjutorium meum intende». ô «Domine ad adjuvandumrae fes^ tina» .

Y, sin embargo, no hace más que pedir que an para él sólo todos los sufrimientos. «Siempre pido á Dios descargue todos los males sobre í, sobre mí no másí^ .

En ese estado de debilidad física y de abatimiento moral surge el hombre primitivo: «Dios oyó mis preces j y mejor las tuyas, hija de mis entrañas, pues tú no cesarás de hacerlas por quien más las necesita, y á quien más querías, por tu madre asolada y amantísima» . <Yo no hago más que acudir con mis balidos á las llamadas del Pastor, de aquel Pastor que dá la vida por sus ovejas»

El misticismo llega á ser en esa situación moral, la única verdad, la mejor filosofía: «Cada vez más firme en mi axtiguo tou, que los mís- ticos han sido los únicos que se formaron ideas exactas de la humanidad. In hac lacrymanjm valle > ô «gementes et flentes», probación^ tránsito para mejor vida, no hay filosofía más profunda: es la expresión de la Divinidad sobre la humanidad».

El tráfago de la vida práctica, las necesífiades de su profesión, el amor á sus alumnos, los sucesos públicos, el tiempo, sobre todo, apaci- guarán poco á poco su dolor; pero el místico más ó menos templado, viTÍrá en él basta el último día. El mundo, á sus ojos siempre húmedos, no tendrá más que dos polos de atracción; en el cielo, Dios; en la tierra, el deber. Su vida, en lo adelante, será amarga, y puede compendiarse en dos palabras: austeridad y religión.

## VII. ô EL CtoLEGIO DE cEL SALVADOR»

El Colegio venciendo grandes obstáculos reanudó sus tareas, y allí vivió él casi siempre. Recuerdo como si fuera ayer, que yó, de diez años de edad, solía ir, á eso de las cuatro de la mañana, en busca de algún diccionario de biblioteca. Empezaba á despertar apenas el establecimiento, y sólo una parte iluminaban los mecheros de gas; mientras yacía la otra en la penumbra indecisa de la madrugada. Por las galerías desiertas, más de una ocasión la moribunda luna, al derramar su luz argentada y fantástica al través del platanal y las blancas columnas, me permitió ver á lo lejos al noble anciano, descubierta la cabeza , paseando lentamente á la vista del claro cielo, y de vez en cuando mientras me acercaba á él llegaron á mi oído frases de los salmos del Profeta, escapados de sus labios que murmuraban oraciones.

( na hora después, todos los alumnos, de pié en la espaciosa sala, seguían en alta voz al dulce maestro que entonaba el hermoso rezo de cada mañana, para dar gracias á Dios por la tranquilidad de su sueño y pedirle que los lavara más y más para que fueran «más blancos que la nieve» .

Durante algún tiempo los sábados de cada semana fueron días consagrados á las pláticas. Todos los bancos de las clases y cuantos asientos podían haberse, se colocaban con orden y simetría al rededor de una silla de madera pintada de negro, que quedaba en el centro. A.la una de la tarde, alumnos y profesores, y á menudo personas extrañas al establecimiento, ocupaban aquel lugar con ansiedad y contento. Poco después, y en medio del más completo silencio, el maestro se acercaba despacio, recogido en grave meditación y trayendo en la mano algún volumen: comunmente, uno en cuarto mayor, de pasta holandesa oscura, muy sobrecargado de marcas: eran las epístolas de su amigo, el grande y admirable San Pablo. Sentábase apenas al borde de la silla, así leía un trozo del libro y comenzaba su plática, que era siempre un comentario lleno de unción de las palabras del texto. Muy pequeño era yo cuando, confundido entre mis compañeros,

asistía también á aquellas conferencias que seguramente no podía entender; pero de las que he conservado la impresión general, la imagen palpitante, el cuadro vivo y animado: un hermoso grupo apostólico, multitud de niños y de hombres, de pié unos, sentados muchos, fija la mirada, absortos, silenciosos, y en medio de todos, el anciano como un padre entre sus hijos, como el patriarca entre la tribu, con ademán inspirado, brillantísimos los negros ojos, y su palabra robusta extendiéndose vibrante por las desiertas galerías.

Algunas veces hablaba en aquellas pláticas de algún discípulo arrebatado por la muerte: otras del profesor, «del malogrado Fímes» ó por ejemplo. San Mateo reemplazaba á ocasiones á San Pablo. Pero también solía serle imposible á José de la Luz Caballero aquel noble ejercicio. Sólo veinte y seis días después de perder á su hija pudo recomenzarlo. En el intermedio, lo más que se sintió capaz de hacer fué entregar á José María Zayas, para que los leyera á su nombre, los cuatro renglones siguientes: «La religión es lo más que enternece mi pecho, y así no puedo dirigiros la palabra estando todavía la herida tan reciente, hijos míos. ¡Qué nombre para un padre que lo fué!»

Y, sin embargo, «siendo un árbol viejo, pero no carcomido», se sentía ó á pesar de sus enfermedades y pesares ó «más espartano» .

Hablaba también y entóneos á numeroso público, la última noche de los exámenes generales del Colegio, en el mes de Diciembre de cada año; pero siempre sobre algún asimlo de educación, y ó por desgracia ó muy amcnudo. su acento era triste, por más que dijera: «no vengo á quejarme de los males con que liich« aqm' la educación, pues suelen convertirle Ia« quejas en vanas declamaciones)^ . K«a costumbre no duró mucho. Desde que ima (m((trm^dad en la lengua le impidió cumplir lo qíui M llamaba su «deuda de palabra» impaciente el público por oírle> le condujo á la sala una comisión de amigos, cuando casi no podía sostenerse. No sé realmente lo que entonces dijo, ni creo que lo haya sabido nunca; más estoy oyendo todavía ó como quien dice ó las salvas estrepitosas de aplausos, la conmoción del concurso, el júbilo de todas las fisonomías: le veo á él también, de pié, vacilante, pero luminoso de inspiración, echada hacia atrás la cabeza, levantadas entrambas manos á lo alto, en la majestuosa actitud de un profeta bíblico; y ahora mismo resuena en mi oído y vivirá por siempre en mi corazón, la soberbia frase final, que es un EvangeUo entero, que era sin duda la condenación más terminante de la afrentosa realidad, de aquel modo de ser, ó de la colonia y de la esclavitud: ^Antes qui-,s7>ra, no digo yó que se desplomaran las instituciones de los hombres ó reyes y empera^ doreSj ó los astros mismos del firmamento, í/ue ver caer del pecho humano el sentimiento de la justicia j ese sol del mundo morah. ó ^El siglo actual, seguramente, no ha oído palabras mejores, ni más hermosas, ni más elocuentes; palabras que parecen sonar como campanas echadas á vuelo, anunciando fragorosas un nuevo Apocalipsis; y si desde entonces no so han desmoronado las viejas murallas de la ciudad maldita, es porque sus cimientos enterrados en la podredumbre están demasiado hondos; acaso porque muchos para no oír el estrépito de aquella trompeta se cubrieron la cabeza con el manto; quizás también, porque así estaba escrito!

Basta imaginarse aquella predicación anual, elocuente y digniflcadora, que recogía conmovida la sociedad culta; aquellas fulgurantes pláticas; la propaganda convencida y ardiente de principios morales, puros, grandes, evangelizadores, y será fácil comprenderla influencia sorda, casi sin ruido, pero profunda, de aquel hombre superior, la majestad permanente y sencilla de su actitud, y el culto sincero y merecido que se le tributaba. El país entero supo, al fin, que había en él un



hombre realmente grande, que era á un tiempo realmente íntegro, y enorgullecido no hubo quien no aspirase al honor de que sus hijos pudieran llamarse discípulos de aquel maestro. El colegio prosperó, de ese modo, y aUí estuvo su centro de acción más duradero, más considerable y más fecundo. De aquel colegio no podría yo hablar sin apasionamiento: ô alma mater de mi espíritu, fué también mi casa y mi familia. Mas, si bien es cierto que tan excelente institución era lo más completo de ese género que ha habido nunca en la isla de Cuba y que allí se estudiaba y se aprendía mucho, así como se templaba realmente el carácter ô lo que me fií?uro que es hacer de ella el elogio supremo, ô no puedo, sin embargo, dejar de reconocer que tenía influencia en el desenvolvimiento inlelectual, á pesar de su plan de enseñanza, y que, en el desenvolvimiento moral, no siempre, en todas las esferas, obedecía á las tendencias de su fundador. Intervenia en ello un factor muy poderoso, que era el espíritu del país. Él interpretaba las máximas y aforismos, las palabras y los discursos, y así lógicamente los enderezaba por un rumbo diferente. Los niños y los jóvenes de toda la isla ô de Gamagüey, de las Villas, de Oriente, de Güines, de Matanzas, ô venían á educarse allí y allí vivían: traían sin saberlo, de los cuatro puntos del horizonte, aspiraciones generosas y enérgicas, y animados de ese espíritu deducían las consecuencias análogas que en sí misma contenía en potencia, la enseñanza moral, viril y elevada, de José de la Luz Caballero.

1 Jna comunicación franca y constante entre alumnos y profesores y cierto sentimiento de amorosa fraternidad que los hgaba á todos, bajo la mirada santificadora del maestro, hacían del Colegio una como atmósfera libre, donde se cambiaban todas las ideas; una inmensa colmena en que el trabajo era insensible, provechoso y saludable. Esta era por tal manera una agitación suave y permanente que por fuerza tenía que ser fecunda. Pero José de la Luz Caballero sólo desempeñó clases los primeros años de su dirección. Después las inspeccionaba todas, pero no dio personalmente ninguna, aun antes de trasladarse el colegio en 1859 al barrio del Cerro; así es que, bajo el punto de vista científico, apenas si tuvo él alguna inñuencia en los últimos años de su vida. Sometido el colegio, por otra parte, al plan de estudios que lo hacía depender primero de la Universidad, y luego del Instituto oficial de Segunda Enseñanza, no inculcaba ninguna doctrina, ni en ciencias, ni en filosofía. Al contrario, era de lamentarse el error funesto de la falta de unidad, de la existencia de contradicciones esenciales. En el fondo, en la base, el Padre Ripalda y el Abad Fleury ponían la primera piedra. En la cúspide, repartíanse la labor, en proporciones desiguales, Kant, Tiberghien, Bálmés y, alguna vez, el P. Perrone, el alma del Concilio Vaticano. Si alguna doctrina se infiltraba en los ánimos, era el espíritu francés, por medio del tomo escrito en colaboración por Amadeo Jacques, Emilio Saisset y Julio Simón, El espíritu literario, que el fundador tan justamente habí combatido, predominaba, sin embargo, sob el espíritu científico. I^ química, al cabo, es taba reducida á un conocimiento descriptiv de manual; la Historia Natural al árido cuaderno de Delafosse val indigesto compendio d Galdo. No así la física, que enseñó cortotim po el Dr. Francisco Zayas, que luego hicieron estudiar, en épocas distintas, bajo su aspecto matemático, Ciirlos Sánchez Benítez y Joaquín García Lebrdo. La astronomía se cursaba I)or el texto de Smith , 6 por las nociones d Verdejo ó de Palacios. Las clases de matemáticas eran numerosas y parecían las preferidas^ como hace años sucedía en los Gimnasios dfe Cng o cpkc"0"Ngdtg fq"É" fgug o rg°cdc"eqp"gzvte ô ordinario éxito las superiores, y á ese resp^sctoí me es grato añadir que oyéndole un día una de sus explicaciones do Geometría Analítica no pude menos de confesarle que por primera vez había comprendido por qué se decía que las matemáticas eran sublimes. Mientras el ¡ustrado Vice-Director enseñaba á descifrar del

griego el celebrado discurso pro-corona de Démóstenes y á desentrañar las burlas de Lucina en los Diálogos de los Muertos, en clases que antes había regentado con singular competencia Claudio Vermay; ô ó daba ¿i conocer tiüdo profundo de la «Crítica de la Razón ó lograba que los niños hiciesen con pasmosa rapidez de Mangiaraele ó de Sola íciles cálculos mentales; ô Jesús Benigno vez explicaba las reglas y los órdenes de quitectura; Joaquín Barnet la geografía poca ó nociones de anatomía v flsiologfía: José Manuel Ponce daba clases en que la lengua de odos era el inglés, que enseñaban Ambrosio Aparicio, ó J. C. Zenea, ó Garlos Plisset; mien- tras Adolfo G. Duplessis enseñaba el francos; otros profesores ei latín y la instrucción elemental, como Honorato del Castillo, Gabriel Pichardo, Antenor Lescano; y un polaco de tenaz misticismo y estupenda memoria ô José Pod- bielski ô mezclaba sus devaneos sobre Diosy sus reminiscencias del filósofo Trentowsky con la expresión más exacta de la estadística geográfica de toda la tierra. Las clases de historia universal y de literatura ô en los mismos lugares en que las había explicado Luís Felipe Mantilla y en que explicó después otras asignaturas ol ilustre Luís Ayestarán, ô eran las delicias de los alumnos porque las desempeñaba Enrique Piñeyro, favorecido por la naturaleza con el privilegio del gusto y la gracia seductora de la dicción.

No obstante, si es verdad que había nn espí- ritu, particular y propio del colegio, algo como el alma vaga y flotante de la colectividad, no puede del mismo modo afirmarse que hubiese nn sistema general, ni pudiese haberlo; por lo que no es sorprendente que, con tan magníficos elementos, se enseñasen cosas absurdas, se mantuviesen cosas viejas y ya olvidadas, y se descuidasen las novedades fecundas. De este modo se explica también que con un profesor tan comi)etente en historia que sabía escribí i\*^ para una Revista estudio profundo sobre Romaen que seguía la criticado Niebhury deMomm- sem, nunca hubiésemos dudado los alumnos\* de las relaciones de Tito-Livio sobre los orígenes del Pueblo-Rey. En estética, verbi-gratia. la clase, por exigencias de la Universidad, seguía «á (lioberti, que es un pobre filósofo»^ mientras el profesor se inclinaba entonces «á Hegel, que es un profeta» (1). Tengo muy presente que en 1868, ya pasado mi bachillerato, fué cuando, por primera vez, oí mentar á Darwin en una conversación particular con el hombre ilustrado que era entonces Director del colegio; y eso que iban corridos nueve anos desde que empezó á conmover el mundo tífico Ja obra capital del naturalista ingles Te «El Origen de las Especies» . unque, bien pensado, es preciso convenir ue no podía ser otra cosa. El colegio no independiente, y pesaba más sobre el que re cualquiera otra institución local, vigi- r"^^ ^e prevención y sañuda suspicacia. liO que ^ ^ nspiraba, sobro todo, era amor á la ciencia, ^ ^aber (1); mientras sembraba en los ánimos menes sanos de moralidad y de nobleza vi- (2); Jo cual era, en verdad, alcanzar demado y alcanzar lo mejor.

l]l colegio era también, en más reducida es-^ra, una especie de centro de caridad para los ^^digentes. Desde 1865, poco más ó menos, y ^lurante algún tiempo, su Director D. José M. V,ayas, estableció una escuela dominical, con RUS mismos profesores, para enseñar á los niños y á los jóvenes pobres del barrio. Él mismo, por esa época, dio un curso, también dominical, de filosofía, explicándola históricamente, y en él puso á contribución los trabajos más recientes y las últimas noticias de las revistas extranjeras.

En realidad, el espíritu del colegio había sido y siguió siendo el espíritu mismo del país; y por eso, cuando en medio del aparente y universal reposo se sintió temblar el suelo, al sonar angustiosamente una hora solemne de prueba, aque- Ha santa casa se quedó vacía. El frío y el silencio se hospedaron en las tétricas naves, y al fin, ausente el sacerdote, rotas las aras y apagados los cirios, quedó por siempre abandonado.

Hoy ô velando su interior á la mirada del caminante, ô es el refugio que la piedad de algunos vecinos ha conservado para algunas niñas pobres, como si quisiese advertirse por tal manera que aquella casa solo puede destinarse ya á objetos nobles y santos. Porque ô en efecto, ô allí hirvió todo un mundo, grande de luz y de belleza; allí se realizó una hermandad sincera y fecunda; allí hubo religión, ideal y patria; en medio al mercantilismo de nuestro siglo, á la materialidad de la vida colonial, parecía haberse trasladado allí un pedazo de la risueña Galilea del siglo primero; allí el entusiasmo encendió corazones, para el bien y para el sacrificio; allí la fó reclutó soldados para la lucha y mártires para el cadalso : alh se encerraba, como en preciosa redoma, el perfume de virtud y de purísimos anhelos qui^ pudieron desprenderse de una sociedad cangrenada. En el seno de la colectividad, minada por el vicio, irritada por la iniquidad, enconada por el odio, aquella casa era un oasis apacible de esperanza, de fé y de ventura moral. Pero era más todavía: era un templo consagrado á cuanto digno, noble y elevado «e ofrece al respeto y al amor de la humanidad.

Y aquel hombre grande que lo fundara, logró sin proponérselo como un fin calculado, formar en torno suyo un ambiente tibio de paz, de confianza y de pureza que penetraba y dominaba las almas con la fuerza misma de la religión espiritual. Él y el amor que se habían asociado con el espíritu de un hombre superior, todo eso tan sublime y tan vano, estuvo extendido hasta el siguiente día, sobre un catre revestido de paños negros, en la rígida y repelente consagración (le la muerte. En la tarde del 23, hubo una muestra espontánea e imponente de duelo público. El dolor del país fue unánime, y era ciertamente muy legítimo. El cubano más grande de su tiempo, y el mejor que haya nacido, fué llevado en imiversal consternación á un nicho del camposanto. Los que conducían en hombros su cadáver, escoltaban la escoria sagrada de un milagro: un hombre íntegro, justo, santo, ô todo amor, caridad y ciencia, ô que había brotado y vivido, como la flor divina de un estéril campo, en la podredumbre de una factoría de esclavos!

Próximo el momento supremo de lo que él llamaba un tránsito^ algunos hombres sencillos que le atendían en su triste enfermedad, comisionaron á uno de sus deudos (1) para proponerle la confesión religiosa. Tímidamente se acercó al agonizante anciano, y le comunicó el piadoso voto. Sonrióse con infinita compasión el angélico moribundo, y bañando á su interlocutor confuso en la dulce mirada, exclamó conmovido y humilde:

«Siempre, durante toda mi vida, ô hijo mío, ô he estado bien con Dios». ¡Estas palabras, sencillas y admirables, son el resumen exacto y cabal de toda su existencia! Mas pudiera añadirse que del mismo modo estuvo siempre bien con los hombres. Fué santo; pero fué también patriota. Pensó mucho, intensamente, en Dios, y se le acercó cuanto fué dable al barro divinizarse. Amó así mismo á los hombres; amó, sobre todo, á su patria, que solo pudo ofrecerle campos de fatiga y afanes y horas mortales de incertidumbre, de congoja y de vergüenza. Ella, precisamente por eso, le necesitaba más que Dios. Próximo á consagrarse á la vida eclesiástica, descendió del altar, para ocupar la cátedra, para enseñar, para bregar por sus hermanos. Quiso ilustrar su mente, santificar su espíritu, dignificar su vida. En la mísera abyección del colonato se atrevió á aspirar, para sus conterráneos, á una patria engrandecida y á un porvenir más digno y más feliz. Abrió el sendero de la verdad científica y despertó el entusiasmo por ella. Su sabiduría, sus doctrinas, su enseñanza, fueron una novedad en su tiempo; por ellas es en Cuba, en el orden intelectual, un renovador, algo ô por ejemplo ô como fué Deslauriers para la Francia. Identificó la filosofía con la patria, la verdad con la justicia; combatido por ellas, vio confundido su nombre con cuanto

significaba el bien y progreso de la comunidad. Sus paisanos le llamaron «el filósofo» para decir también con una sola palabra «el patriota»; esto es, lo más grande y mejor; y eso explica cómo un hombre humilde y pacífico pudo ser y fué, al cabo, la personificación de los sentimientos más varios, y que por tal razón lo juzgase suyo lo mismo el patriota moderado que el revolucionario. Él no fué, empero, y en la acepción común del término, hombre de acción. Su tiempo no consentía tampoco mucho más de lo que se hizo, que fué por otra parte pobre y estéril en definitiva. La esclavitud había envenenado el país y los cubanos mejores desconfiaban de sus fuerzas, veían su población escasa envuelta por una pira de esclavos y doblada hasta el suelo por la mano de hierro de sus señores. No disputó por eso quizás, el dominio de la tierra al César; pero se empeñó en arrebatárle el dominio de las almas. Y mientras el uno inconscientemente enfriaba ó nublaba las conciencias, el otro las iluminaba y enaltecía. Esa fué su excelsa misión, y en ella al menos pretendió ser un verdadero artista. Afanáse por crear hombres vivos, como otros crean ombres de mármol inerte; por crear liomfes y ciudadanos, allí donde la naturaleza, a historia y la política parecían confabularle siniestramente para que no hubiera más que siervos y tiranos. Enfermo desde temprano, luchó sin embargo cuanto pudo, y al fin se rindió extenuado. Dejó á su patria el ejemplo de su vida, una vida sin mancilla, el prodigio de haber vivido siempre entre tentaciones, entre bajezas y miserias, sin contaminarse nunca. ô En su modesta esfera y desde el rincón de su colegio realizó un tipo admirable de hombre. Existió perpetuamente immaculado, y soñó constantemente con la felicidad y la gloria de su patria. Él la buscó por senderos apacibles. Otros después la buscaron también, pero entre abismos y tempestades.

La patria fué para todos, para él y para ellos, algo semejante á esas ciudades maravillosa» que el mirage ofrece como una realidad consoladora al sediento peregrino, el cual las sigue, encantado, jadeante, creyendo cada momento alcanzarlas en su constante y siempre burlado afón, hasta que cae al fin, cansado, exhausto, no desengañado todavía, viéndolas sin cesar en 8U fantasía calenturienta, en tanto que á 8U» pié» arde y se extiende como océano sin ribera», el yermo desierto de arenal.

## APÉNDICES.

I

CABTADÉ JOSÍ ZACIIIIIS GONZÁLEZ DEL VALLE

ANSELMO SUAREZ Y ROMERO.

Setiembre 15 de 1838.

Suarez querido:

Dias hace que no sé si vives o si mueres. ¿Qué diantres te ha sucedido? ¿Ya acabaste de leer á Balzac?

Ayer asistí á la apertura de la clase de Filo- sofía que en el convento de San Francisco da el por tantos títulos apreciado D. José de la Luz.

Pronunció un discurso largo como de hora i media para descubrir su plan de estudio, hoi que tan reñidas disputas trabaj an á los parti- darios de las diversas escuelas filosóficas. Fué su blanco esclusivo la de Gousin que él reputa como un espritualismo embozado. Hazte cuenta que habrá unos quince dias nos encontramos el Sr. Luz i yo en la Universidad i es- tuvimos hablando largamente, cada uno en defensa de sus opiniones filosóficas sin convenir en muchos puntos; i que al oir yo repetirle desde lo alto de su cátedra i en medio de su concurrencia numerosa los mismos argumentos reforzados por algunos mas, ó mas bien, desenvueltos lójicamente; por débil i mezquino que al lado de una reputación como la suya me considerase, no podia contener mi deseo de vindicar á Gousin, tanto mas cuanto que de todos los asistentes estoi seguro que yo solo era el cousinista. Así fué quft cometí la importunidad de acercármele cuando bajó de la cátedra, i de decirle sin reparar en lo cansado que estaba que habia sido en alguna parte injusto con (Jousin, que este tachaba con razón al Conde de Verulamio de sensualista, porque dice que cuando la intelijencia humana obra sobro la materia hace cosa de provecho, i cuando sobre sí misma i sus misterios, teje como la arana mui sutiles telas, pero mui inútiles i frivolas. ô Sicitt arañe a texens telar u dice Bacon. A lo cual me contestó el señor de Luz en estos términos : pues hien^ Valle, (luite Y, eso de la ara^>a / rea V. si lo demás de Bacán no es es- célente. Bije enUinces que Bacon quiso en Filosofía una reforma ab imis fundamenlis i que oso era despreciar la historia. En fln, mediaron algunas cortas esplicaciones i viéndolo cansado por extremo i que los demás lo llamaban^ vo también lo invitó á retirarse i cedí. Nada más liubo; sin embargo varios me atribuyeron siniestras intenciones, otros importunidad, i yo quiero que tu sepas el cuento por si acaso te hallas por ahí con quien lo haya sabido mal i rectifiques, si se ofrece i nada mas, la opinión.

Por la tarde estuve en el Real Golejio Gubgi- no para oir el discurso de apertura de su clase (le Filosofía que pronunció Manuel. Asistió 1). José de la Luz, i no bien me discirnió al con- cluir, vino á donde yo estaba i me abrazó con cariño diciendo jocosamente: «á este es á quien yo quiero convertir»; con cuyo motivo se re- novó la disputa i quedamos conformes, recono- ciendo ól los estravios de Bacon que yo le apuntaba, i venerando yo por mi parte el jenio de Bacon i sus eminentes servicios por las luminosas observaciones que me hizo el señor de Luz con aquella profundidad i tino de convencimiento que lo distinguen.

Por el Diario sabrás ya de esa iweva publi- cación titulada <El Plantel,» que dirijen Echvarría i Palma. Mui pronto debe repartirse el primer número, en el cual sale mi última no- velita titulada Carmen i Adela que apenas cuenta de vida una semana.

Nada me has dicho de nuevo sobre mis observaciones acerca de la novela Petrona i Rosalía. Yo la juzgo descarnada, desprovista de arreos novelescos, de tiempo, de acción, de buen artificio en



suma; pero interesante, fiel, trascendente i necesaria para morijear i rectificar nuestras costumbres.

Tuyo afmo.,

José Z. G. del Valle.

## II

«INSTRUEnVA DEL ABOGAD}

DON JOSÉ DE LA LUZ Y CABALLERO».

Preguntado, si sabe ó presume cuál sea la causa de hallarse guardando arresto en la actualidad :

«Contestó, que por habérsele intimado la orden de prisión del Excmo. Sr. Capitán General, por conducto del Sr. Sargento Mayor de la Plaza, por complicidad que le resultaba en la causa de conspiración de negros en esta Isla.>

Preguntado si en esta capital ú otro punto había conocido y tratado á Mr. David TumbuU, cónsul que fue de S. M. B. en esta isla, espresando en tal caso qué relaciones tuvo con él y cuando fué la última ocasión que le vio; «Contestó, que habrá cosa de cinco años le fué presentado en calidad de viajero instruido en una corta mansión (jue hizo en esta isla, antes de ser Cónsul y aun de haber publicado su obra sobre este país; habiendo tenido con ól todas las atenciones que se tienen con un extranjero en talos casos. Volvi(') después Turnbull á la isla en calidad de cónsul, y entonces fué éste á visitar al declarante, quien le pag<) la visita, y aquí concluyó todo: que las ocupaciones por un lado y los males que bien pronto empezaron A abrumarle por otro (hace cerca de cuatro años) le hicieron desaparecer completamente de la escena del mundo. »

Preguntado si podía determinar cuántas ocasiones y en que fechas visitó á Turnbull después que tomó posesión de su consulado :

«Contestó, que sólo la vez á que se ha contraído en su anterior respuesta, fué cuando únicamente estuvo en su casa, no teniendo presente la fecha, aunque es fácil averiguarla []orque fué recién llegado aquel funcionario á esta capital en calidad de cónsul. >

Preguntado en qué sociedad y por quién fué presentado la primera ocasión á Turnbull :

«Contestó, que en casa del Dr. Madden, médico de profesión é individuo de la Gomipióii Mixta, amigo suyo. »

Preguntado si recordaba los motivos sobre que giró la conversación :

Contestó, que la conversación fué miscelánea, como suele ser en toda mesa, recordando que se habló mucho, entre otras cosas científicas, de Meteorología, señalando las diferencias entre los fenómenos tropicales y los de los climas europeos, habiendo hablado todos indistintamente sobre la materia. >

Preguntado quiénes eran las demás personas presentes :

Contestó, que formaban parte de la sociedad la familia del citado Madden y otros extranjeros del comercio, cuyos nombres no recuerda, hallándose también varias señoras extranjeras, entre ellas la esposa del referido Madden. >

Preguntado dónde vivía entonces Mr. Turnbull:

«Contestó, que en la Calzada de San Luis Gonzaga, donde es público y notorio que vivió dicho sujeto. »

Preguntado si fué sólo á aquella visita :

«Contestó, que fué sólo y le encontró acompañado de su esposa, la cual le hizo el cumplido, por hallarse él á la sazón en las piezas interiores y sin que durante aquel acto compareciese otra persona, y preguntado sobre los particulares de la conversación :

«Contestó, que la visita fué breve y versó la conversación sobre particulares indiferentes y usuales en semejantes casos. >

Preguntado si tuvo relaciones de amistad con el Secretario de Turnbull :

« Contestó, que jamás. »

Preguntado «si por casualidad» habiá alguna ocasión con Mr. Turnbull respecto al proyecto de emancipación absoluta de la esclavitud en esta Isla:

«Contestó, que nunca».

Preguntado si sabe ó ha llegado á presumir que Turnbull hubiese tratado de promover especies que tuviesen por objeto excitar la esclavitud para que obtuviese su absoluta emancipación:

«Contestó, que ha oído decir lo que generalmente se ha contado sobre el particular» .

Preguntado si recuerda haber visitado ó frecuentado alguna Sociedad cerca del Convento de Paula, á la que concurriese una que otm vez Mr. Turnbull:

«Contestó, que es la primera noticia que tiene de semejante Sociedad.»

Preguntado si no tiene presente haber concurrido nuevamente á la casa de Mr. Tuníbull en la época del gobierno del Excelentísimo Sr. D. Jerónimo Valdés, y en tal concepto si lo verificó acompañado de un joven inglés, expresando asimismo el objeto:

«Contestó, que nunca, ni solo, ni acompañado durante el tiempo á que se contrae la l)regunta.)>

Preguntado si tam)oco tiene presente haber lieclio alguna entrega de dinero á Mr. Turnbull y con qué objeto:

«Contestó, que jamás en su vida ni á mister Turnbull ni á nadie de este mundo ha entregado cantidades de dinero. »

Preguntado si tiene presente haber conforenciado con alguna persona acerca de la posición ventajosa en que se halla el castillo

Número 4 :

« Contestó, que jamás ha hablado de castillos. »

Preguntado si ha conocido en esta capital al pardo extranjero llamado Luis Gigaut:

«Contestó, que en estos días, á su regreso de Francia, es la primera vez que lo ha oído nombrar. >

Preguntado si durante el gobierno del Excelentísimo Sr. D. Jerónimo Valdés ha llevado relaciones íntimas de amistad con el Doctor D. Santiago Bombalier, Ldo. D, Manuel Martínez ¿Serrano, D. Domingo del Monte, D.Juan de Dios Corona y demás individuos que se nombran en esta actuación, que para la debida inteligencia del declarante se le indican por el Fiscal :

«Contesto, que conoce al Dr. Bombalier, que por muchos años ha llevado relaciones de amistad con los Ldos. Manuel Martínez Serrano y D. Domingo del Monte, y que respecto á las de- más personas indicadas, unas conoce y otras nó, sin contraerse á épocas determinadas; pero de seguro no ha estado en contacto con ellas durante el gobierno del Sr. Valdés. »

Preguntado si con anterioridad habló el declarante con el Ldo. D. Domingo Delmonte y demás individuos que se le han indicado, sobre particulares relativos al proyecto de eipancipación absoluta de la esclavitud en esta Isla :

«Contestó, que nunca. >

Preguntado si ha llegado á su conocimiento que algunas personas notables del país hayan influido de acuerdo con Mr. David TumbuU para que se llevase á efecto el referido plan de emancipación, y en qué términos:

«Contestó, que jamás.»

Preguntado si La llegado á su noticia que ciertas perdonas mezcladas ep el iiidipado proyecto hayan influido fuera del país para su realización:

«Contestó, que jamás. > Preguntado si tampoco haya podido comprender el objeto y fin que hayan tenido ciertos movimientos que se advirtieron en las fincas del campo á fines del año próximo anterior y principios del actual :

«Contestó, que hallándose en Europa ala sazón no puede determinar el objeto y fin de tales movimientos : allí llegaron las primeras noticias como alzamientos parciales de algunas fincas, y por consiguiente de todos fueron calleados como las demás sublevaciones negreras que de cuando en cuando han estallado en la Isla; después fué cuando los periódicos comenzaron á hablar de una conspiración más general con ramificaciones en varios puntos de la Isla, que se decía descubierta por el Gobierno. )>

Preguntado si no tiene algún dato para presumir que en esos movimientos hayan influido poderosamente ciertas personas interesadas por sus fines y principios, ansiosas acaso de obtener por semejantes medios, innovaciones respecto al sistema, y si menciona á Jft (por cierto honorífica) que del confesante hace Plácido en la exposición que se le ha leído, nada tiene que decir sino que jamás ha estado en semejante finca; no contestando á la calificación que se hace de sus pobres conocimientos, porque ni le pertenece, ni es cargo, y responde, »

< Preguntado, si está convencido que el conspirar es delito, y que la ley le castiga á esta clase de delincuente con todo rigor; ô Dijo, que lo está; que no tiene más que decir; que lo espuesto es la verdad á cargo de su juramento, en que se afirmó y ratificó, leída que le fue esta su confesión, firmando con los señores Fiscales, de que doy íe. >

Este acto se efectuó el 10 de Junio de 1845; y los firmantes, á más de Luz, fueron los fiscales 1). Antonio Lara y D. Antonio Llorens, y el secretario D. José Fernández Gota.

#### IV.

«DEFENSA DE DON JOSÉ DE LA LUZ:»

«Señores Presidente y Vocales:»

«Don Andrés María de Foxá, Teniente de la 2.\* compañía de Voluntarios de Mérito, y defensor nombrado por el Ldo. D. José de la Luz Caballero, cumpliendo su encargo, tiene el honor de exponer á VSS. que :

«Don José de la Luz y Caballero libra su defensa en el mérito de los autos, y en la justificación del Tribunal. > ô Habana 15 de Octubre de 1845. ô Andrés María de Foxá. »

#### V.

## LOS LIBROS Y PAPELES DE LUZ CABALLERO,

José de la Luz Caballero dejó al morir una biblioteca que se componía, á ojo de buen cubero, de unos 4.500 á 5.000 volúmenes. Por la cláusula 11\* de su testamento la donaba «á la Biblioteca pública establecida en la Real Sociedad Económica de la Habana; > pero otorgando al colegio de El Salvador el derecho de separar «un estante de las obras que escogiere.» Ya en el año 1865 la biblioteca que, en el mismo gabinete de siempre, existía en el colegio, apenas si contaba dos mil volúmenes, incluyendo en ella un estante de cerca de un metro de ancho, por do aproximadamente de largo, que contenía los libros de Juan Clemente Zenea. Esa reducción de los que quedaron en el establecimiento al morir su dueño, debióse sin duda, á que hubiera ya tomado la Real Sociedad los que le fueron legados. Ignoro el destino ulterior de los volúmenes que había en el colegio cuando éste fué cerrado en 1869 ó 1870.

En aquel mismo departamento, ó gabinete librería, donde espiró Luz Caballero, vi por el año 1866, colocada en el suelo, á la izquierda, junto al estante que allí había (la mitad ó un tercio del cual estaba ocupado por los libros de texto para las clases del instituto), una caja de madera toscamente labrada, y por esta circunstancia, su color y dimensiones, muy semejante á una caja de azúcar, (y por tal ^ tenía yo). Era corriente en el colegio la creencia de que encerraba ô como allí decíamos: «los pa- peles de D. Pepo Aquel mismo año, ó el siguiente, tuve en mis manos, estando en la biblioteca, un cuaderno que revisé, y ô notando que era de Luz Caballero ô leí todo (en la parte legible). No sé cómo andaba por ahí, ni cómo llegó á ponerse según lo vi con profunda pena. Era un manuscrito, grueso, ancho, en octavo mayor, destruida, en diagonal, su mitad inferior derecha, por la humedad y la polilla.

Parecióme una cartera de viajes, donde se anotaron con tinta, por el mismo Luz, las impresiones y los recuerdos de su primer viaje á

Europa. Tengo muy presente ô corao si hubiera sido ayer mismo ô que allí había una página donde refería su encuentro^ me parece que en Berlín, y pudiera añadir ô aunqté sin afirmarlo ô que en el Museo, con el Barón de Humboldt; y otra en que hablando del sermón de un orador sagrado que acababa de oír, manifestaba que solo en los labios de las mugeres le había sonado con tanta gracia la lengua alemana como en los de aquel elocuente sacerdote. , .

Durante la última quincena del mes de Diciembre de 1868 empezó D\* José María Zayas á copiar en limpio, papeles de Luz Caballero; pero no adelantó mucho su buen deseo; al me- nos solo sé que llenaría algunas páginas dé nix cuaderno en octavo, con pensamientos, aforismos, notas que había puesto Luz al margen de algún libro, al ir leyéndolo, ô como El Protestantismo comparado con el Catolicismo^ por D. Jaime Bálnies,- y acaso el fragmentario é íntimo Diario que escribió cuando la muerte de su hija, y que suspendió muy pronto, á lo que entiendo. Un día de aquella misma quincena pregunté al Sr. Zayas, platicando ambos sobre los papeles de Luz, si publicados éstos le darían al querido autor la misma consideración como filósofo de que, por ejemplo, disfinataba el norte-americano Emerson. No puedo explicar hoy por qué se me ocurrió entonces aquella comparación; pero sí recuerdo distintamente que completé mi pregunta poniendo á Emerson por término de aquélla, y que el señor Zayas, al punto de separarnos, me contestó risueñamente : < quizás^ por ahí^ por ahí. »



Encargados por Luz, en la cláusula 16\* de su testamento, para que recogieran « todos sus papeles, manuscritos é impresos, » con el objeto de publicar los que consideraran que pudiesen ser útiles, y haciéndoles la indicación de « servirse para este encargo de las noticias que poseen D. José Bruzon (hijo) y D. Jesús Benigno Galvez, » fueron los Sres. D. José María Zayas y D. Antonio Bachiller y Morales. Estos dos cubanos prominentes desgraciadamente fallecieron sin realizar los votos del testador, pero acaso uno de los herederos de don José María Zayas, su hijo D. Alfredo, letrado joven y ya distinguido, así como aficionado á las curiosidades de nuestra historia y nuestra Hteratura, y quien hace poco más ó menos dos meses utilizó en un artículo interesante documentos inéditos relativos á Luz, querrá cumplirlos, llevando á buen término la tarea encomendada á su padre. Pueda él hacerlo con eficacia y, según es de esperarse, con lucimiento. Para auxiliarle Tíven todavía, por fortuna, los Sres. Bruzon y Galvez, los cuales seguramente^estarán siempre dispuestos á contribuir con sus luces, en obsequio á la recomendación que ÍDdirectamente les hiciera aquel compatriota iniqgne que tanto cariño á ambos profesara, y cuya memoria int^\*esa á todos conseryar con lustre que jamás pueda empañarse.



